



**UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO**  
**PROGRAMA DE MAestrÍA Y DOCTORADO EN FILOSOFÍA**  
**FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS**  
**INSTITUTO DE INVESTIGACIONES FILOSÓFICAS**

La evolución de la teoría del colonialismo en Marx. Un estudio histórico y  
teórico de su desarrollo

TESIS QUE PARA OPTAR POR EL GRADO DE: MAESTRO EN  
FILOSOFÍA

PRESENTA:  
ABENTOFAIL PÉREZ ORONA

TUTOR: DR. CARLOS OLIVA MENDOZA  
Facultad de Filosofía y Letras

Ciudad de México, diciembre 2020



Universidad Nacional  
Autónoma de México



**UNAM – Dirección General de Bibliotecas**  
**Tesis Digitales**  
**Restricciones de uso**

**DERECHOS RESERVADOS ©**  
**PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL**

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

*A mis padres, mi hermana y mis compañeros de lucha.*

Agradezco encarecidamente a mis sinodales Dra. Elisabetta Di Castro Stringher, Dr. Pedro Enrique García Ruíz y Dr. Mario Edmundo Chávez Tortolero por el tiempo dedicado a la lectura y revisión de la tesis. Al Dr. Stefan Gandler por la revisión y particularmente por las enseñanzas que durante la maestría obtuve de él.

Particularmente agradezco a mi asesor, el Dr. Carlos Oliva Mendoza, por el tiempo, los consejos y el apoyo constantemente mostrado en la elaboración de esta investigación.

“Escrito está: «En el principio era la Palabra» [...] Aquí me detengo ya perplejo. ¿Quién me ayuda a proseguir? No puedo en manera alguna dar un valor tan elevado a la palabra; debo traducir esto de otro modo si estoy bien iluminado por el Espíritu. Escrito está: «En el principio era el Sentido» [...] Medita bien la primera línea; que tu pluma no se precipite. ¿Es el pensamiento, lo que todo obra y crea? [...] Debiera estar así: «En el principio era la fuerza» De improviso el Espíritu acude en mi auxilio y veo la solución, y escribo confiado «En el principio era la Acción»”

Goethe

## ÍNDICE

Introducción.....	6
I. El primer Marx. Acercamiento inicial al problema del colonialismo.....	21
I.I El doble carácter del colonialismo.....	21
II. Marx y Latinoamérica.....	34
II.I “Bolívar y Ponte”.....	38
III. Las experiencias históricas de 1848 y 1871. Una lección teórica y política para el proletariado.....	50
III.I Las lecciones de 1848.....	50
III.II La Comuna de París. Resurge la lucha de la clase obrera.....	60
IV. Irlanda. Un punto de inflexión en la teoría del colonialismo. ....	66
V. El caso ruso. Reconfiguración del problema colonial.....	80
VI. A modo de conclusión. Síntesis de la evolución de la teoría marxista sobre el problema colonial .....	100
VI.I América Latina. Reformulación de la tesis inicial.....	105
VI.II Última consideración.....	108
Bibliografía.....	114

## INTRODUCCIÓN

Los economistas nos explican cómo se produce en las circunstancias y relaciones dadas; lo que no nos explican es cómo se producen esas condiciones y relaciones mismas, o sea, el movimiento histórico que les da nacimiento.

Marx<sup>1</sup>

Retomar a Karl Marx en pleno siglo XXI puede parecer para algunos un anacronismo, para otros una redundancia, considerando la gran cantidad de estudios que en el mundo entero se han escrito sobre y de su teoría. Sin embargo, aquí se retoma como una necesidad. Una necesidad no precisamente por recuperar lo que Marx dijo sobre tal o cuál tema, sino por rescatar el método de interpretación de la realidad que todavía, después de más de un siglo de haber sido propuesto, sigue arrojando luz sobre los problemas inherentes al capitalismo. Precisamente por ser el único método que ha interpretado esencialmente este sistema, a pesar de la pertinaz crítica de “los escuderos ideológicos del capitalismo”, para quienes reconocerlo “sería un suicidio”, por el hecho mismo de que su finalidad contiene la destrucción misma del sistema y de las clases que lo constituyen.

El marxismo se retoma aquí en forma “ortodoxa”, que no pretende por ello ser “dogmática”, entendiendo por dogmática cualquier doctrina o teoría que acepte la realidad como inmutable, con leyes preestablecidas y aceptadas sin crítica, que desconozca el desarrollo humano como “acaecer social”, como “el eterno proceso del movimiento”. Posiblemente, por las mismas limitantes del autor de este trabajo, rebase a veces, sin intención, esa delgada línea que separa la aplicación objetiva del método, con el apasionamiento de su defensa. No pretendo encubrir la posición que asumo en lo que

---

<sup>1</sup> Marx, Karl. *Miseria de la Filosofía*. en Lukács, Georg. *Historia y consciencia de clase*. Grijalbo. México. 1969. p. 29.

respecta a la interpretación teórica de la historia y la realidad que, por lo demás, sería innecesario una vez leído el trabajo; todo lo más, busco una aplicación lo más exacta y objetiva del método marxista, que, sin embargo, seguramente tendrá lagunas e insuficiencias que espero puedan ser disculpadas por el lector.

Al referirnos a la ortodoxia nos referimos, como Engels, Lukács y Sánchez Vázquez, a la defensa del método marxista, y no a la aplicación mecánica de las ideas sobre algún tema específico, muchas de las cuales quedaron ya rebasadas por el desarrollo histórico o por el pensamiento mismo del filósofo alemán.

Toda la concepción de Marx no es una doctrina –escribe Engels– sino un método. No ofrece dogmas hechos, sino puntos de partida para la ulterior investigación y el método para dicha investigación.<sup>2</sup>

Marxismo ortodoxo no significa –apunta Georg Lukács– reconocimiento acrítico de los resultados de la investigación marxiana, ni «fe» en tal o cual tesis, ni interpretación de una escritura «sagrada». En cuestiones de marxismo la ortodoxia se refiere exclusivamente al *método*. Esa ortodoxia es la convicción científica de que en el marxismo dialéctico se ha descubierto el método de investigación correcto, que ese método no puede continuarse, ampliarse ni profundizarse más que en el sentido de sus fundadores. Y que, en cambio, todos los intentos de «superarlo» o «corregirlo» han conducido y conducen necesariamente a su deformación superficial, a la trivialidad, al eclecticismo.<sup>3</sup>

El pensamiento marxista –dice Sánchez Vázquez– ha de moverse al compás de la realidad [...] ¿En qué medida Marx nos sirve hoy para entender nuestro mundo y para transformarlo? [...] sirve en la medida en que conserva, a través de los cambios operados, un núcleo que, lejos de perderse, se ve confirmado y enriquecido por el movimiento mismo de lo real.<sup>4</sup>

---

<sup>2</sup> Carta de Engels a Werner Sombart, del 11 de marzo de 1895, en: *Archivo Marx/Engels*, marxist.org.

<sup>3</sup> Lukács, Georg. *Historia y consciencia de clase*. *Op. cit.* p. 2.

<sup>4</sup> Sánchez Vázquez, Adolfo. “El marxismo en América Latina”, en Sánchez Vázquez, Adolfo. *De Marx al marxismo*. Itaca. México. 2011. p. 20.

De esta forma, al aludir a la aplicación ortodoxa del método, indicamos el sentido que nos permite utilizar sus fundamentos como herramienta analítica y no como recetario social. No significa, por ello, que se busque una defensa a ultranza de ideas y percepciones que en el marxismo han caducado ya, precisamente porque el método del que partimos es un método histórico “en su más íntima naturaleza” lo que significa que debe “ser constantemente aplicado a sí mismo”.<sup>5</sup> Al aludir al método nos referimos específicamente al materialismo dialéctico. No es posible definir la complejidad de este método en el trabajo que ahora presentamos, pero sí es necesario plantear, aunque sea en términos generales, las características de dicho método. Más allá de las interpretaciones que hasta ahora se han hecho y de los acercamientos, algunos con verdadero éxito (Engels, Gramsci, Lukács, Sánchez Vázquez), que sobre el método marxista existen, nos referiremos a la explicación que el propio Marx da sobre el método. No hay una explicación teórica del mismo, precisamente la complejidad del marxismo consiste en extraer ésta de su aplicación práctica. Aún así, para no dejar una laguna que necesariamente traerá complicaciones explicativas, acudimos a la exposición que sobre el método hace Marx en su obra cumbre: *El Capital*.

Mi método dialéctico no sólo difiere del de Hegel en cuanto a sus fundamentos sino que es su antítesis directa. Para Hegel el proceso de pensar, al que convierte incluso, bajo el nombre de «idea», en sujeto autónomo, es el demiurgo de lo real; lo real no es más que su

---

<sup>5</sup> Lukács, Georg. *Historia y consciencia de clase*. *Op. cit.* p. 2.

manifestación externa. Para mí, a la inversa, lo ideal no es sino lo material transpuesto y traducido en la mente humana. [...] La mistificación que sufre la dialéctica en manos de Hegel en ningún modo obsta para que haya sido él quien, por vez primera, expuso de manera amplia y consciente las formas generales del movimiento de aquella. En él la dialéctica está puesta al revés. Es necesario darle vuelta, para descubrir así el núcleo racional que se oculta bajo la envoltura mística.

En su forma mistificada, la dialéctica estuvo en boga en Alemania, porque parecía glorificar lo existente. En su figura racional, es escándalo y abominación para la burguesía y sus portavoces doctrinarios, porque en la intelección positiva de lo existente incluye también, al mismo tiempo, la inteligencia de su negación, de su necesaria ruina, porque concibe toda forma desarrollada en el fluir de su movimiento, y por tanto sin perder de vista su lado perecedero, porque nada le hace retroceder y es, por esencia, crítica y revolucionaria.<sup>6</sup>

Observamos del método, del materialismo dialéctico, de la aplicación de las leyes de la dialéctica a la realidad material, por la particularidad de este trabajo, dos fundamentos que es preciso señalar antes de entrar directamente al análisis del tema. El primero de ellos es el carácter histórico de todo proceso social. Al referirnos al pasado lo hacemos con el objetivo de extraer de él su vitalidad, su papel activo en el proceso concreto que pretendemos analizar: el capitalismo. El colonialismo lo abordamos no como una época fenecida, sino como un componente vivo del actual sistema, componente sin el cual su existencia no sería. Nos adentramos en la historia no como suceso muerto, sino como realidad viva que no ha

---

<sup>6</sup> Marx, Karl, “Epílogo a la segunda edición”, en: Marx, Karl, *El capital, Tomo I*, Vol.3, Siglo XXI, México, 2013, pp. 19-20.

dejado en ningún momento de influir en el estado actual de la sociedad. Nos acercamos a ella como el Angelus Novus del cuadro de Klee que cita Walter Benjamin en sus *Tesis sobre Filosofía de la Historia*:

Se ve un ángel, al parecer en el momento de alejarse de algo sobre lo cual clava la mirada. Tiene ojos desorbitados, la boca abierta y las alas tendidas. El ángel de la historia debe tener ese aspecto. Su rostro está vuelta hacia el pasado. En lo que para *nosotros* aparece como una cadena de acontecimientos, *él* ve una catástrofe única, que arroja a sus pies ruina sobre ruina, amontonándolas sin cesar. El ángel quisiera detenerse, despertar a los muertos y recomponer lo destruido. Pero un huracán sopla desde el paraíso y se arremolina en sus alas, y es tan fuerte que el ángel ya no puede plegarlas. Este huracán lo arrastra irresistiblemente hacia el futuro, al cual vuelve las espaldas, mientras el cúmulo de ruinas crece ante él hasta el cielo. *Este huracán es lo que nosotros llamamos progreso.*<sup>7</sup>

Entender el colonialismo como parte de un proceso cuya existencia determina y explica el sistema actual es lo que permite reconocer la necesidad de su estudio a través del método marxista. Reconocer el origen histórico del sistema permite entender la esencia de su “permanente” producción y autorreproducción; le regresa a la interpretación su carácter temporal, histórico y humano. Contra todas las “leyes de bronce” que el capitalismo ha dictado a favor de sí mismo y de su infinitud; contra el carácter de “leyes naturales eternas” que busca inmortalizar, al menos ideológicamente, el marxismo rescata un elemento crucial, el carácter histórico y mutable de toda forma social, que teórica, y, prácticamente, se impone a la lectura contemplativa de la historia.

La reflexión acerca de la vida humana –dice Marx acerca del pensamiento burgués– y por lo tanto también su análisis científico, emprende en general un camino inverso de la evolución real. Empieza «post festum» y, por ello, con los resultados ya listos del proceso de desarrollo.

---

<sup>7</sup> Benjamin, Walter, *Tesis sobre la historia y otros fragmentos*, Traducción e introducción de Bolívar Echeverría. Itaca, México, 2008, Tesis IX pp. 44-45.

Las formas [...] poseen ya la firmeza de formas naturales de la vida social antes de que los hombres intenten ponerse en claro no ya acerca del carácter histórico de esas formas, que se les presentan más bien como inmutables, sino ni siquiera acerca de su contenido.<sup>8</sup>

El otro concepto necesario para la comprensión del método, es el de “totalidad concreta”. El reconocimiento del carácter histórico de todo proceso social queda fragmentado si no consideramos la realidad como totalidad concreta. Nos apoyamos para definir y aplicar este concepto en la teoría de Marx, en las interpretaciones de Georg Lukács y Karel Kosík. La importancia de este “principio metodológico de la investigación dialéctica” radica, siguiendo a Kosík:

Que ante todo significa que cada fenómeno puede ser comprendido como elemento de un todo. Un fenómeno social es un hecho histórico en tanto y por cuanto se le examina como elemento de un determinado conjunto y cumple por tanto un *doble* cometido que lo convierta efectivamente en hecho histórico: de un lado, definirse a sí mismo, y, de otro lado, definir al conjunto; ser simultáneamente productor y producto; ser determinante y, a la vez, determinado; ser revelador y, a un tiempo, descifrarse a sí mismo; adquirir su propio auténtico significado y conferir sentido a algo distinto. Esta interdependencia y mediación de la parte y del todo significa al mismo tiempo que los hechos aislados son abstracciones, elementos artificialmente separados del conjunto, que únicamente mediante su acoplamiento al conjunto correspondiente adquieren veracidad y concreción. Del mismo modo, el conjunto donde no son diferenciados y determinados sus elementos es un conjunto abstracto y vacío.<sup>9</sup>

Lukács dice en *Historia y consciencia de clase*, respecto a la categoría de totalidad concreta:

El conocimiento de los hechos no es posible como conocimiento de la «realidad» más que en ese contexto que articula los hechos individuales de la vida social en una «totalidad» como momentos del desarrollo social. Este conocimiento parte de las determinaciones naturales,

---

<sup>8</sup> Marx, Karl. *El Capital*, I, 42. en: Lukács, Georg. *Historia y consciencia de clase*. *Op. cit.* pp. 50-51.

<sup>9</sup> Kosík, Karel. *Dialéctica de lo concreto*. Traducción y prólogo de Adolfo Sánchez Vázquez. Grijalbo. México. 1967. p. 61.

inmediatas, puras, simples (en el mundo capitalista) [...] para avanzar de ellas hasta el conocimiento de la totalidad concreta como reproducción intelectual de la realidad. Esta totalidad concreta no está en modo alguno dada al pensamiento inmediatamente. «Lo concreto es concreto», dice Marx, «Porque es la concentración de muchas determinaciones, o sea, unidad de lo múltiple» [...] Esta consideración dialéctica de la totalidad, que tanto se aleja, aparentemente, de la realidad inmediata que la realidad parece tan «acientíficamente» construida, es verdaderamente el único método que permite reproducir y captar intelectualmente la realidad. La totalidad concreta es, pues, la categoría propiamente dicha de la realidad. La verdad de esta concepción no se manifiesta, empero, con toda claridad más que situando en el centro de nuestra atención el sustrato real, material, de nuestro método, la sociedad capitalista con sus internos antagonismos entre las fuerzas de producción y las relaciones de producción. [...] Llegados a este punto se aprecia por fin que la consideración de totalidad propia del método dialéctico es el conocimiento de la realidad del acaecer social.<sup>10</sup>

Así pues, el estudiar el problema del colonialismo bajo este “principio metodológico” nos obliga a entenderlo no sólo como un hecho histórico, sino como parte de una realidad concreta, como parte de un todo en el que cobra significado en la medida en que continúa siendo un fenómeno vivo en la totalidad, concretamente en la totalidad del capitalismo, y sólo puede ser entendido a través de ella. Al referirse Marx a la llamada acumulación originaria, pretende, como se verá en los apartados finales de este trabajo, desvirtuar el argumento de la finitud de dicho fenómeno en el capitalismo. Si bien es cierto ubica, para responder a la economía política clásica, la acumulación originaria en un momento específico de la historia, su interés recae en el proceso que a partir de la conquista militar y económica de algunos pueblos se perpetúa en el capitalismo. Aunque este proceso no alcance a concebir sus causas, Marx las deja al descubierto. Al mismo tiempo, y por lo que veremos en el desarrollo de esta investigación, el colonialismo como fenómeno económico

---

<sup>10</sup> Lukács, Georg. *Historia y consciencia de clase. Op. cit.* pp. 10, 11, 17.

e histórico siguió reproduciéndose como tal en la larga historia del capital. No sólo existe subsumido en el proceso de explotación capitalista, que despojó al hombre de todos los medios de producción obligándole a vender su fuerza de trabajo a perpetuidad, adquiere también su forma originaria en los procesos de conquista militar y política, las conquistas de las naciones desarrolladas sobre los países “en vías de desarrollo”, explotando desembozada y descaradamente las riquezas de pueblos enteros que no pueden resistir la embestida del capital. Estos momentos evidentes del colonialismo como parte de la totalidad del capital se presentaron en el siglo XIX, fueron materia de estudio de Marx y continúan perpetrándose en nuestros días de manera constante. Son inherentes al sistema y sólo desaparecerán con él, o, en todo caso, dejarán de funcionar como parte necesaria de la totalidad capitalista que es la que le da significación. Esta última consideración la expone Marx con suficiente claridad en *Trabajo asalariado y capital*:

Un negro es un negro. Sólo en determinadas condiciones se convierte en esclavo. Una máquina de hilar algodón es una máquina para hilar algodón. Sólo en determinadas condiciones se convierte en *capital*. Arrancada a estas condiciones, no tiene nada de capital, del mismo modo que el oro no es de por *sí dinero*, ni el azúcar el precio del azúcar.<sup>11</sup>

La atención que Marx pone en la acumulación originaria surge de la necesidad de refutar los principios que la economía política clásica presenta como absolutos, de analizar su verdadero papel como momento histórico en la aparición del capitalismo adentrándose en sus verdaderas causas. El estudio de la génesis de este proceso ayuda a entender su autorreproducción constante y creadora en los fenómenos que de ella derivan. Y en la medida en que descubre el origen y el germen no de manera aislada, no como el “pecado original” del que derivan todos los problemas actuales de la sociedad, sino sólo como un

---

<sup>11</sup> Marx, Karl. *Trabajo asalariado y capital*. Gernika. México. 1984. pp. 23-24.

momento de la realidad actual, momento que se reproduce en formas distintas en el proceso de producción capitalista, descubre también su finitud, su agotamiento como producto de las contradicciones que este proceso social, desde su nacimiento, trae consigo.

El ideal cognoscitivo de las ciencias de la naturaleza –dice Lukács–, el cual, aplicado a la naturaleza se limita a servir al progreso de la ciencia, resulta ser, aplicado al desarrollo social, un arma ideológica de la burguesía. Es vital para la burguesía entender su orden productivo como si estuviera configurado por categorías de atemporal validez, y determinado para durar eternamente por obras de leyes eternas de la naturaleza y de la razón; y, por otra parte, estimar las inevitables contradicciones no como propias de la esencia de ese orden de producción, sino como fenómenos superficiales [...] El conocimiento de la objetividad real de un fenómeno, el conocimiento de su carácter histórico, constituyen así un acto de conocimiento.<sup>12</sup>

Así pues, partiendo del principio de la “totalidad concreta” inherente a la comprensión de todo fenómeno social como fenómeno histórico en el que los “hechos” no pueden ser entendidos de manera aislada, sino como parte de una realidad a la que nos enfrentamos todavía en formas distintas pero cuya esencia se mantiene inalterable, estudiaremos el fenómeno del colonialismo, cuyo sentido histórico como génesis y como proceso vivo de la acumulación del capital nos permite no sólo entender el proceso en su conjunto sino, a su vez, captar su mutabilidad, su finitud, una vez que las contradicciones immanentes al sistema se hayan agotado. Estas contradicciones, sin embargo, no llevarán por sí solas a una sociedad mejor o superior. El capitalismo engendra en su seno una serie de posibilidades que corresponde al hombre volver reales. El factor subjetivo, que el marxismo vulgar reconoce solo de manera secundaria, se vuelve fundamental en el proceso de transformación hacia el socialismo concebido por Marx:

---

<sup>12</sup> Lukács, Georg. *Historia y consciencia de clase*. Op. cit. pp. 12-16.

La intervención del factor subjetivo (conciencia, organización y acción) –dice Sánchez Vázquez– se convierte así en un elemento necesario de la necesidad [...] El socialismo es una posibilidad engendrada históricamente e históricamente realizable. Pero la realidad no engendra una sola posibilidad, sino varias, que han de ser descubiertas en el análisis del presente, aunque algunas se descubran tardíamente y no antes de su realización.<sup>13</sup>

Un tercer elemento es preciso poner de relieve en este apartado, y es que el colonialismo, como momento de la realidad, se ha mantenido vivo, en diversas formas, en las diferentes etapas de desarrollo del capitalismo. Nos referimos principalmente al colonialismo como proceso económico. Al aludir Marx a la “llamada acumulación originaria” manifiesta ya la heterogeneidad del proceso que se estudia.

¿Por qué llamada? No sólo porque, a diferencia de los apologistas burgueses, concibe la acumulación como un proceso que se reproduce constantemente, sino también (y sobre todo) porque los efectos de la acumulación –y del desarrollo– son heterogéneos, desiguales, según si el país en cuestión es dominante o dominado.<sup>14</sup>

Marx esclarece este concepto antes de entrar al análisis económico e histórico de la acumulación. Destierra posibles interpretaciones equívocas que de su análisis puedan desprenderse, arguyendo de principio que su crítica responde a la concepción burguesa de la acumulación, a la idea de la economía política clásica que pretendía encontrar un punto de partida, un origen específico, que legitimara su situación actual y no alcanzaba a concebir dicho fenómeno como proceso, como actividad.

Todo el proceso, pues, parece suponer, una acumulación «*originaria*» previa a la *acumulación capitalista* («*previous accumulation*»), como la llama Adam Smith), una acumulación que no es el *resultado* del modo de producción capitalista, sino su punto de *partida*.

---

<sup>13</sup> Sánchez Vázquez, Adolfo. “Racionalidad y emancipación en Marx”, en Sánchez Vázquez, Adolfo. *De Marx al marxismo. Op. cit.* p. 37.

<sup>14</sup> Levrero, Renato, “Marx, Engels y la Cuestión Nacional”, en Marx, Karl y Engels, Friedrich, *Imperio y Colonia. Escritos sobre Irlanda*, Cuadernos de Pasado y Presente núm. 72, México, 1979, p. 39.

Esta *acumulación originaria* desempeña en la economía política aproximadamente el mismo papel que el *pecado original* en la teología. Adán mordió la manzana, y con ello el pecado se posesionó del género humano. Se nos explica su origen contándolo como una anécdota del pasado. En tiempos muy remotos había, por un lado, una elite diligente, y por el otro una pandilla de vagos y holgazanes. Ocurrió así que los primeros *acumularon riqueza* y los últimos terminaron por no tener nada que vender excepto su pellejo. Y de este pecado original arranca *la pobreza de la gran masa* –que aun hoy, pese a todo su trabajo, no tiene nada que vender salvo sus propias personas– y *la riqueza de unos pocos*, que crece continuamente aunque sus poseedores hayan dejado de trabajar hace mucho tiempo.<sup>15</sup>

La acumulación entendida a la manera de la economía política clásica aísla el hecho histórico de la totalidad. Pretende estudiar la parte que justifique el origen, pero la estudia como si estuviera muerta, como si su reproducción constante no se observara no sólo en distintos momentos históricos y en distintas latitudes, sino, sobre todo, como si no fuera un componente en constante reproducción dentro de la economía capitalista. El despojo, como observa Marx, es un despojo permanente que se normalizó bajo leyes aparentemente naturales en el proceso de producción.

Así pues, la dificultad de su estudio radica en que debe observarse como momento histórico concreto y, al mismo tiempo, como fuerza viva del sistema actual. Nos centraremos precisamente en los momentos históricos que coexisten con el capitalismo moderno, en aquellos en los que el proceso de conquista, destrucción y latrocinio, se observaba de manera específica en la época en la que el sistema desplegaba toda su capacidad productiva y, fundamentalmente, en el momento en el que Marx pudo analizar la relación de las naciones conquistadas con el desarrollo general del capital. Todo ello sin dejar de considerar que el proceso continúa, que mientras el capitalismo exista el

---

<sup>15</sup> Marx, Karl, Cap. XXV, “La llamada acumulación originaria”, en: Marx, Karl, *El capital, Tomo I*, Vol.3, Siglo XXI, México, 2013, pp. 891-892.

colonialismo será uno de sus fundamentos indispensables. Que la conquista militar y violenta no es la única forma de apropiación de riqueza, ni siquiera la más importante, aunque todavía en la época moderna continúa perpetrándose. La subsunción real del colonialismo en el desarrollo del capitalismo existe y debe ser develada no únicamente como proceso histórico, descubriendo las atrocidades que el sistema, en su afán de conquistar mercados y fuerza de trabajo barata, revela; sino también, como proceso económico, como una de las formas de acumulación inherentes al capitalismo, que, desde su aparición, se ha perpetuado en cada una de sus fases.

Poner de relieve el carácter colonialista del capitalismo moderno y la interpretación marxista de casos concretos, deberá ayudarnos a entender el papel que las naciones conquistadas y colonizadas jugaron y juegan hoy en día en la lucha revolucionaria. Descubrir las reminiscencias actuales del colonialismo “fenecido” recordando que “La tradición de todas las generaciones muertas oprime como una pesadilla el cerebro de los vivos”<sup>16</sup>. Un estudio histórico que, como se verá, está cargado de serias contradicciones y consideraciones, sobre todo en lo que a la investigación marxiana se refiere. Por ello, trataremos de estudiar el problema utilizando, fundamentalmente, los escritos específicos que Marx hizo sobre el tema.

Finalmente, y como núcleo vital del método, como “el corazón del corazón” del materialismo histórico y dialéctico, es preciso destacar la contradicción entre teoría y práctica. Darle su lugar en el análisis a la *praxis revolucionaria* como hermenéutica de esta investigación. La dualidad entre teoría y práctica, que había fraccionado el pensamiento

---

<sup>16</sup> Marx, Karl, *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*, en Marx, Karl. *Antología Karl Marx*, Selección e introducción de Horacio Tarcus, Siglo XXI, Buenos Aires, 2016, p. 151.

filosófico en dos corrientes aparentemente contrarias es superada por el marxismo en su forma práctica, histórica, apoyada en la dialéctica hegeliana. Logra hacer de la teoría “el vehículo de la revolución” invirtiendo el proceso de análisis e interpretación de la realidad, abriendo un camino a la transformación práctica y verdadera de la misma.

No se decanta Marx por uno de los polos de la contradicción. El materialismo “superficial, estático y mecánico” tampoco ha logrado concebir la unidad entre sujeto y objeto: “La falla fundamental de todo el materialismo precedente (incluyendo el de Feuerbach) –dice en la tesis I sobre Feuerbach– reside en que sólo capta el objeto (*Gegenstand*), la realidad, lo sensible, bajo la forma de objeto (*Objekt*) o *de contemplación* (*Anschauung*), no como *actividad humana sensorial*, como práctica, no de un modo subjetivo”.<sup>17</sup>

El objetivo de esta crítica es poner de manifiesto la insuficiencia de ambas percepciones (materialismo e idealismo) frente a la concepción revolucionaria. “Lo que busca centralmente –dice Echeverría sobre el objetivo de Marx en las tesis– [...] es el *carácter que conviene al discurso teórico comunista como discurso revolucionario: revolucionario por tratar adecuadamente de la revolución y por ser, él mismo, momento constitutivo (teórico) de la revolución.*”<sup>18</sup> La “actividad revolucionaria”, la “actividad crítico-práctica”, la “*praxis*”, no desdeña la determinación de la realidad sobre el hombre, pero concibe al hombre como transformador de esta realidad. Al hombre como sujeto creador y no sólo como objeto determinado. “La teoría materialista del cambio de las circunstancias y de la educación olvida –dice Marx en la *tesis III*– que las circunstancias las

---

<sup>17</sup> Marx, Karl. “Tesis sobre Feuerbach”. en Sánchez, Vázquez, Adolfo. *Filosofía de la Praxis*. Siglo XXI. México. 2018. p. 168.

<sup>18</sup> Echeverría, Bolívar. *El materialismo de Marx. Discurso crítico y revolución*. Itaca. México. 2011. p. 20.

hacen cambiar los hombres y que el educador necesita, a su vez, ser educado.<sup>19</sup> Así pues, “La transformación social decisiva es el momento del proceso o la praxis social en que sus dos dinámicas interrelacionadas (el «cambio de las circunstancias» y la «actividad humana») «coinciden» en el plano de lo concreto: es un proceso revolucionario o una «*praxis revolucionaria*»”.<sup>20</sup>

El materialismo histórico como método debe concebirse entonces como *praxis*, como actividad “sensorial” (humana), en el que se reconoce la determinación de las circunstancias materiales, “aquellas circunstancias con que se encuentran directamente, que existen y les han sido legadas por el pasado”,<sup>21</sup> pero no de un modo fatalista, sino como circunstancias creadas también por hombres y que en esa medida pueden y deben ser transformadas, como circunstancias históricas. Para ello la “crítica”, la interpretación de la realidad, debe cambiar en su esencia, debe “educarse al educador”, sustituyendo la convicción de la existencia de “leyes naturales”, por “leyes sociales” producto concretamente de relaciones de producción en cada época determinada. Sólo así, sustituyendo esta actitud contemplativa por una actitud crítica, podrá aspirarse a una verdadera transformación, cuya afirmación definitiva se encuentra en la realidad, en el cambio verdadero, práctico, de estas circunstancias, y no únicamente en su interpretación, en su reconocimiento teórico. “Los filósofos se han limitado a interpretar el mundo de distintos modos; de lo que se trata es de transformarlo”.<sup>22</sup> Transformar el mundo, asumiéndose al mismo tiempo como creador de éste, es el fin último del pensamiento

---

<sup>19</sup> Marx, Karl. “Tesis sobre Feuerbach”. en Sánchez, Vázquez, Adolfo. *Filosofía de la Praxis. Op. cit.* p. 175.

<sup>20</sup> Echeverría, Bolívar. *El materialismo de Marx. Op. cit.* p. 41.

<sup>21</sup> Marx, Karl, *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*, en Marx, Karl. *Antología Karl Marx*, Selección e introducción de Horacio Tarcus, Siglo XXI, Buenos Aires, 2016, p. 151.

<sup>22</sup> Marx, Karl. “Tesis sobre Feuerbach”. en Sánchez, Vázquez, Adolfo. *Filosofía de la Praxis. Op. cit.* p. 179.

marxista. Marx no rechaza la necesidad especulativa de la interpretación; rechaza la idea de que el “arma de la crítica” pueda sustituir a la “crítica de las armas”.

La crítica de la filosofía especulativa hegeliana se convierte, para Marx, por razones prácticas, en una exigencia teórica. Al reducir toda realidad a pensamiento, esta filosofía se concilia con el mundo tal como es, arrincona las revoluciones a la esfera de la «impaciencia subjetiva» y descalifica así todo empeño por transformar radical y prácticamente la realidad.<sup>23</sup>

Es posible, o casi un hecho, que a lo largo de esta investigación se encuentren posicionamientos que abandonen el equilibrio de la contradicción entre teoría y práctica; en los que la ortodoxia parezca dogmatismo e incluso que no se logre una aplicación correcta del método. Estas posibles falencias en la investigación podrán responder a una inacabada comprensión de la teoría, cuyos fundamentos no han sido completamente comprendidos y asimilados. A esta limitación hay que añadir la dificultad de investigar un problema histórico desde la perspectiva de Marx; de encontrar en el desarrollo de su pensamiento los momentos de superación; las “transiciones dialécticas” (según la expresión de Engels), y definir las concretamente. Por ello, considerando la dificultad de una tarea de esta envergadura, la investigación se centra no sólo en el análisis filosófico, que en el marxismo es imposible separar de la comprensión histórica, sino también, y en algunos apartados de manera prioritaria, en los momentos históricos definitorios tanto de su teoría del colonialismo, como del colonialismo como fenómeno económico en sí mismo. Errores y lagunas se encontrarán en una aspiración probablemente demasiado ambiciosa, por lo que antes de introducir al lector a la investigación, pido disculpas de manera anticipada por estos descuidos involuntarios.

---

<sup>23</sup> Sánchez Vázquez, Adolfo. “El joven Marx y la filosofía especulativa”, en Sánchez Vázquez, Adolfo. *De Marx al marxismo. Op. cit.* p. 14.

## Capítulo I

### El primer Marx. Acercamiento inicial al problema del colonialismo

#### I.1 El doble carácter del colonialismo

El estudio del problema del colonialismo en Marx nos obliga a acercarnos, en principio, a las naciones latinoamericanas. Prototipo de colonias europeas durante los siglos XVI, XVII y XVIII. Durante el siglo XIX, aunque en menor medida, estas naciones continuaron jugando un papel secundario en el desarrollo económico mundial. Sometidas económica y culturalmente a los países europeos y, más adelante, a la égida del capital norteamericano. Sin embargo, el estudio de Marx sobre el colonialismo en América Latina fue relativamente limitado. Son pocos los trabajos que existen al respecto, y en la mayoría de los casos son de carácter circunstancial. La razón de este “olvido” reside en el papel secundario que entonces jugaban las colonias en el desarrollo del capitalismo, de carácter esencialmente occidental. Marx no concebía la posibilidad de una revolución proletaria en un país donde no existieran las condiciones materiales que permitieran la irrupción del proletariado como clase. Estas condiciones solo podían darse en aquellos países en los que la burguesía hubiera cumplido ya su papel revolucionario. Así lo refiere en el *Manifiesto del Partido Comunista*:

La burguesía ha desempeñado un papel altamente revolucionario en la historia. Allí donde ha llegado al poder, la burguesía ha destruido todas las relaciones feudales, patriarcales, idílicas. Ha arrancado despiadadamente los abigarrados lazos que ligaban a los hombres con sus “superiores naturales”, y no ha dejado otro lazo entre hombre y hombre que el desnudo interés, que el seco “pago al contado”. Ha sofocado el sagrado embeleso de la ilusión piadosa, del entusiasmo caballeresco, de la melancolía pequeñoburguesa, en las aguas heladas del cálculo egoísta. Ha disuelto la dignidad humana en el valor de cambio y ha

sustituido las libertades garantizadas y legalmente adquiridas por la única libertad, la libertad del comercio sin escrúpulos. En una palabra, ha sustituido la explotación recubierta de ilusiones religiosas y políticas por la explotación abierta, desvergonzada, directa, a secas.<sup>24</sup>

Aquellos países en los que el papel inicialmente revolucionario de la burguesía no se hubiera cumplido o se hubiera cumplido a medias, no podían aspirar, bajo esta lógica, a gestar una revolución. Todo lo contrario, se verían arrastrados por la aplastante fuerza de “las heladas aguas del cálculo egoísta” y sucumbirían al proceso “civilizatorio” encabezado por las naciones industrialmente más desarrolladas:

La burguesía, gracias al rápido perfeccionamiento de todos los instrumentos de producción y a la inmensa mejora de las comunicaciones, arrastra a todas las naciones, incluso a las más bárbaras, hacia la civilización. Los bajos precios de sus productos son la artillería pesada con la que derriba todas las murallas chinas, con la que doblega la más terca xenofobia de los bárbaros hasta su capitulación. La burguesía obliga a todas las naciones a apropiarse del modo de producción burgués si no quieren sucumbir; las obliga a incorporar ellas mismas la llamada civilización, esto es, a convertirse en burguesas. En una palabra, crea un mundo a su imagen y semejanza... Al igual que ha subordinado el campo a la ciudad, ha subordinado los pueblos bárbaros y semibárbaros a los civilizados, los pueblos campesinos a los pueblos burgueses, el Oriente a Occidente.<sup>25</sup>

Esta idea sobre los países colonizados y subdesarrollados fungiría como eje rector, en una primera etapa, del pensamiento de Marx. Dada la imposibilidad de encontrar en sus investigaciones sobre América Latina un análisis al respecto, es preciso buscar en otros documentos su concepción sobre el papel histórico que a los pueblos en vías de desarrollo

---

<sup>24</sup> Marx, Carlos y Engels Federico. *Manifiesto Comunista*. Alianza. Madrid. 2017. p. 52.

<sup>25</sup> Marx, Karl. *Manifiesto del Partido Comunista*. En: *Antología Karl Marx*, Selección e introducción de Horacio Tarcus, Siglo XXI, Buenos Aires, 2016. p. 120.

les correspondía. Para ello, los artículos sobre la dominación británica en la India son suficientemente esclarecedores.

En 1853, Marx publicó dos artículos sobre el tema en el *New-York Daily Tribune*. La necesidad de estudiar el proceso de colonización sufrido por la India a manos de Inglaterra surgía de un principio básico del que partía Marx en sus investigaciones y que queda suficientemente definido en algunas de sus obras precedentes, como se observa en el *Manifiesto*. Dado que Inglaterra representaba el país con mayor desarrollo industrial; en el que el avance de las fuerzas productivas y del libre cambio se habían por completo asentado y definido, permitiendo así la consolidación de dos clases en abierta disputa: burguesía y proletariado; era imperioso que fuera éste el país en el que las contradicciones del sistema económico se desarrollaran a mayor velocidad; haciendo surgir así la posibilidad de una revolución. El proceso de conquista y colonización de la India era, para Marx, el ejemplo más notable del avasallamiento del capital sobre las colonias.

En la India se hicieron evidentes las contradicciones que el proceso de conquista y colonización, inmanentes al capitalismo en expansión, hacían necesarias. Un país dividido por “guerras civiles, invasiones, revoluciones, conquistas, años de hambre”<sup>26</sup> se vio repentinamente arrastrado por la vorágine del “dominio colonial inglés”, que a diferencia de los viejos conquistadores: “árabes, turcos, tártaros y mongoles” que se habían “hinduizado” una vez conquistado el territorio, la metrópoli destruyó casi por completo los cimientos de la vieja sociedad.

De acuerdo con la ley inmutable de la historia, los conquistadores bárbaros son conquistados por la civilización superior de los pueblos conquistados por ellos. Los ingleses fueron los primeros conquistadores de civilización superior a la hindú, y por eso resultaron

---

<sup>26</sup> Marx, Karl. “La dominación británica en la India” en: Marx, Karl y Engels, Friedrich. *Obras escogidas*. Tomo I. Progreso. Moscú. 1977. p. 327.

inmunes a la acción de esta última. Los británicos destruyeron la civilización hindú al deshacer las comunidades nativas, al arruinar por completo la industria indígena y al nivelar todo lo grande y elevado de la sociedad nativa.<sup>27</sup>

Las aseveraciones hechas por Marx deben entenderse dentro del proceso evolutivo de su pensamiento. Para 1853, año en el que publica los artículos sobre la India, la convicción de que era Europa, y particularmente Inglaterra, la llave de la revolución, seguía intacta. El fracaso de las revoluciones de 1848, fenómeno al que aludiremos más adelante, no echaría por tierra, como no lo haría nunca, la convicción de la revolución. Sin embargo la idea de la liberación de las colonias, como efecto de las revoluciones obreras en Occidente se transformaría radicalmente; no sólo por verse frustrados los intentos revolucionarios en Francia, Hungría y Alemania, sino, a su vez, al reconocer un fundamento revolucionario, antes apenas perceptible en Marx, en los mismos pueblos colonizados.

Esta destrucción se perpetraba en los cimientos de la sociedad, en las formas de producción que, al transformarse, arrastran consigo las formas culturales y políticas.

Estas comunidades de tipo familiar tenían por base la industria doméstica, esa combinación peculiar de tejido a mano, hilado a mano y laboreo a mano, que les permitía bastarse a sí mismas. La intromisión inglesa, que colocó al hilador de Lancashire y al tejedor de Bengala, o que barrió tanto al hilador hindú como al tejedor hindú, disolvió esas pequeñas comunidades semibárbaras y semicivilizadas, al hacer saltar su base económica, produciendo así la más grande, y, para decir la verdad, la única revolución *social* que jamás ha visto Asia.<sup>28</sup>

Esta idea, en la que se defiende abiertamente la labor destructiva de Inglaterra sobre la India no debe escandalizar a nadie. Era componente necesario y lógico de la idea de Marx sobre las revoluciones sociales. La labor “civilizadora” del capitalismo contenía la parte

---

<sup>27</sup> Marx, Karl. “Futuros resultados de la dominación británica en la India” en: Marx, Karl y Engels, Friedrich. *Obras escogidas*. Tomo I. Progreso. Moscú. 1977. p. 333.

<sup>28</sup> Marx, Karl. “La dominación británica en la India”. *Op. cit.* p. 330.

destruktiva, necesaria para impulsar la transformación social en todos los países. Era teóricamente demostrable el hecho de que un país, cuyas fuerzas productivas estuviesen rezagadas en relación a las de los países industrialmente más avanzados, podía asimilar estas mejoras industriales y revolucionarias si se sometía a la vorágine capitalista. Sin embargo, históricamente no fue así. La revolución social, que consistía en la transformación de la estructura económica, subordinaba a la revolución política, que atendía las necesidades particulares de cada nación. La mirada de Marx estaba, pensando en la revolución proletaria en Europa, puesta en la transformación de las condiciones económicas de cada país, incluso si esta transformación fuese violenta. El objetivo era prender en Inglaterra la chispa que haría derrumbarse, encendiendo la pólvora ya desperdigada por la clase obrera en Europa, a todo el sistema capitalista. Logrando así una revolución *social*, ya no de la del carácter que esperaba para la India, que sólo la acercaba al capitalismo, sino de carácter radical y definitivo, una revolución *social* proletaria que pusiera fin al dominio del capital sobre el trabajo.

Esta tesis se transformaría, en lo que a las colonias se refiere, pasados los años. El papel destructivo de la pretendida revolución devoraría al civilizador, demostrando históricamente la falibilidad de la teoría. Sin embargo, y como se verá a lo largo de la investigación, la vitalidad del pensamiento de Marx consiste, en gran medida, en reconocer los errores que la historia hacía patentes y, a partir de ahí, fortalecer la teoría con las lecciones de la realidad. No se defiende, por lo absurdo que resultaría, la ineluctabilidad de las tesis, sino la relación entre éstas y la realidad. Pensamos en este sentido como Franz

Mehring: “Engels y Marx podían equivocarse, y se equivocaban no pocas veces, pero jamás se obstinaban en hacer frente a la realidad, tal como se imponían los acontecimientos”<sup>29</sup>

Al respecto, Marx había planteado ya, desde sus obras más tempranas, una de las tesis que en su filosofía se observaría imperecedera. En su *Introducción a la crítica de la filosofía del derecho de Hegel*, publicada en 1844, alude a la “consciencia crítica”; idea con la que se acercaba a los problemas de Alemania, y que lo puso en evidente contradicción con Feuerbach y Ruge –redactor en jefe entonces de los *Anales franco-alemanes*–. En ella hacía hincapié en la necesidad no sólo de criticar los efectos de la enajenación humana, sino sus causas. En el caso de Feuerbach, de quien era deudor teórico en cierto sentido, y a quien reconocía la racionalidad y lógica de su crítica en *La esencia del cristianismo*, reconocía una falla fundamental en su razonamiento, explicitada con claridad en su *Introducción*. El “arma de la crítica” sólo podía entenderse revolucionaria si criticaba la realidad concreta, como totalidad. No bastaba con proponer soluciones a problemas que aún no existían como tales y que correspondían a otra época o a otros pueblos. Había que generar las condiciones para que la crítica fuera efectiva y transformadora. Refiriéndose a Alemania, país industrialmente atrasado pero filosóficamente superior a Francia, corazón del desarrollo político europeo, Marx apunta:

El arma de la crítica no puede reemplazar la crítica de las armas; la fuerza material debe ser abatida por la fuerza material; pero también la teoría se transforma en fuerza material en cuanto se apodera de las masas. La teoría es capaz de apoderarse de las masas en cuanto demuestra *ad hominem*, y demuestra *ad hominem* en cuanto se hace radical [...] Las revoluciones necesitan, en efecto, un elemento pasivo, una base material. La teoría logra realizarse en un pueblo sólo en la medida en que es la realización de sus necesidades [...] ¿Serán las necesidades teóricas directamente necesidades prácticas? No basta que el

---

<sup>29</sup> Mehring, Franz, *Carlos Marx*, Grijalbo, Trad, Wenceslao Roces, México, 1960, p. 367.

pensamiento procure acercarse a su realización; también la realidad debe tratar de acercarse al pensamiento.<sup>30</sup>

¿Imposibilitaba Marx a Alemania con esta tesis a hacer su propia revolución? ¿Anulaba el espíritu revolucionario de una nación en la que la filosofía rebasaba aceleradamente a la economía y a la política? No. Simplemente centraba su crítica de tal forma que fuera efectiva en términos prácticos. Alemania podía hacer su propia revolución, pero para ello necesitaba no sólo las condiciones espirituales arraigadas en la filosofía (hegeliana), sino las condiciones materiales que permitieran una transformación real y no sólo ensoñaciones revolucionarias.

Esta tesis, planteada por Marx para Alemania, una nación occidental en quien reconocía el atraso económico, obstáculo de su propia revolución, ¿no tendría significado alguno para otras naciones, menos desarrolladas y en cuyo seno maduraban de forma más lenta las condiciones materiales y espirituales de la revolución? Así como Marx entendía este necesario proceso de desarrollo para Alemania y otras naciones occidentales, lo veía, lógicamente, para países como la India, en los que no bastaba con esperar que el fruto de la revolución cayera por sí sólo, sino que era necesario que la realidad “clamara” por este fruto.

Esta es una de las tesis más polémicas dentro del estudio del marxismo, y principalmente del latinoamericano, planteadas por el pensador alemán. De forma más determinista y radical planteaba Marx este problema para las colonias, en las que no sólo no existían las condiciones espirituales que algunas naciones de Occidente podían ya presumir,

---

<sup>30</sup> Marx, Karl. *Contribución a la crítica de la filosofía del derecho de Hegel*. En: *Antología Karl Marx*, Selección e introducción de Horacio Tarcus, Siglo XXI, Buenos Aires, 2016. pp. 99-100.

sino que estaban muy lejos de consolidarse las condiciones materiales que hicieran posible una realidad en la que el “arma de la crítica” tuviera efectos radicales.

Bien es verdad que, al realizar una revolución social en el Indostán, Inglaterra actuaba bajo el impulso de los intereses más mezquinos, dando pruebas de verdadera estupidez en la forma de imponer esos intereses. Pero no se trata de eso. De lo que se trata es de saber si la humanidad puede cumplir su misión sin una revolución a fondo en el estado social de Asia. Si no puede, entonces, y a pesar de todos sus crímenes, Inglaterra fue el instrumento inconsciente de la historia al realizar dicha revolución. En tal caso, por penoso que sea para nuestros sentimientos personales el espectáculo de un viejo mundo que se derrumba, desde el punto de vista de la historia tenemos pleno derecho a exclamar con Goethe: “Sollte diese Qual uns quälen Da sie unsre Lust vermehrt, Hat nicht Myriaden Seelen Timur’s Herrschaft aufgezehrt?” (¿Quién lamenta los estragos si los frutos son placeres? ¿No aplastó miles de seres Tamerlán en su reinado?)<sup>31</sup>

Esta idea maduraría y se transformaría andando el tiempo. El determinismo observado en estas líneas debe conocerse para comprender el proceso de maduración del pensamiento marxista; así como la capacidad de adaptación que el “principio enérgico” de su teoría otorgaba al estudiar la realidad. Por lo demás, antes de condenar la dureza con la que interpreta el papel de la India frente a Inglaterra, es necesario no perder de vista el objetivo central de todos sus razonamientos: la revolución social, que necesariamente tiene que implosionar en Inglaterra. Haciendo un paralelismo con algunas naciones subyugadas en Europa y la necesaria revolución en Inglaterra, Mehring resume esta etapa del pensamiento marxista:

En el triunfo del proletariado sobre la burguesía, Marx veía la señal para la emancipación de todas las naciones oprimidas, y en el triunfo de los proletarios ingleses sobre la burguesía de Inglaterra el paso decisivo para el triunfo de todos los oprimidos sobre sus opresores. No

---

<sup>31</sup> *Ibid* p. 331.

era en Polonia donde había de emanciparse los polacos, sino en Inglaterra. Y si los cartistas lograban abatir a sus enemigos interiores, abatirían con ellos a toda la sociedad.<sup>32</sup>

No era, pues, falta de humanismo o un arraigado eurocentrismo, como en ocasiones se pretende interpretar estos pasajes, lo que guiaba el razonamiento de Marx. Era la necesidad de la revolución social universal, a la que veía como producto de una ley económica e histórica que, estudiándose ulteriormente a profundidad, abriría nuevos derroteros. “Estos esbozos primerizos salidos de sus manos no puede decirse que sean falsos: son sencillamente vagos, desdibujados. Y aunque en detalles las cosas se hayan desarrollado de otro modo, en conjunto no han hecho más que confirmar la verdad de su previsión.”<sup>33</sup>

Marx confiaba, en esta primera interpretación sobre el papel de las colonias, en el doble carácter de la dominación. Aunque reconocía con toda crudeza los estragos que la destrucción y el avasallamiento del capitalismo inglés perpetraba sobre la India, pretendía dicha destrucción como una labor regeneradora; como un momento dialéctico en el que se negaba la parte innecesaria de la contradicción para que emergiera de ella la síntesis superior que el capital podía y debía crear. Así como planteaba para Alemania la necesidad de crear las condiciones materiales de la revolución, que estuvieran a la altura de las necesidades del pensamiento, Marx veía que las colonias más atrasadas debían labrar con mayor rigor y esfuerzo este camino. Confiaba todavía en el impulso que el capitalismo pudiera ofrecer desde fuera al desarrollo de estas condiciones, no tanto por su labor “civilizadora”, que Marx criticaba ya en el *Manifiesto*, sino por la necesidad de acelerar, en todos los pueblos, las condiciones materiales que permitieran una revolución social no ya de carácter nacional como esperaba que sucediese en la India, sino de carácter universal. La

---

<sup>32</sup> Mehring, Franz, *Carlos Marx. Op. cit.* p. 158.

<sup>33</sup> *Ibid* p. 83.

realidad años después, como hicimos ver líneas atrás, permitiría a Marx reformular esta tesis.

Para comprender en su totalidad esta primera tesis sobre el colonialismo, es preciso reconocer, en palabras propias de Marx, el carácter progresista del proceso de conquista que sobre los países subdesarrollados tendría el capitalismo, en este caso representado por Inglaterra:

Inglaterra tiene que cumplir en la India una doble misión: destructora por un lado y regeneradora por otro. Tiene que destruir la vieja sociedad asiática y sentar las bases materiales de la sociedad occidental en Asia... Hasta ahora, las clases gobernantes de la Gran Bretaña sólo han estado interesadas en el progreso de la India de un modo accidental, transitorio y a título de excepción. La aristocracia quería conquistarla, la plutocracia saquearla, y la burguesía industrial ansiaba someterla con el bajo precio de sus mercancías. Pero ahora la situación ha cambiado. La burguesía industrial ha descubierto que sus intereses vitales reclaman la transformación de la India en un país productor, y que para ello es preciso ante todo proporcionarle medios de riego y vías de comunicación interior. Los industriales se proponen cubrir la india con una red de ferrocarriles. Y lo harán; con lo que se obtendrán resultados inapreciables.<sup>34</sup>

A pesar de la “justificación teórica” que observaba Marx en la conquista de la India, resaltaba con la misma intensidad el lado negativo de la contradicción, evidenciando así el doble carácter de la dominación. Las vilezas del gran capital en su afán de incrementar los mercados, tanto para el intercambio como para la extracción de materia prima y mano de obra barata, no podían simplemente considerarse como un medio necesario para alcanzar un fin superior. Eran propias del capitalismo y debían ser desenmascaradas en toda su infamia, misma que normalmente se escondía bajo la alfombra de los grandes salones en los que la burguesía desplegaba su discreto encanto.

---

<sup>34</sup> Marx, Karl. “Futuros resultados de la dominación británica en la India”. *Op. cit.* p. 334.

La profunda hipocresía y la barbarie propias de la civilización burguesa se presentan desnudas ante nuestros ojos cuando, en lugar de observar esa civilización en su casa, donde adopta formas honorables, la contemplamos en las colonias, donde se nos ofrece sin ningún embozo.<sup>35</sup>

Dos son las formas que Marx observaba como posibles para la destrucción de la égida del capital en las colonias. La primera de ellas consistente en la revolución gestada dentro de las filas mismas del pueblo colonizado, una vez fueran asentadas las premisas materiales que el desarrollo capitalista traía consigo; la segunda, una posibilidad más real y teóricamente más factible: la revolución proletaria en los países desarrollados de la que se desencadenaría, de manera natural, la liberación de los pueblos colonizados. Estos son los juicios que la historia pondría a prueba en la segunda mitad del siglo XIX y que Marx plantea, solo como posibilidad, en los “Futuros resultados de la dominación británica en la India”:

Los hindúes no podrán recoger los frutos de los nuevos elementos de la sociedad, que ha sembrado entre ellos la burguesía británica, mientras en la misma Gran Bretaña las actuales clases gobernantes no sean desalojadas por el proletariado industrial, o mientras los propios hindúes no sean lo bastante fuertes para acabar de una vez y para siempre con el yugo británico... El período burgués de la historia está llamado a sentar las bases materiales de un nuevo mundo: a desarrollar, por un lado, el intercambio universal, basado en la dependencia mutua del género humano, y los medios para realizar ese intercambio; y, de otro lado, desarrollar las fuerzas productivas del hombre y transformar la producción material en un dominio científico sobre las fuerzas de la naturaleza. La industria y el comercio burgueses van creando esas condiciones materiales de un nuevo mundo del mismo modo como las revoluciones geológicas crearon la superficie de la tierra. Y sólo cuando una gran revolución social se apropie las conquistas de la época burguesa, el mercado mundial y las modernas fuerzas productivas, sometiéndolos al control común de

---

<sup>35</sup> *Ibid* p. 337.

los pueblos más avanzados, sólo entonces el progreso humano habrá dejado de parecerse a ese horrible ídolo pagano que sólo quería beber el néctar en el cráneo del sacrificado.<sup>36</sup>

El principio teórico que guía el pensamiento de Marx se funda en lo ineluctable de la revolución socialista que en la primera mitad del siglo XIX parecía cercana. El crecimiento cuantitativo del proletariado y su consolidación como clase social aumentaban las posibilidades que observaba de una revolución en Europa. Esta revolución en los países dominantes acarrearía necesariamente la liberación de los pueblos oprimidos, cuyas condiciones materiales les impedían liberarse a sí mismos. El papel de las colonias quedaba relegado, en gran medida, a entenderse como objeto de la historia, reconociendo la labor secundaria que le correspondía, a expensas de que, en los países desarrollados, verdaderos sujetos de la historia, se diera la revolución que permitiera su liberación. Este primer acercamiento a la dominación colonial se encuentra presente en varias de sus obras anteriores a las revoluciones de 1848.

El desarrollo progresivo de las fuerzas productivas es, en esta fase, la premisa material de toda revolución. Toda nación en cuyo seno no se hayan desarrollado las condiciones materiales necesarias no solo está imposibilitada para alcanzar una liberación real, sino que se verá obligada, en principio, a alcanzar el nivel de desarrollo de los países dominantes para crear así la posibilidad revolucionaria.

Marx sostuvo como núcleo duro de su teoría en estos primeros textos, que la revolución socialista solo podrá realizarse en aquellos países en los que el capitalismo y la burguesía como clase hegemónica hubieran cumplido su papel histórico; en el que el desarrollo de las fuerzas productivas hubiera no solo puesto en evidencia la contradicción entre las clases, sino que permitiera a su vez, y gracias a su desarrollo, la organización y concientización del proletariado como efecto mismo del crecimiento y acumulación del

---

<sup>36</sup> *Ibid* p. 337-338.

capital. Esta tesis es definida con claridad en el prólogo a la *Contribución a la crítica de la Economía política*:

Ninguna formación social desaparece antes de que se desarrollen todas las fuerzas productivas que caben dentro de ella, y jamás aparecen nuevas y más elevadas relaciones de producción antes de que las condiciones materiales para su existencia hayan madurado dentro de la propia sociedad antigua. Por eso, la humanidad se propone siempre únicamente los objetivos que puede alcanzar, porque, mirando mejor, se encontrará siempre que estos objetivos sólo surgen cuando ya se dan (o, por lo menos, se están gestando) las condiciones materiales para su realización.<sup>37</sup>

Los textos en los que trata Marx, en un primer acercamiento, el problema del colonialismo, son, en su mayoría, textos de circunstancia. Los artículos sobre la dominación británica en la India que abordamos en este primer apartado, aunque coinciden con el método y la rigurosidad de cada uno de los trabajos de Marx, no contienen la profundidad filosófica e histórica de otras de sus obras. Rescatar por ello una teoría completa, de documentos para él tan poco significativos, sería imposible. Es preciso seguir las huellas de su pensamiento con detenimiento, incluso si esas huellas parecen desviarse del camino que hemos creído ver en la teoría. Únicamente reconociendo los errores y determinaciones en su fase inicial, podemos observar la corrección y la superación de la teoría en su conjunto.

Si en un primer acercamiento Marx observaba las posibilidades reales de una Revolución, en un segundo, y como consecuencia de sendos procesos revolucionarios, veía que si bien se habían dado ya algunas de las condiciones necesarias, no eran todavía suficientes. Su fe en la revolución estaba intacta, pero no era la fe preñada del utopismo del socialismo doctrinario, era una fe consciente en las necesidades que de la realidad debían

---

<sup>37</sup> Marx, Karl. *Prólogo a la contribución a la crítica de la Economía política*, en *Antología Karl Marx*, Selección e introducción de Horacio Tarcus, Siglo XXI, Buenos Aires, 2016, p. 249.

emanar y que era tarea de las clases trabajadoras llevar a cabo. Veía lo tortuoso del camino sin que eso significara que perdiera de vista la meta, lejana aún, pero alcanzable.

Es cierto que su confianza en el papel revolucionario que debía jugar la burguesía no se había desvanecido por completo para los últimos años de la primera mitad del siglo y los primeros de la segunda. Veía que ella tenía todavía un gran trabajo que realizar, tanto en los países altamente industrializados, como en las colonias. La labor, consecuentemente con esta idea, que el socialismo debía jugar, era impulsar este proceso de desarrollo inminente al capitalismo, no frenarlo ni ralentizarlo. Es bajo esta premisa que podemos entender el tratamiento que da a las colonias, particularmente a la India que estaba bajo el dominio de la metrópoli, la cuna de la pretendida revolución. Hacemos nuestras, en este sentido, las palabras de Mehring sobre esta tesis todavía en proceso y la forma en la que fue afrontada por Marx:

La misión del socialismo no podía ser otra que apoyar al liberalismo allí donde se mantuviese revolucionario y combatirlo donde degenerase en reacción. Este cometido no era fácil de cumplir; el mismo Marx y el mismo Engels defendieron como revolucionario al liberalismo en ocasiones en que abrigaba ya tendencias reaccionarias.<sup>38</sup>

## **Capítulo II**

### **Marx y Latinoamérica**

En este primer acercamiento de Marx al problema del colonialismo, Latinoamérica ocupa, por lo considerado anteriormente, un lugar limitado en sus estudios. Son pocas las referencias que antes de dar inicio la década de los sesentas se encuentran en sus escritos sobre la región.

---

<sup>38</sup> Mehring, Franz, *Carlos Marx, Op. cit.* p. 132.

Existen algunos artículos publicados por Friedrich Engels, compañero teórico y de vida de Marx, que parecieron definir la postura de ambos sobre la realidad Latinoamericana. Los artículos de Engels sobre México: “Die Bewegungen von 1847”, publicado en 1848 en la *Deutsche Brusseler Zeitung* y “Der demokratische Pauslawismus” publicado un año después en la *Neue Rheinische Zeitung* parecen definir, para algunos investigadores, sobre todos para los numerosos críticos del materialismo dialéctico, la postura “eurocentrista”, “determinista” y hasta “racial” en contra de los pueblos latinoamericanos que se encuentra en Marx. Engels plantea en el primero de ellos:

En América hemos presenciado la conquista de México que nos ha complacido. Constituye un progreso, también, que un país ocupado hasta el presente exclusivamente de sí mismo, desgarrado por perpetuas guerras civiles e impedido de todo desarrollo, un país que en el mejor de los casos estaba a punto de caer en el vasallaje industrial de Inglaterra, que un país semejante sea lanzado por la violencia al movimiento histórico. Es en interés de su propio desarrollo que México estará en el futuro bajo la tutela de los Estados Unidos.<sup>39</sup>

Hasta la fecha los críticos del marxismo no dejan de ondear estas menos de diez páginas escritas por Engels sobre la necesidad de la dominación norteamericana en México, como prueba fehaciente de lo equivocado de la teoría marxista y la inviabilidad de la misma en las condiciones particulares de América Latina.

El hecho de resaltar estos dos artículos y algunos extractos aislados de la correspondencia entre Marx y Engels sobre el tema, responde a la intención de abordar todas las interpretaciones existentes. Pero de ninguna manera servirán como fuentes nutricias del objetivo de este trabajo, por dos razones fundamentales:

---

<sup>39</sup> Engels, Friedrich. “Die Bewegungen von 1847”, publicado el 23 de enero de 1848 en *Deutsche Brusseler Zeitung*, en Marx, Karl y Engels, Friedrich, *Materiales para la historia de América Latina*, Cuadernos de Pasado y Presente núm. 30, México, 1979, p.183.

En primer lugar, considerar estos artículos como fuente única de la visión que los artífices del materialismo dialéctico tienen sobre América Latina y el fenómeno del colonialismo sería insuficiente y equivocado con la teoría misma que se pretende estudiar. La teoría estructurada por Marx y Engels, como se plantea en las primeras líneas de este trabajo, en correspondencia con su método, está en constante transformación y se adapta no a los caprichos teóricos de una doctrina, sino a las lecciones que la realidad arroja. Por eso mismo, si se quiere conocer la visión completa de lo que Engels pensaba sobre América Latina es preciso seguir el desarrollo de su pensamiento y conocer todos los materiales que existen al respecto; no sólo aquellos, en los que de manera, es cierto, determinista y equivocada, se aplica el razonamiento utilizado por Marx en la India para evaluar la realidad mexicana y su relación con los Estados Unidos. El error de Engels al acercarse al problema mexicano derivaba de un desconocimiento casi absoluto de la realidad concreta a la que se refería, así como la imposición de soluciones a problemas generales que no correspondían con problemas particulares como los de los pueblos latinoamericanos. Marx, años después volvería a tratar el problema mexicano. Las conclusiones, como veremos en el momento más maduro de la teoría marxista, serán radicalmente diferentes.

No es posible –escribe Bolívar Echeverría–, por ejemplo, leer los juicios sobre la realidad latinoamericana de los años cincuenta del siglo XIX como si en ellos se agotaran definitivamente todos los recursos del pensamiento que hay en su obra. Sabemos que la idea de la expansión capitalista «como una mancha de aceite», «por contagio» de un solo tipo (y no dos complementarios) de enfermedad, así como la idea que acríticamente progresista del desarrollo de las fuerzas productivas y del papel que en él juega el capitalismo europeo – dos ideas que están en la base de esos juicios– van a ser problematizadas posteriormente, a partir de 1857. Así, aunque no existan en la obra de Marx otros juicios sobre América

Latina que venga a reemplazar a los primeros, sí hay la posibilidad de relativizarlos e incluso, en algunos casos, de invalidarlos.<sup>40</sup>

En segundo lugar, es necesario considerar que, a pesar de la íntima relación teórica que existe entre Marx y Engels, no es posible, en todos los casos, estudiarlos de manera simultánea y dar por hecho que las conclusiones a las que llega cada uno en estudios concretos se pueden aplicar de manera mimética al otro, aunque se da por hecho que en el método utilizado hay pocas disonancias. En casos como el aquí tratado, y dada la ausencia casi absoluta de información, es preciso distinguir las opiniones de cada uno; que si bien pueden encontrar un elemento teórico concordante, como en el caso de la India y México, no por ello podemos sacar exactamente las mismas conclusiones de dos regiones con características distintas, a pesar de que para su valoración debamos poner en práctica un análisis comparativo. A ello hay que añadirle la imposibilidad de abordar, en un trabajo de estas características, el estudio y la investigación realizada por Engels. Será por ello necesario discriminar y utilizar, por razones metodológicas, solo las tesis planteadas conjuntamente o de manera individual por Marx.

Finalmente, y en lo que respecta a la crítica racial eurocentrista con la que se pretende descalificar el análisis de Marx, debemos considerar el rompimiento teórico con los precursores más destacados del idealismo alemán, particularmente con Kant y Hegel que veían, el primero, todavía el problema racial como determinante en el accionar humano y el segundo, que en sus *Lecciones sobre la filosofía de la historia* distinguía a los “pueblos sin historia” por la ausencia de “estado político”, de las naciones que encarnaban el espíritu absoluto del progreso. El motor de la historia que Hegel veía en la “sociedad civil” es superado metodológicamente por Marx. Es la “sociedad humana” que ve en “la producción

---

<sup>40</sup> Echeverría, Bolívar. *El discurso crítico de Marx*. Itaca. México. 2017. p. 248.

y la reproducción de la vida como el momento en última instancia determinante de la historia”<sup>41</sup> la que constituye el fundamento de la historia. Bolívar Echeverría, uno de los filósofos latinoamericanos más importantes del siglo XX, aduce al respecto: “En el discurso de Marx no vamos a encontrar nunca ninguna alusión de un cierto tipo de seres humanos o una actitud de discriminación o de negación de un cierto tipo de hombres por el hecho de pertenecer de manera especial al género humano. Marx es un hombre universalista.”<sup>42</sup>

Si bien es cierto que en algunos de sus escritos, sobre todo en su correspondencia personal, se encuentran alusiones a caracteres específicos de manera aislada, es, en el método de análisis, en el que debemos buscar la razón de su crítica. El racismo es en el marxismo insostenible metodológicamente.

## **II.I “Bolívar y Ponte”**

Exceptuando algunos extractos encontrados en la correspondencia entre Marx y Engels, en esta primera etapa sólo existe un artículo completo del que se puede desprender un análisis relativamente objetivo de las ideas de Marx sobre América Latina. El artículo “Bolívar y Ponte”, escrito en circunstancias extraordinarias y claramente fuera de los intereses inmediatos de los estudios de Marx, es revelador en torno a la percepción que tenía el pensador alemán sobre la situación del continente, aunque insuficiente si se pretende obtener un análisis acabado del papel que le correspondería jugar a Latinoamérica bajo la perspectiva marxista.

El artículo “Bolívar y Ponte”, escrito por Marx entre septiembre de 1857 y enero de 1858 para la revista *New York Daily Tribune*, formaba parte de una serie de artículos que a

---

<sup>41</sup> Marx, Karl en: Lukács, Georg. *Historia y consciencia de clase*. Grijalbo. México. 1969. p. 21.

<sup>42</sup> Echeverría, Bolívar. *El materialismo de Marx. Discurso crítico y revolución*. Itaca. México. 2011. p. 75.

solicitud de Charles Anderson Dana pretendían constituir la *Nueva Enciclopedia Americana*, de la que, sin embargo, no se pasó de la letra C. El empeño y el estudio de Marx estaba orientado por entonces, y de manera prioritaria, a la redacción de *El Capital*.

El continuo estercolero periodístico me aburre. Me ocupa mucho tiempo, dispersa mis esfuerzos, y en último análisis, no es nada. Por independiente que uno quiera ser, todavía depende del periódico y del público, especialmente si, como hago yo, se recibe pago en dinero. Las obras puramente científicas son algo completamente diferente<sup>43</sup>.

Esta era la opinión que merecía a Marx su participación en el periódico. Engels años después haría un juicio aún más crudo sobre estos artículos: “Simples trabajos comerciales, ni más ni menos; no hay por qué molestarse en desenterrarlos”<sup>44</sup>. A pesar de que el juicio de Engels parece no ser completamente certero; y sin dejar pasar la seriedad que Marx ponía en cada uno de sus trabajos, es preciso considerar estas opiniones para tratar con objetividad el artículo y las ideas en él expuestas.

Una de las variables significativas en la redacción del artículo la constituyeron las fuentes que Marx utilizó para entender a Bolívar. Fueron en su mayoría obras en las que la figura de “El libertador” era criticada en gran medida por resentimientos personales y que, sin lugar a duda, permearon en su análisis. Pedro Scaron argumenta al respecto:

Una de las tantas tareas posibles era la de demoler críticamente la única figura latinoamericana que había alcanzado precisamente por su renombre universal, y que lo había alcanzado precisamente por su asombrosa energía y sus éxitos militares: la de Bolívar. Sumamente eficaces fueron en ese sentido algunos de los libros escritos por oficiales europeos... y muy en particular los de Ducoudray y Holstein y Hippisley, dos de

---

<sup>43</sup> Carta de Marx a Adolf Clauss del 15 de septiembre de 1853, Marx-Engels, *Werke*, tomo XXVIII, p. 592, cit. en Mc Lellan, David, *Karl Marx: su vida y sus ideas*. Barcelona. Crítica, 1977, p. 327.

<sup>44</sup> Engels Friedrich, citado en: Mehring, Franz. *Carlos Marx. Op. cit.* p. 273.

los autores utilizados por Marx... Tanto Ducoudray como Hippiisley tenían muy hondos motivos de resentimiento personal contra Bolívar.<sup>45</sup>

De esta manera, es preciso considerar dos elementos significativos y naturalmente influyentes en la interpretación que Marx hace de Bolívar. Por un lado, la necesidad económica que le apremiaba y que le obligó a dedicarle tiempo a temas que estaban fuera de su interés inmediato; por otro lado, las fuentes que en su artículo aparecen, las cuales estaban premeditadamente en contra del personaje estudiado. Se ponen por delante estos argumentos no para sentar el análisis sobre ellos, sino precisamente porque, como muchos de los críticos y estudiosos de Marx en Latinoamérica han planteado ya (José Aricó, Néstor Kohan, Pedro Scaron, Jorge Ramos, etc.), no fueron realmente las causas de la crítica que el pensador alemán lanzó sobre el insurgente americano. Dice Néstor Kohan:

Para justificar la superficialidad o lo erróneo de esos juicios históricos de Marx se ha subrayado que su autor escribió esas líneas sobre Bolívar con extrema rapidez y únicamente con el fin de ganarse el pan, robándole tiempo a lo que más le interesaba en ese momento que era comenzar a redactar nada menos que *El Capital*, lo cual no deja de ser cierto. Sin embargo, el objetivo alimenticio-salarial no resulta suficiente para legitimar esa incomprensión prejuiciosa pues el mismo Marx le confiesa a Engels que el editor Dana le ha reprochado el “estilo partisano” empleado en el mencionado artículo. Es decir que Marx no escribe así respondiendo a una demanda de su empleador —como suele suceder en el periodismo comercial— sino por decisión propia, incluso contrariando la opinión de su editor, quien se queja y le reprocha dicho ataque.<sup>46</sup>

---

<sup>45</sup> Nota de Scaron, Pedro al artículo de Marx, Karl, “Bolívar y Ponte” en Marx, Karl y Engels, Friedrich, *Materiales para la historia de América Latina*, Cuadernos de Pasado y Presente núm. 30, México, 1979, p. 90.

<sup>46</sup> Kohan, Néstor, “Del Bolívar de Karl Marx al marxismo bolivariano del siglo XXI” en <https://rebellion.org/del-bolivar-de-karl-marx-al-marxismo-bolivariano-del-siglo-xxi/>. p. 2.

Partir de la idea de que Marx utilizó fuentes limitadas teniendo al alcance la inmensa cantidad de obras del Museo Británico y de que se dejó arrastrar por una necesidad pecuniaria para esbozar el juicio crítico que hizo sobre Bolívar, no solo sería hacerle un flaco favor a él, poniendo de relieve una superficialidad en sus análisis de la que el filósofo de Tréveris no pecó en ninguno de sus trabajos; sino que se descartaría, a su vez, la crítica a un fenómeno que, erróneamente, e influido por circunstancias adversas, Marx nunca dejó de criticar, principalmente en su etapa madura, y que creyó ver en la figura de Simón Bolívar: el bonapartismo. Así pues, para entender la crítica de Marx sobre Bolívar no sólo es preciso echar por la borda las justificaciones simplonas e inmediatistas que se hacen para atacar a Marx y que imposibilitarían un análisis objetivo de su teoría, sino, a su vez, enfocarnos no únicamente en el impacto de la crítica al individuo, sino en el fenómeno político e histórico que Marx creyó observar a través de éste, y que es, en última instancia el que recibe su crítica.

El artículo es, sin duda, una crítica dura y mordaz al insurgente americano. A lo largo del mismo no escapan al lector aseveraciones de juicio en las que Bolívar no es bajado de traidor, cobarde y dictador. Sólo a modo de ejemplo y para entenderlo desde Marx, porque el objetivo no es desentrañar la veracidad de las aseveraciones históricas sino la causa de éstas, sirvan algunas de las líneas más claras al respecto encontradas en el artículo.

Sobre el despotismo de Bolívar Marx escribe: “En Bolivia, sometida a las bayonetas de Sucre, Bolívar dio curso libre a sus tendencias al despotismo y proclamó el Código Boliviano, remedo del Code Napoleón.”<sup>47</sup>

---

<sup>47</sup> Marx, Karl. “Bolívar y Ponte” en Marx, Karl y Engels, Friedrich, *Materiales para la historia de América Latina*, *Op. cit.* p. 90.

Al valorar la relación entre Bolívar y Páez, reaparece nuevamente este carácter dictatorial que Marx vislumbra en Bolívar: “Cuando el Congreso de Colombia, a instancias de Bolívar, formuló una acusación contra Páez, vicepresidente de Venezuela, el último respondió con una revuelta abierta, la que contaba secretamente con el apoyo del propio Bolívar; éste, en efecto, necesitaba sublevaciones como pretexto para abolir la constitución y reimplantar la dictadura.”<sup>48</sup>

Una afirmación prejuiciada sobre los americanos queda también al descubierto: “Como la mayoría de sus compatriotas, era incapaz de todo esfuerzo de largo aliento y su dictadura degeneró pronto en una anarquía militar”.<sup>49</sup>

El fenómeno político e histórico que Marx ve encarnado en Bolívar es el bonapartismo. Más allá de las críticas encontradas en el artículo, en carta a Engels, Marx deja clara su aversión a la figura de Bolívar por el fenómeno del que lo considera parte: “Hubiera sido pasarse de la raya querer presentar como Napoleón I al canalla más cobarde, brutal y miserable. Bolívar es el verdadero Soulouque.”<sup>50</sup>

Para Marx, el bonapartismo se presentaba como una de las más grandes tragedias de la historia de la época. Napoleón III simbolizaba la imposición del poder político sobre el poder económico. Un Estado que se pretendía superior a los fenómenos sociales, principalmente a la lucha de clases emanada de las relaciones de producción predominantes; y que, por lo tanto, anulaba cualquier forma de lucha posible dentro del proletariado. Encontraba en este fenómeno la crítica que hiciera a la filosofía del derecho

---

<sup>48</sup> *Ibidem*

<sup>49</sup> *Ibid* p. 79.

<sup>50</sup> Carta de Marx a Engels del 14 de febrero de 1858, en *Materiales para la historia de América Latina*, *Op. cit.* p. 94.

de Hegel y que en *Sobre la cuestión judía*, uno de los dos artículos publicados en los *Anales franco-alemanes*, explicitara todavía en su forma puramente filosófica.

La emancipación de la religión no podía darse en la esfera política, ya que era de ella de la que surgía. Si se buscaba una emancipación radical había que buscarla en la “emancipación humana”, a la que después se referiría como “emancipación social”. La crítica de Marx se esbozaba ya como una crítica de las condiciones reales. No buscaba en los efectos de la organización social, a diferencia de Bauer a quien dedica esta crítica, las causas de sus problemas. Pretendía la emancipación humana como solución a todos los problemas sociales, siendo la emancipación política sólo el primer paso que debía darse.

La emancipación política representa un gran progreso y, aunque no sea la forma última de la emancipación humana en general, sí es la forma última de la emancipación humana dentro del orden del mundo actual. Y claro está que aquí nos referimos a la emancipación real, a la emancipación práctica.<sup>51</sup>

A este fenómeno, cuya crítica había hecho en su forma filosófica más de veinte años atrás, asocia Marx a Napoleón III. En él ve la manifestación histórica de la contradicción por él criticada; ante la posibilidad de revolución social, es decir, de una revolución en contra del orden económico establecido, éste representaba una lucha sólo de carácter político, que más allá de pretender destruir el sistema burgués sobre el que descansaban todos sus principios, lo único que hacía era reformarlos, otorgando al mismo fenómeno una vitalidad nueva.

La farsa de la que formaba parte Napoleón III, utilizando la máscara del tío, había frenado cualquier manifestación política del proletariado que, confundido junto con el campesinado, se había dejado arrastrar por la prédica de un salvador que no solo no los

---

<sup>51</sup> Marx, Karl. *Sobre la cuestión judía*. En: *Antología Karl Marx*, Selección e introducción de Horacio Tarcus, Siglo XXI, Buenos Aires, 2016. p. 68.

representaba, sino que los utilizaba para imponerse despóticamente, tanto sobre ellos como sobre la burguesía timorata y cobarde que prefería someterse a los designios de una aristocracia históricamente inútil, que continuaba con el papel histórico que en 1789 había emprendido en su forma revolucionaria. Así sintetizaba Marx la crítica a la forma histórica representada por el bonapartismo, de la contradicción entre la lucha política y la lucha social:

Una República que no es más que la infamia combinada de dos monarquías, la de la Restauración y la de Julio con una etiqueta imperial; alianzas cuya primera cláusula es la separación; luchas cuya primera ley es la indecisión; en nombre de la calma una agitación desenfrenada y vacua; en nombre de la revolución los más solemnes sermones a favor de la tranquilidad; pasiones sin verdad; verdades sin pasión; héroes sin hazañas heroicas; historia sin acontecimientos; un proceso cuya única fuente propulsora parece ser el calendario, fatigoso por la sempiterna repetición de tensiones y relajamientos; antagonismos que solo parecen exaltarse periódicamente para embotarse y decaer, sin poder resolverse; esfuerzos pretenciosamente ostentados y espantos burgueses ante el peligro del fin del mundo, y al mismo tiempo los salvadores de este tejiendo las más mezquinas intrigas y comedias palaciegas, que en su “laissez-aller” recuerdan más que el Juicio Final los tiempos de la Fronda: el genio colectivo oficial de Francia ultrajado por la estupidez ladina de un solo individuo; la voluntad colectiva de la nación, cuantas veces habla en sufragio universal, busca su expresión adecuada en los enemigos empedernidos de los intereses de las masas hasta que, por último, la encuentra en la voluntad obstinada de un filibustero. Si hay pasaje en la historia pintado en gris sobre fondo gris, es este.<sup>52</sup>

Entendido de esta manera, la crítica de Marx a Bolívar no se limita a una insidia personal, sino a un fenómeno político e histórico del que, consideraba, había sido víctima América Latina en todo el proceso independentista. Para Marx, Bolívar representaba a la rancia aristocracia que pretendía, a través de una bandera de libertad e independencia, imponer su

---

<sup>52</sup> Marx, Karl, *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*, en Marx, Karl. *Antología Karl Marx*, Selección e introducción de Horacio Tarcus, Siglo XXI, Buenos Aires, 2016, p. 174-175.

autoridad y detener todo lo posible el desarrollo histórico en aras de un interés particular de clase. Para él era un dictador, igual o más patético que Napoleón III. El anhelo de la “Patria Grande” que para el bolivarismo representaba el triunfo absoluto del proceso de liberación, no era, para Marx, otra cosa en el afán personal de dominio y poder de Bolívar sobre los pueblos latinoamericanos; la consolidación de un sistema político de carácter todavía feudal que no sólo no pretendía derrumbar los cimientos de un rancio sistema económico, sino que, bajo la máscara de un cambio político, a lo único que aspiraba era a sustituir un poder aristocrático por otro, dejando intactas las bases de las que emanaba éste. Marx veía a Bolívar como el “verdadero Soulouque” y, como se observa en la correspondencia con Engels citada anteriormente, Soulouque era, para ambos, “el verdadero prototipo de Luis Napoleón III”<sup>53</sup>. Así pues, la crítica de Marx a Bolívar no se detenía en compararlo con el despotismo napoleónico, era, para él, incluso peor que éste. La figura del sobrino no era otra cosa que la caricatura del tío y, visto políticamente, la figura de Bolívar no era otra cosa, en Marx, que la caricatura de Luis Bonaparte; es decir, la caricatura de la caricatura.

Innegablemente se observan y evidencian en este artículo los juicios de Marx sobre América Latina y su papel como colonia frente a los países occidentales; pero como se plantea al inicio de esta investigación, el artículo a analizar sería insuficiente y contraproducente si de él pretendiéramos arrancar la idea de Marx sobre el papel histórico que correspondería jugar a estos países.

Más allá de las críticas que dentro del marxismo latinoamericano ha recibido el juicio de Marx sobre Bolívar, y que no se abordarán aquí por no ser el objetivo de la

---

<sup>53</sup> “Faustin Soulouque (¿1782-1867), presidente (1847-49) y luego emperador de Haití. En un artículo de junio de 1883 (*MEW*, t. XXI, p 7) dice Engels que “el rey negro Soulouque, de Haití, fue “el verdadero prototipo de Luis Napoleón III”. Nota de Pedro Scaron en *Materiales para la historia de América Latina*, *Op. Cit.* p. 120.

investigación, es fundamental reconocer que en esta primera etapa el análisis de la figura de Bolívar sirve como reflejo de las ideas de Marx sobre el papel de los pueblos latinoamericanos entendidos como colonias. Tal y como sucedía en el caso de la India, éste observa un país atrasado económicamente, inmerso en luchas intestinas en las que la aristocracia no había sido por completo desbancada por la burguesía, que por entonces era todavía una clase en desarrollo. Aunque no se observan referencias y salidas drásticas como las propuestas para la India, no es descabellado pensar en Marx que el arrollador avance de los Estados Unidos representaría para los países del cono sur una mejora, y que su influencia, tal y como lo observaba en la época en los países de Oriente, podría resultar benéfica al incorporarlos por la fuerza al camino de la industrialización y el capitalismo, como aseveraba Engels en sus artículos sobre México. Esta idea de Marx confirma el error teórico que en este sentido compartía con Engels quien, sin embargo, llega a conclusiones todavía más deterministas. Volvería Marx a tratar el caso mexicano años después. El acercamiento, como veremos, será de otra índole.

En esta primera etapa del pensamiento marxista es innegable el carácter todavía hegeliano de algunas de sus afirmaciones, sobre todo en lo que respecta al progreso y el desarrollo histórico. José Aricó hace hincapié con insistencia en esta fase hegeliana de algunas de las posturas de Marx en torno al problema de las colonias. No así en lo que respecta a otros elementos constitutivos de su teoría:

Es indudable que en una primera etapa de su pensamiento Marx tendió a ver las realidades no europeas con lentes hegelianas. Resulta indiscutible que Asia penetró en Marx filtrada por la lectura de la amplia sección que Hegel dedica al “mundo oriental” en sus *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal*.<sup>54</sup>

---

<sup>54</sup> Aricó, José. “Presupuestos teóricos y políticos de la “autonomía” nacional”, en Aricó José, *Marx y América Latina*, Alianza Editorial, México, 1982, p. 81.

El fundamento de esta etapa todavía Hegeliana lo recoge Aricó directamente de *La ideología alemana*:

Cuanto más se extienden [...] los círculos concretos que influyen los unos en los otros, cuanto más se destruye el primitivo encerramiento de las diferentes nacionalidades por el desarrollo de producción, del intercambio y de la división del trabajo que ello hace surgir por vía espontánea entre las diversas naciones, tanto más la historia se convierte en historia universal [...] De donde se desprende que esta transformación de la historia en historia universal no constituye, ni mucho menos, un simple hecho abstracto de la “autoconsciencia”, del espíritu universal o de cualquier aspecto metafísico, sino un hecho perfectamente material y empíricamente comprobable [...] [resultado de un] poder que adquiere un carácter cada vez más de masa y se revela en última instancia como el *mercado mundial*.<sup>55</sup>

Concretamente en lo que respecta al problema Bolivariano, el mismo autor apunta, no sin razón:

En el propio texto de Marx sobre Bolívar afloran dos líneas de pensamiento “subyacente” en las elaboraciones de Marx desde su juventud. Estimuladas por su evaluación política negativa del fenómeno latinoamericano reaparecen en forma encubierta ambas líneas de pensamiento de raigambre hegeliana, aunque la primera implique una adhesión modificada de aquel pensamiento, mientras que la segunda exprese el rechazo del hegelianismo en este terreno. El razonamiento adoptado es el que se vincula con la noción de los “pueblos sin historia”; en tanto que el negado se refiere al papel del estado como instancia productora de la sociedad civil.<sup>56</sup>

Aunque no coincidamos en todo con Aricó en la interpretación que hace de este hegelianismo en Marx, su existencia, como él y la gran mayoría de los que han revisado el artículo de Bolívar han hecho notar, es innegable. No es materia de este trabajo adentrarnos en este debate; sólo apuntamos estas líneas para dejar constancia del proceso que, todavía

---

<sup>55</sup> *Ibidem*

<sup>56</sup> *Ibid* pp. 124-124.

para la primera década de la segunda mitad del siglo XIX, se observa en Marx en torno a las colonias.

La confianza en el papel histórico de la burguesía no se había perdido aún, y la idea de que la industrialización y el desarrollo de las fuerzas productivas se llevaría a cabo en las colonias conquistadas y dominadas por las grandes potencias era una conclusión lógica que, sin embargo, estuvo muy lejos de alcanzarse como entonces se advertía. A pesar de ello es necesario no perder de vista que la época de progreso que la “civilización burguesa” encabezaba era solo un medio necesario para que el proletariado pudiera realizar su tarea histórica; apropiándose de las ventajas materiales que la burguesía implantara en el mundo entero para permitir, posteriormente, la liberación de los pueblos una vez se hubieran apropiado estos de la flor que del lodo surgiera. Es innegable que el sujeto histórico lo situaba Marx en los países industrializados; de ellos dependía el futuro de las colonias cuya labor, al no conseguir su propia liberación, se limitaría a esperar la transformación que en una época todavía distante, rompería las cadenas que los sujetaban.

Renato Levrero sintetiza correctamente esta primera etapa del pensamiento marxista sobre el papel de las colonias:

Es decir, para Marx la revolución socialista será inmediatamente internacional (o sea, europea) sustancialmente por tres razones: *a)* porque el dominio de la burguesía –o sea, de las relaciones capitalistas de producción- ya se ha difundido en toda la Europa occidental y ha pasado a ser predominante, gracias al libre cambio; *b)* porque esta difusión ha originado la constitución de un proletariado internacional homogéneo desde el punto de vista de las condiciones materiales de vida –creciente pauperización- y de los intereses de lucha; y, finalmente *c)* porque los factores nacionales son inmediata y totalmente reductibles a los intereses de las clases en lucha.<sup>57</sup>

---

<sup>57</sup> Levrero, Renato, “Marx, Engels y la Cuestión Nacional”, en Marx Karl y Friedrich Engels, *Imperio y Colonia. Escritos sobre Irlanda*, Cuadernos de Pasado y Presente núm. 72, México, 1979, p. 17.

Marx había llegado a la conclusión, en esta primera etapa, de que la revolución necesariamente tendría que gestarse en Inglaterra, haciendo saltar por los aires al capitalismo directamente en el corazón del sistema. El camino que había de seguir el proceso de la revolución social consistía, por tanto, en concientizar a las masas trabajadoras inglesas, en centrar en ellas toda la fuerza del movimiento y, más temprano que tarde, lanzarlas a la conquista del Poder. Conquistado el Estado, la clase obrera inglesa, la más desarrollada de todas, tendría, por necesidad, que acudir a la liberación de otros pueblos, tanto de las colonias, como de aquellos, en occidente, en los que el capitalismo llevase incubándose largos años, logrando así la revolución social Europea y, a la postre, la revolución universal.

El proletariado de Inglaterra tenía una misión histórica que cumplir, y los pueblos y trabajadores del mundo debían apoyar la consecución de este objetivo que abonaría en beneficio de todos. Todavía, antes de reconocerse la derrota de las revoluciones de 1848, Marx confirmaba esta idea en la *Nueva Gaceta del Rin*.

Ese país que convierte en proletarios suyos a naciones enteras, que abraza el mundo todo con sus ejércitos gigantescos, que ya una vez pagó de su bolsillo los gastos de la restauración europea, el país en cuyo seno más se han agudizado los antagonismos de clase, en que estos antagonismos revisten la forma más acusada y escandalosa del mundo: Inglaterra, parece la roca contra la que se estrellan los embates revolucionarios, en cuya matriz palpita ya la sociedad nueva. Inglaterra domina el mercado mundial. Una conmoción que sólo subvierta las condiciones económicas de un país del continente europeo, y aun el continente entero, sin comunicarse a Inglaterra, es una tempestad en un vaso de agua. Las condiciones industriales y comerciales que rigen dentro de las fronteras de una nación, háyanse informadas por sus relaciones con otros países, por su conexión con el mercado mundial. Ahora bien, el mercado mundial se halla bajo la hegemonía de Inglaterra, y en Inglaterra gobierna la burguesía.<sup>58</sup>

---

<sup>58</sup> Marx, Karl. “La Nueva Gaceta del Rin” citado en Mehring, Franz. *Carlos Marx. Op. cit.* p. 200.

La guerra mundial tendría en Inglaterra su origen; en el creciente antagonismo de clases de esta nación veía Marx la piedra roseta de la revolución social universal. La rueda de la historia seguiría girando. La convicción de que sería el país más desarrollado, donde las contradicciones económicas y sociales estuviesen más avanzadas, el que determinaría el triunfo de la revolución se mantendría intacta. El camino, sin embargo, cambiaría. Los miembros que comunicaran con el corazón del sistema capitalista pasarían a jugar un papel más relevante en este proceso y, para ello, es necesario acercarnos a la arteria nutricia de Inglaterra: Irlanda.

### **Capítulo III**

#### **Las experiencias históricas de 1848 y 1871. Una lección teórica y política para el proletariado.**

##### **III.I Las lecciones de 1848**

La Europa que recibe el año de 1848 es una Europa convulsa. En su interior pugnaban varias fuerzas; algunas por sobrevivir, otras por desarrollarse. Entre ellas emergía la de la clase obrera; preñada todavía de socialismo utópico aunque ya con una consciencia propia. La crisis política en el continente parecía poner ante el cadalso a viejas monarquías, abriendo un mundo de posibilidades a las clases emergentes, principalmente, a la burguesía. Así pintaba el panorama en Occidente en el ocaso de 1847:

La posibilidad de que se diera una crisis en Europa se había hecho evidente en 1847. En Inglaterra había dado comienzo la agitación cartista y en Francia una campaña de ampliación del sufragio. En Suiza una guerra civil terminó con la victoria de los cantones liberales sobre los católicos, mientras que en Palermo el rey de Nápoles era obligado a

garantizar una Constitución. En Prusia el rey Federico Guillermo IV se vio a su vez forzado a convocar un Landtag Unificado.<sup>59</sup>

Los efectos de los diversos movimientos sociales en diferentes partes de Europa eran alentadores. Parecían conmocionar la base sobre la que apoyaba toda la vieja sociedad. En sus primeros pasos, como en los del niño que está aprendiendo a caminar, se presumían grandes esperanzas.

Las revoluciones de 1848 representaron un colapso espectacular de la autoridad política en toda Europa occidental y central: en París durante febrero, y en Viena y Berlín en marzo. Los gobiernos se vieron sorprendidos al comprobar que unos caían y otros debían aprobar reformas. Por este motivo, la mayor parte de los beneficios obtenidos por las fuerzas opositoras –reformadores constitucionales, liberales, republicanos y socialistas– se obtuvo en las primeras y pocas semanas –o incluso a los pocos días– que siguieron al triunfo de las multitudes.<sup>60</sup>

Las revoluciones de 1848 trastocaron de manera radical las ideas de Marx sobre el ascenso del proletariado al poder y de la inminente transformación que con éste vendría. La gestación de movimientos políticos en contra de la monarquía y la aristocracia alimentaba el fuego revolucionario. La burguesía parecía asirse al impulso del movimiento obrero, y éste se observaba como una posible fuerza política capaz de imponerse como cabeza de la revolución. En varios países este fenómeno parecía ser el prolegómeno de la ansiada revolución obrera cuyo plan de acción ése mismo año era trazado por el *Manifiesto del Partido Comunista*. Las lapidarias palabras con las que Marx y Engels abrían el documento

---

<sup>59</sup> Stedman Jones, Gareth. *Karl Marx, ilusión y grandeza*. Penguin Random House. Madrid. 2018. p. 298.

<sup>60</sup> *Ibid.* p. 297.

hicieron estremecer tanto a la burguesía como a la aristocracia en lo más profundo de sus intereses de clase: “Un fantasma recorre Europa, el fantasma del comunismo”.<sup>61</sup>

Pero para 1848 era sólo eso. Una pesadilla que rondaba por los sueños intranquilos de la burguesía, un fantasma que amenazaba con aparecerse pero que aún no obtenía la materialidad suficiente para presentarse en carne y hueso frente a sus enemigos. *El Manifiesto*, además de observarse como un plan político y de lucha de una clase que se pensaba consolidada y preparada para librar la batalla definitiva, era también un documento de esperanza, de ideas listas para ser implementadas a una realidad que parecía no estar preparada aún para convertir estas ideas en realidad. Recordemos las palabras de Marx unos años antes: “no basta que la idea clame por realizarse, es necesario que la realidad clame por la idea”. La persistencia de Marx y Engels en el papel revolucionario de la burguesía, que creían cumplido, era ya la primera premisa incompleta de la que se partía:

La burguesía no sólo ha forjado las armas que van a darle muerte; ha creado también a los hombres que van a manejarlas, los obreros modernos, los proletarios. En la misma medida en que se desarrolla la burguesía, esto es, el capital, se desarrolla el proletariado, la clase de obreros modernos que viven tan sólo si encuentran trabajo, y que solamente lo encuentran si su trabajo amplía el capital.<sup>62</sup>

1848, sin embargo, estaba muy lejos de significar la lucha definitiva entre las clases en disputa: burguesía y proletariado. No sólo porque el segundo no se hallaba aún en condiciones de emprender una gesta de estos alcances, sino porque la burguesía no había consolidado su papel como clase hegemónica; el papel histórico que Marx le atribuía lo habían enajenado en la aristocracia. A esto se añadía la ausencia definitiva, la más importante y la que unos años después tanto Marx como Engels reconocerían como

---

<sup>61</sup> Marx, Karl. Engels Friedrich. *Manifiesto del Partido Comunista*. Op. cit. p. 116.

<sup>62</sup> *Ibid.* p. 122.

fundamental: las condiciones materiales de la revolución, que para 1848 no estaban todavía dadas. La industria tenía todavía un largo camino por recorrer, y el desarrollo del capitalismo no sólo no se acercaba a sus últimos días; apenas comenzaba a consolidarse. “Se habla muchísimo de la “clase obrera” e inclusive del “proletariado”, pero en el curso de la revolución no se mencionó para nada el capitalismo”.<sup>63</sup>

Engels se refiera así al mentís que la realidad y la historia les arrojaran, y que no sería claramente comprendido hasta años después de la revolución, cuando la agitación y las tempestades provocadas por ella se hubieron calmado:

La historia nos ha dado un mentís, a nosotros y a cuantos pensaban de un modo parecido. Ha puesto de manifiesto que, por aquél entonces, el estado del desarrollo económico en el continente europeo distaba mucho de estar maduro para poder eliminar el modo de producción capitalista; lo ha demostrado por medio de la revolución económica que desde 1848 se ha adueñado de todo el continente, dando, por vez primera, verdadera carta de naturaleza a la gran industria en Francia, Austria, Hungría, Polonia y últimamente en Rusia, y haciendo de Alemania un verdadero país industrial de primer orden. Y todo sobre la base capitalista, lo cual quiere decir que esta base tenía todavía, en 1848, gran capacidad de extensión.<sup>64</sup>

La segunda premisa incompleta, no inexistente pero todavía en gestación, de la que parten Marx y Engels en 1848, es la de atribuir al proletariado la capacidad política suficiente para encabezar la revolución. Es cierto que la clase obrera fue quien libró la revolución, de eso no hay duda alguna; fue la que puso la sangre y los muertos; a ella se debe la gran transformación que 1848 significó. Las batallas, como la historia lo ha hecho patente, son siempre libradas por los sectores más necesitados, por los que se arrojan, sin pensarlo, ante

---

<sup>63</sup> Hobsbawm, Erick. *La era del Capital*. Crítica. Barcelona. p. 35.

<sup>64</sup> Engels, Friedrich. Introducción a Marx, Karl. *Las luchas de clases en Francia en: Obras escogidas*. Tomo I. Progreso. Moscú. 1977. pp. 110-111.

la muerte, porque no tienen ya absolutamente nada que perder. Esto no es retórica, las estadísticas de 1848 así lo atestiguan:

Quienes hicieron la revolución fueron incuestionablemente los trabajadores pobres. Fueron ellos quienes murieron en las barricadas urbanas: en Berlín se contabilizaron sólo unos 15 representantes de las clases educadas y alrededor de 30 maestros artesanos entre las 300 víctimas de las luchas de marzo; en Milán se encuentran únicamente 12 estudiantes, oficinistas o hacendados entre los 350 muertos de la insurrección. Era su hambre lo que potenciaba las demostraciones que se convertían en revoluciones.<sup>65</sup>

1848 fue la batalla de los ricos contra los pobres. Una lucha encarnizada en la que se sacrificó el pueblo por los intereses de otra clase: la burguesía, que no dudó en traicionarlo en cuanto presintió que los intereses de éste podrían anteponerse a los suyos. La revolución de febrero en Francia fue el testimonio más claro de que la revolución surgía de la crisis, de la necesidad del pueblo por cambiar sus condiciones de vida; de que éste no esperaba otra cosa más que solución a sus demandas económicas más inmediatas, es decir, no morir de hambre. Fue la lucha de las barricadas; barricadas que estaban muy lejos de representar al enemigo real, que entonces se encontraba por igual apertrechado en ellas, pero muy lejos de la posición del proletariado, que se hallaba al frente del movimiento sólo cuando las balas disparaban, y a la retaguardia cuando había que recoger los frutos, si los hubo, que de su sangre germinaban. “La burguesía sólo consiente al proletariado ‘una’ usurpación: la de la lucha”.<sup>66</sup>

Las noticias provenientes de Francia –dice Stermán– eran deprimentes, pero no estaba claro que la revolución hubiera llegado finalmente a su fin [...] Por el contrario, en Austria y Europa central las esperanzas iniciales de democratización surgidas en Viena y de independencia en Italia y Hungría dieron paso a una sombría secuencia de involuciones en

---

<sup>65</sup> Hobsbawm, Erick. *La era del Capital. Op. cit.* p. 27.

<sup>66</sup> Marx, Karl. *Las luchas de clases en Francia. Op. cit.* p. 131.

la que el moribundo Imperio de los Habsburgo experimentó su primera victoria militar y luego una renovación política.<sup>67</sup>

El principal problema del proletariado en 1848 fue no haber adquirido la consciencia de clase para sí, no sólo en Europa, donde el fracaso de las revoluciones para 1849 era casi absoluto, sino particularmente en Francia, país en el que políticamente se esperaba una resistencia mayor y mejor organizada de la clase obrera. Todavía en 1849, Marx daba muestras de una confianza desbordante en la lucha de los trabajadores franceses: “El 12 de junio Sazanov [...] fue a visitar a Karl: “Estaba sumido en la mayor excitación: habló del estallido popular inminente, de la certeza de que tendría éxito, de la gloria que esperaba a quienes participaran en él, y me presionó urgentemente para que me sumara a cosechar laureles”<sup>68</sup> Esta “excitación” no surgía de la fe, sino de un estudio concienzudo de la realidad que aparecía en la *Nueva Gaceta del Rin*, el día primero de 1850. Mehring, contrastando el júbilo infundado que pretende descubrir Gareth Stedman en esta actitud de Marx, apunta al respecto: “Únicamente en Francia, donde, a pesar de todo, aún no estaban decididas las últimas jugadas, podía volver a prender su llama –la revolución–. Marx se aferraba a esta esperanza, pero esto no le impedía, antes bien le acuciaba a ello, someter a una crítica despiadada, desnuda de ilusiones y optimismos, el curso anterior de la revolución francesa”<sup>69</sup>. Estas luchas y los estudios de Marx que de ellas derivaron, constituirían “las gemas de mayor valor” del materialismo histórico.

El proletariado francés, al que Marx observa como el abanderado de toda una clase en el continente, se asió, con la misma fuerza que la burguesía se había sujetado a los

---

<sup>67</sup> Stedman Jones, Gareth. *Karl Marx, ilusión y grandeza. Op. cit.* p. 322.

<sup>68</sup> Herzen, Alexander, *My Past and Thoughts. The memoirs of Alexander Herzen*, C. Garnett, trad., Nueva York, A. A. Knopf, 1968, vol. 2, pp. 671-672. en: Stedman Jones, Gareth. *Karl Marx, ilusión y grandeza. Op. cit.* p. 347.

<sup>69</sup> Mehring, Franz. *Carlos Marx. Op. cit.* p. 213.

triunfos de la revolución de febrero, al carro conducido en junio por la burguesía, esperando de ella una victoria compartida, en la que sus intereses fuesen por igual reconocidos.

Los resultados de esta alianza no podían ser otros que el sacrificio de la “bandera roja” por la “bandera tricolor”. La derrota de junio fue la confirmación de la incapacidad histórica en la que se encontraba el proletariado para conducir entonces la revolución. Sus demandas, henchidas de “socialismo doctrinario”, eran todavía demandas sólo de carácter económico, ante las que se sacrificaba la lucha política. “El proletariado de París no era capaz de salirse del marco de la república burguesa más que en sus «ilusiones», en su «imaginación»”.<sup>70</sup> Su existencia como clase era incuestionable, pero su organización y su concientización como tal la alejaban del papel históricamente revolucionario que se le atribuía.

A estas conclusiones llegaba Marx, apenas un año después de la revolución:

El desarrollo del proletariado industrial está condicionado, en general, por el desarrollo de la burguesía industrial. Bajo la dominación de ésta, adquiere aquél una existencia en escala nacional que puede elevar su revolución a revolución nacional; crea los medios modernos de producción, que han de convertirse en otros tantos medios para su emancipación revolucionaria. La dominación de aquéllas es la que arranca las raíces materiales de la sociedad feudal y allana el terreno, sin el cual no es posible una revolución proletaria. La industria francesa está más desarrollada y la burguesía francesa es más revolucionaria que la del resto del continente. Pero la revolución de Febrero, ¿no iba directamente encaminada contra la aristocracia financiera? Este hecho demostraba que la burguesía industrial no dominaba en Francia. La burguesía industrial sólo puede dominar allí donde la industria moderna ha modelado a su medida todas las relaciones de propiedad, y la industria sólo puede adquirir este poder allí donde ha conquistado el mercado mundial, pues no bastan para su desarrollo las fronteras nacionales.<sup>71</sup>

---

<sup>70</sup> Marx, Karl. *Las luchas de clases en Francia. Op. cit.* p. 145.

<sup>71</sup> *Ibid.* p. 134.

Apenas transcurridos dos años del aparente fracaso de las revoluciones de 1848, Marx había identificado ya los factores que imposibilitaron el triunfo del proletariado en un proceso histórico y económico que en sus albores hacía pensar que la posibilidad de triunfo era real. El limitado desarrollo de las fuerzas productivas y el amplio margen de desarrollo que la industria tenía todavía por delante fueron factores determinantes para la postergación del triunfo obrero. A éste se le sumaba el papel sumiso de una burguesía que, en lo que respecta a Francia, no sólo no estaba preparada políticamente para enfrentarse en igualdad de condiciones a la aristocracia financiera francesa, sino que muy difícilmente podría resistir el embate de la contrarrevolución, que desde Inglaterra, Austria y Rusia se perpetraba. Finalmente, y como elemento no poco significativo, Marx reconoció la ausencia de consciencia dentro del proletariado. Su limitada preparación ideológica y política y la dependencia casi absoluta a las demandas económicas, le permitió dejarse arrastrar por derroteros distintos a los que el socialismo científico postulaba, cayendo en las ilusiones que desde el “socialismo doctrinario” burgués se le ofrecían, cuya posibilidad de cambio se restringía en prácticamente todos los casos, exceptuando a Blanqui a quien Marx observa entonces como un verdadero socialista, a una reforma del sistema capitalista y no a su destrucción absoluta, como postulaba en *El Manifiesto*.

Marx no se mantenía ajeno a las luchas políticas europeas. Desde 1847 pertenecía a la “Liga Comunista” que había visto en este “gran campeón de las clases pobres”, al teórico que podía constituir la cabeza del movimiento. Aunque en ciernes, la liga jugó un papel importante en las luchas por venir. Marx, quien fungía de vicepresidente, participó en varios de los banquetes celebrados por la liga no sólo ilustrando teóricamente al proletariado; sino asumiendo activamente las labores de difusión y propaganda del partido. Por encargo de ella, junto con Engels, alumbró el *Manifiesto del partido comunista*, que

serviría, aunque no con la fuerza que años después cobraría, de referente teórico durante las revoluciones. Los años que duró la revolución, Marx, quien entonces se encontraba exiliado en Londres, se mantuvo en permanente relación con los trabajadores de la “Liga”. Sin embargo, siendo el primer intento de organización y nacido en circunstancias propicias para la acción pero difíciles para la organización, la liga no tuvo el futuro que se esperaba. Apenas tres años después de constituida, y cuando las revoluciones se encontraban ya en sus últimos estertores, advino la escisión. En la última sesión, del 15 de septiembre de 1850, Marx resumía las lecciones aprendidas de este proceso tan valioso en la enseñanza histórica de la lucha obrera, tanto en lo que respecta a sus enemigos de clase, como a los elementos destructivos que internamente se habían incubado.

Criticaba, consecuentemente con la crítica a Feuerbach y a los neohegelianos, la postura de los elementos dispersivos dentro del partido, que, buscando efectos inmediatos se olvidan de criticar y atacar las causas de dichos efectos. Predicando a las masas ilusiones y no realidades, haciéndose de su simpatía para después abandonarlas en situaciones peores a las que las encontraron. Lo que entonces le diría a Willich, Schapper, Fränkel y Lehmann, lo trasladaría años después a Lasalle y Proudhon:

La minoría suplanta la posición crítica por la dogmática, la materialista por la idealista. Para ella el motor de la revolución no es la realidad, sino la voluntad. Allí donde nosotros decimos a la clase obrera: tenéis que pasar por quince, veinte, cincuenta años de guerras civiles y luchas de pueblos, no sólo para cambiar la realidad, sino para cambiaros a vosotros mismos, capacitándoos para el Poder, vosotros les decís: ¡O subimos inmediatamente al Poder o nos echamos a dormir! Allí donde nosotros hacemos ver, concretamente, a los obreros de Alemania el desarrollo insuficiente del proletariado alemán, vosotros les aduláis del modo más descarado, acariciando el sentimiento nacional y los prejuicios de casta de los

artesanos alemanes, lo cual no negamos que os dará más popularidad. Hacéis con la palabra “proletariado” lo que los demócratas con la palabra “pueblo” la convertís en un ícono.<sup>72</sup>

En el último número de la revista, Marx sacaba las conclusiones generales del proceso histórico al que se habían enfrentado y que, lejos de significar el triunfo del proletariado, abría nuevos derroteros, incluso más estrechos que los anteriores, por los que debía seguir la lucha obrera:

Mientras dure esta prosperidad general en que las fuerzas productivas de la sociedad burguesa se desarrollan con toda la opulencia que la sociedad burguesa permite, no puede hablarse de verdadera revolución. Las revoluciones de verdad sólo estallan en aquellos períodos en que chocan entre sí estos dos factores: las fuerzas productivas modernas y el régimen burgués de producción. Las discordias en que están empeñados al presente los representantes de las diversas fracciones del orden, en el continente europeo, distan mucho de dar base a una nueva revolución; lejos de eso, existen por la misma estabilidad momentánea de la situación y por el carácter tan burgués que esta tiene, aunque la reacción lo ignore. Contra ella se estrellarán todos los esfuerzos de la reacción por contener el proceso de la dinámica burguesa, como se estrellarán también todas las explosiones de indignación moral, y todas las proclamas apasionadas de los demócratas. La nueva revolución sólo podrá desencadenarse a la sombra de la nueva crisis. Y tan inevitable serán la una como la otra.<sup>73</sup>

No significa por ello que 1848 haya constituido, bajo la óptica marxista, un fracaso para la Revolución, una derrota. No fue un paso hacia atrás, sino un paso necesario que aún se desconocía y que la realidad hizo patente de forma cruda. Un paso práctico hacia atrás, un paso teórico hacia delante.

---

<sup>72</sup> Marx, Karl. *Discurso pronunciado en La liga Comunista en la sesión del 15 de septiembre de 1850*. Citado en Mehring, Franz. *Carlos Marx. Op. cit.* p. 224.

<sup>73</sup> *Ibid.* pp. 225-226.

Fue un momento de aprendizaje para el proletariado, y de advertencia para la burguesía. Las reivindicaciones obreras ya no podrían ser echadas en saco roto. Nuevos caminos de lucha se abrieron a partir de entonces y la organización y concientización entre los trabajadores, que para entonces parecía desarrollarse de manera natural, se volvió una de las tareas primordiales de los comunistas en Europa. Nuevas crisis aparecerían en el capitalismo, algunas de ellas abrirían las puertas a transformaciones similares a la de 1848; el proletariado ya no podría desaprovechar nuevamente la oportunidad de encabezar la revolución si ésta se presentaba, y para ello era necesario organizarlo y sobre todo concientizarlo; ésa fue la tarea a la que Marx dedicó sus esfuerzos después de librada la primera batalla.

Marx resumía así la lección que 1848 arrojó a los obreros:

Exceptuando unos pocos capítulos, todos los apartados importantes de los anales de la revolución de 1848 a 1850 llevan el epígrafe de ¡Derrota de la revolución! Pero lo que sucumbía en estas derrotas no era la revolución. Eran los tradicionales apéndices prerrevolucionarios, resultado de relaciones sociales que aún no se habían agudizado lo bastante para tomar una forma bien precisa de contradicciones de clase: personas, ilusiones, ideas, proyectos de los que no estaba libre el partido revolucionario antes de la revolución de Febrero y de los que no podía liberarlo la “victoria de Febrero, sino solo una serie de “derrotas”.<sup>74</sup>

### **III.II La Comuna de París. Resurge la lucha de la clase obrera**

1848 fue una lección no sólo para el proletariado como clase, sino para el marxismo en sí, única corriente –junto con el anarquismo, que todavía se encontraba incubado en el seno del socialismo y que tras la irrupción de la Comuna cobraría, con la figura de Bakunin para entonces todavía miembro de la Internacional, fuerza propia– dentro del socialismo que no

---

<sup>74</sup> Marx, Karl. *Las luchas de clases en Francia. Op. cit.* p. 125.

claudicó frente a la derrota, sino que se fortaleció teóricamente replanteándose, a la vista de nuevos acontecimientos, su táctica política. “Los obreros de París – dice Marx – habían aprendido en la escuela sangrienta de junio de 1848”.<sup>75</sup>

Las revoluciones de 1848 trastocarán radicalmente las perspectivas de una inminente revolución proletaria. Durante casi dos décadas, las investigaciones realizadas por Marx en torno a la lucha política y económica redefinirían la estrategia tanto de las grandes metrópolis como de las colonias. A partir sobre todo de 1867, la idea de Marx en torno a la cuestión nacional tomó un derrotero distinto. No significa que por ello haya abandonado esencialmente el fundamento de su teoría. Marx seguiría considerando que la única forma de lograr la revolución social era llevando a cabo la revolución en los países desarrollados, principalmente pensaba en Inglaterra. La transformación de la tesis no radicaba entonces en el fin de la misma, sino en los medios para conseguirla.

La historia había dejado huella en el pensamiento marxista, y las lecciones aprendidas en el 48 obrarían de manera radical en algunas de sus tesis, cuya confrontación con la realidad no habíase dado hasta entonces. A estas lecciones, aparentemente cargadas de fatalismo, habría que agregar necesariamente las arrojadas en 1871 por la Comuna de París.

Si retomamos el legado histórico de la Comuna es fundamentalmente por el significado político que tenía en lo que respecta a la lucha por el Poder. Fue un movimiento surgido en circunstancias históricas cuyo sentido sólo se hace visible al despojar el tiempo el velo de lo intrascendente. La guerra franco-prusiana fungió como palanca para la caída del régimen de Napoleón III que, al verse por los suelos, abrió una grieta en el Estado cuya soldadura quedaba en manos de las clases en disputa. Fue una época en la que las semanas

---

<sup>75</sup> *Ibid.* p. 183.

contenían décadas de desarrollo político. Con París en estado de sitio, Thiers, presidente provisional de la “Tercera república”, se topó con la negativa de la Guardia Nacional a entregar la ciudad a Bismark. Ésta, que había recogido el fruto de la inconformidad social, se vio superada inmediatamente por la organización popular que, emulando a la Comuna de 1792, organizó un Consejo General que sería el encargado, en las próximas diez semanas, de constituir y defender el nuevo gobierno de los trabajadores.

El impacto que tuvo la Internacional queda reseñado en las últimas líneas de *La guerra civil en Francia*: “Dondequiera que la lucha de clases alcance cierta consistencia, sean cuales fueren la forma y las condiciones en que el hecho se produzca, es lógico que los miembros de nuestra Asociación aparezcan en la vanguardia”<sup>76</sup>. Marx no mentía al respecto. “De los setenta y nueve integrantes del Consejo de la Comuna, veinticinco eran francomasones, treinta y cuatro pertenecían a la Internacional y cuarenta y tres eran miembros pretéritos o actuales del Comité Central de la Guardia Nacional.”<sup>77</sup>

El ser la Internacional parte fundamental de la cabeza de la Comuna refleja el papel que Marx, como cabeza teórica de la Internacional, jugaba en las decisiones políticas de los trabajadores en Europa. A pesar de ello es innegable que no fueron sólo sus ideas las que permearon en el movimiento. Las ideas comunales de Proudhon a quien entonces el pintor Gustave Courbet, miembro del Consejo de la Comuna, llamó “el Cristo del socialismo *communal*”<sup>78</sup> tenían un gran influjo entre las masas revolucionarias.

Las enseñanzas de la Comuna, a pesar de su derrota, abrieron nuevos derroteros en el pensamiento marxista:

---

<sup>76</sup> Marx, Karl. *La guerra civil en Francia*. En: *Antología Karl Marx*, Selección e introducción de Horacio Tarcus, Siglo XXI, Buenos Aires, 2016. p. 435.

<sup>77</sup> Stedman Jones, Gareth. *Karl Marx, ilusión y grandeza*. *Op. cit.* p. 573.

<sup>78</sup> *Ibidem*

“cualesquiera que fuesen los méritos singulares de la Comuna, su mayor logro fue su propia organización, improvisada con el enemigo foráneo en una puerta y el enemigo de la clase en la otra, probando con su existencia su propia vitalidad, conformando su tesis en la acción.”<sup>79</sup>

A pesar de la derrota, la Comuna de París otorgaría al pensamiento marxista la prueba fehaciente de lo que el proletariado consciente y organizado podría hacer tomando en sus manos el poder político. Con la misma fuerza con la que se asimilaron las derrotas del 48, debían asimilarse las lecciones del 71.

Cuando la Comuna de París tomó en sus propias manos la dirección de la revolución; cuando, por primera vez en la historia, simples obreros se atrevieron a violar el privilegio gubernamental de sus “superiores naturales” y, en circunstancias de una dificultad sin precedentes, realizaron su labor de un modo modesto, concienzudo y eficaz... el viejo mundo se retorció en convulsiones de rabia ante el espectáculo de la Bandera Roja, símbolo de la República del Trabajo, ondeando sobre el Hotel de Ville. Y, sin embargo, fue esta la primera revolución en que la clase obrera fue abiertamente reconocida como la única capaz de iniciativa social, incluso por la gran masa de la clase media parisina con la sola excepción de los capitalistas ricos.<sup>80</sup>

Señalamos 1871 por el impacto que tuvo en las ideas de Marx, casi tan potente y transformador como lo habían sido las revoluciones de 1848. A pesar de ello, no fue la historia la única en abonar al crecimiento del pensamiento marxista. Las investigaciones requeridas para la publicación de *El Capital* dieron a Marx un conocimiento acabado y mucho más certero de la realidad. El crecimiento teórico que se observa en sus obras, reflejo innegable de un mejor conocimiento tanto político como económico del capitalismo,

---

<sup>79</sup> Karl Marx. *Primer borrador de La Guerra Civil en Francia*. Citado en: Stedman Jones, Gareth. *Karl Marx, ilusión y grandeza*. *Op. cit.* p. 582.

<sup>80</sup> Marx, Karl. *La guerra civil en Francia*. *Op. cit.* p. 413.

permitieron al pensador de Tréveris acercarse a nuevas conclusiones sobre fenómenos ya estudiados, pero cuya transformación exigía nuevas conclusiones.

Sobre el problema del colonialismo destacan en esta época los referentes a la *Cuestión turca*, publicados en 1853, y los relativos a la problemática polaca de 1863, misma que Marx observaría como fundamental en la redefinición de su teoría.

Dice Renato Levrero:

Esta concepción política nace y se desarrolla paralelamente a la maduración de su pensamiento teórico –de *El capital*–, y sería particularmente extraño para un materialista suponer que la evolución de su pensamiento político no haya influido sobre la teoría, y viceversa<sup>81</sup>

Por las características de este trabajo sería imposible detenernos en las particularidades de estos artículos. En ellas observamos el movimiento del pensamiento marxista y el proceso que siguió hasta llegar a una idea acabada y definida sobre el papel de las colonias. Dicha idea se expresa, con suficiente claridad, en lo concerniente a la cuestión irlandesa. No es un viraje lo que en ella observamos, ni una reconversión drástica de las ideas originalmente planteadas. *Los escritos sobre Irlanda* son el producto más acabado de una idea que durante décadas fue desarrollándose hasta llegar a la conclusión más acertada que la época y la historia podían permitir. De ellos partiremos para definir esta superación del pensamiento marxista en lo concerniente a la cuestión colonial.

La tarea fundamental de Marx en los años 60 es el estudio de las conexiones económicas, políticas y sociales que mantienen el desarrollo capitalista en Inglaterra y en el continente, por una parte, y, por la otra, los efectos, los resultados económicos, políticos y sociales que dichas transformaciones ejercen en los países “periféricos”. La lucha de Marx en la Internacional para que la asociación promoviese la lucha de la liberación nacional en Irlanda, tiene, al respecto, una importancia decisiva: junto con la propaganda en favor de la

---

<sup>81</sup> Levrero, Renato. “Marx, Engels y la cuestión nacional” *Op. cit.* p. 28.

Comuna de París, la “cuestión irlandesa” es la mayor contribución que Marx brindó al movimiento proletario de su época... Los tiempos estaban maduros para un cambio radical en la actitud política de Marx que reflejase el enriquecimiento teórico de la fase posterior a 1848.<sup>82</sup>

La lucha por la liberación nacional en Irlanda sintetiza el cambio radical que se observa en Marx, tanto teórica como políticamente sobre la cuestión de las nacionalidades. La premisa inicial de la que parte, y que observamos en los textos de la dominación británica en la India y algunos textos circunstanciales escritos sobre América Latina, postulaba que la liberación de las colonias sólo podía ser producto de la liberación del proletariado en las metrópolis. Los países subdesarrollados, si bien podían, en alguna medida, luchar por su propia liberación, tenían que someterse al desarrollo del proletariado en los grandes países industrializados, en este caso particular, en Inglaterra. Tal y como se observa en algunas líneas de *El Manifiesto* citadas anteriormente.

Las lecciones políticas de la Comuna vivificaron el espíritu revolucionario del marxismo. Demostraron, por un lado, la capacidad de las clases trabajadoras para conquistar el Poder político, así como el nivel de organización y consciencia que, si bien tenía que perfeccionarse, había alcanzado en 1871 un grado mayor que el de 1848. Por otro, hicieron patente la fuerza del enemigo a vencer. La alianza entre Thiers y Bismark evidenció que los intereses de clase eran superiores a las diferencias políticas o nacionales. El proletariado europeo, en cualquier país en que pretendiera lograr una revolución proletaria no sólo tendría que vérselas con el enemigo de clase a nivel nacional, sino, en principio, a nivel continental. A este problema responde la necesidad que veía Marx de organizar a los trabajadores internacionalmente. Dado que la historia y la teoría exigían un

---

<sup>82</sup> *Ibid* p. 24.

reajuste, Marx ve necesario explotar una veta que parecía entonces relegada a segundo plano: el problema colonial. El papel que jugaran los países subdesarrollados y colonizados se observa ahora con otros ojos. No eran comprendidos como la clave de la revolución, pero ofrecían ahora, dadas las circunstancias, nuevas posibilidades ante el nudo gordiano planteado por las grandes potencias.

## Capítulo IV

### **Irlanda. Un punto de inflexión en la teoría del colonialismo**

La reactivación del movimiento por la liberación de Irlanda surgió casi al mismo tiempo en el que Marx trabajaba en *El Capital* y dirigía, en la medida de sus propias fuerzas, el Consejo General de la Internacional. El fenianismo, nueva forma de la lucha por la independencia de Irlanda frente a Inglaterra, entró a tambor batiente a la capital del imperio británico en 1865, con el apoyo de los trabajadores irlandeses en Estados Unidos. “Reunieron unas seis mil armas de fuego y decían tener el apoyo de cincuenta mil voluntarios”<sup>83</sup>. Sin embargo este primer intento fracasó. La mirada de Marx como de algunos sectores de la Internacional recayó en el problema Irlandés después de que algunos de sus líderes hubiesen sido arrestados y condenados a muerte por el gobierno liberal de Gladstone.

El resurgimiento de la lucha en 1867, aunado a la campaña de simpatía que la condena a muerte hacia los líderes fenianos había provocado entre los trabajadores, hizo del caso irlandés un problema candente y de particular importancia para Marx.

---

<sup>83</sup> Stedman Jones, Gareth. *Karl Marx, ilusión y grandeza. Op. cit.* p. 550.

El vivo interés que Marx denotaba por el problema de Irlanda tenía raíces más hondas que aquella simpatía hacia un pueblo oprimido. Sus estudios lo habían llevado al convencimiento de que la emancipación de la clase obrera inglesa, de la que a su vez dependía el proletariado europeo, no podía llevarse a cabo sin emancipar a los irlandeses.<sup>84</sup>

La atención que Marx puso sobre Irlanda tiene un significado más amplio del que las particularidades de su lucha histórica por la independencia suponían. Si Marx dirigía su mirada a Irlanda era por el papel que ocupaba esta colonia frente a Inglaterra. El centro de atención no radicaba sólo en su condición de colonia o de país subyugado; no era el humanismo únicamente el que hacía mirar a Marx a Irlanda, sino la relación que tenía su independencia con la revolución social. La importancia de Irlanda radica en la intrínseca relación que tenía con la metrópoli, la más importante hasta entonces de Europa y el Mundo.

Si Inglaterra es el baluarte del landlordismo y el capitalismo europeos, *Irlanda*, es el único lugar en el cual se puede dar el gran golpe contra la Inglaterra oficial. En primer lugar Irlanda es el *baluarte* del landlordismo inglés. Si éste cayera en Irlanda, caería también en Inglaterra. En Irlanda esto se puede observar con facilidad cien veces mayor porque allí *la lucha económica se concentra exclusivamente sobre la propiedad de la tierra*, porque allí esta lucha es simultáneamente una lucha nacional y porque allí el pueblo es más revolucionario y está más exasperado que en Inglaterra.<sup>85</sup>

La mirada de Marx atisbaba sólo aquello que podía transformar, se planteaba así sólo problemas que podían resolverse. No fijaba sus esperanzas en la revolución socialista universal, sino en una necesaria y posible revolución europea, cuya ejecución definitiva sólo podría devenir en Inglaterra. Arrancar del capital inglés la propiedad de las tierras en Irlanda era arrancar al capitalismo europeo un soporte vital.

---

<sup>84</sup> Mehring, Franz. *Carlos Marx. Op. cit.* p. 414.

<sup>85</sup> Karl, Marx, “Del consejo general al consejo federal de la Suiza románica” del 1 de enero de 1870. en: Marx, Karl y Engels, Friedrich, *Imperio y Colonia. Escritos sobre Irlanda. Op. cit.* p. 197.

Hay quienes han pretendido ver en este determinismo occidental un eurocentrismo racial hacia otros países y pueblos; así como un desprecio por los problemas nacionales que subordinaba de manera absoluta a los problemas sociales. Problema ya analizado líneas atrás y que traemos a colación por la crítica específica de Berlin. Isaiah Berlin valora negativamente esta postura sobre el problema nacional y colonial en Marx:

Subestimó, consecuentemente, la fuerza del nacionalismo en ascenso; su odio por todo separatismo, como por todas las instituciones fundadas en bases emocionales o puramente tradicionales, lo cegaba para percibir su real influencia. [...] Tal fusión era el destino que inevitablemente les esperaba a todas las civilizaciones pequeñas y locales, en virtud de la fuerza de gravitación histórica que determina que los más pequeños sean absorbidos por los más grandes, tendencias que todos los partidos progresistas debían alentar activamente. Tanto Marx como Engels creían que el nacionalismo, junto con la religión y el militarismo, eran otros tantos anacronismos, al par subproductos y baluartes del orden capitalista, fuerzas irracionales, contrarrevolucionarias, que, cuando se aflojaran sus cimientos materiales, desaparecerían automáticamente.<sup>86</sup>

Esta idea sobre las nacionalidades la lleva Berlin al extremo, sacando a relucir precisamente ese determinismo absoluto del que se le acusa. Como hemos visto en los trabajos anteriores de Marx, la idea, que Berlin extrae directamente de los escritos sobre la India y apenas logra reconocer la superación de estos con Irlanda, fue evolucionando a la par de sus investigaciones y las experiencias históricas de la clase obrera. Aunque es cierto que en un primer momento, Marx “subestimó”, como apunta Berlin, la potencialidad de las luchas nacionales y las características particulares que esas luchas exigían, nunca, incluso en los escritos sobre la India o América Latina, negó el impulso revolucionario que cada pueblo traía consigo. Los escritos sobre Irlanda son el paso crucial que difumina algunos de los

---

<sup>86</sup> Berlin, Isaiah. *Karl Marx*. Alianza Editorial. Madrid. 1973. pp. 200-201.

prejuicios que todavía se encontraban arraigados en Marx y que, a diferencia de Berlin, Mehring observa de una manera radicalmente distinta:

Irlanda no era un simple problema económico, sino que era también un problema nacional, ya que allí los señores de la tierra no eran, como en Inglaterra, los dignatarios tradicionales, sino los grandes opresores de la nacionalidad, a quienes el pueblo odiaba a muerte. En cuanto se retirase de Irlanda el ejército y la policía ingleses, estallaría la revolución agraria.<sup>87</sup>

A pesar de ello, Marx no perdió de vista el problema fundamental a resolver: Inglaterra. Los giros absolutos no se encuentran prácticamente en su pensamiento. Así como no podemos coincidir con el retrato de Berlin sobre la idea del nacionalismo en Marx, tampoco podemos considerar que su postura frente a Irlanda haya redefinido radicalmente su teoría. Le daba mayor importancia al problema nacional porque veía en él un paso determinante en la consecución de la revolución social.

En el curso de 1870 Karl perseveró en esta lectura de Irlanda como la clave para el advenimiento de la revolución social, primero en Inglaterra y luego, por extensión, en el mundo. En marzo de ese año escribía a los Lafargue: “Para acelerar el desarrollo social en Europa, uno ha de propiciar la catástrofe de la Inglaterra oficial. Para ello, uno ha de atacar por Irlanda. Ese es su punto más débil. Perdida Irlanda el “Imperio” británico desaparece, y la guerra de clases en Inglaterra, que ha discurrido hasta aquí con somnolencia y en fase crónica, asumirá sus formas más agudas.”<sup>88</sup>

Irlanda aparece así como uno de los casos más significativos respecto a la cuestión colonial. Su importancia se incrementa en la medida en que todo lo que suceda en dicha colonia afecta de manera más directa y radical a la lucha política que debía gestarse en Inglaterra, por el papel económico que como exportadora de materia prima y fuerza de trabajo

---

<sup>87</sup> Mehring, Franz. *Carlos Marx. Op. cit.* p. 415.

<sup>88</sup> Stedman Jones, Gareth. *Karl Marx, ilusión y grandeza. Op. cit.* p. 559.

migrante jugaba, impactando, a su vez, cual efecto dominó, a la revolución socialista europea, fin último que Marx veía posible todavía en las primeras décadas de la segunda mitad del siglo XIX.

Para entender el contexto histórico del que parte Marx sobre la situación en Irlanda y situar correctamente las interpretaciones a las que llega, basta la síntesis de Renato Levrero en su artículo “Marx, Engels y la cuestión nacional”:

*Grosso modo* podemos identificar tres momentos principales de la lucha de clases en Irlanda, lucha que ve inextricablemente unidas las instancias de la *liberación nacional* y de la *cuestión agraria*. El opresor nacional es la misma figura, incluso física, del opresor de clase, el gran terrateniente inglés: en la cuestión agraria se encuentra la piedra angular de la “cuestión irlandesa”. En la Irlanda de 1841, dos de cada tres familias viven de la agricultura. Ésta aparece dominada por el latifundio. Cien mil grandes propietarios en un país de 8 000 000 de personas en 1840... El primer período va de 1825 a 1843, y está dominado por la figura de O’Connell.

El segundo período, de la “gran hambre” hasta mediados de los años 70, verá aparecer explícitamente el nacionalismo irlandés –que ya no exigirá la autonomía sino la independencia– y revestirá las formas de las sociedades secretas radicales y republicanas. En el tercer período (1879-1882) estallará en el campo la “guerra agraria”, que por fin empezará a realizar el sueño del campesino de llegar a la propiedad de la tierra, como consecuencia del desarrollo de una dura lucha de clases contra el gran terrateniente, que saldrá de ella política y económicamente destruido.<sup>89</sup>

Las investigaciones de Marx sobre Irlanda, muchas de las cuales habían sido publicadas en la década de los sesentas en el *New York Daily Tribune*, tomaron un carácter distinto durante el segundo período antes descrito. El fenianismo despertó en Marx una nueva reflexión sobre el carácter de la lucha en este país. Entendía al respecto la íntima relación existente entre la lucha nacional y la lucha social. Si antes, sobre todo en lo que respecta a

---

<sup>89</sup> Levrero, Renato. “Marx, Engels y la cuestión nacional”. *Op. cit.* p. 32.

Oriente, Marx había criticado la cerrazón de algunos movimientos nacionalistas que se negaban al proceso “civilizatorio” perpetuado por los países desarrollados, en Irlanda observó, más allá de la simpatía humanista que la lucha por la libertad del pueblo irlandés le causó, una correlación interna entre la lucha por la tierra en Irlanda y la lucha social en Inglaterra.

Así lo describe en carta a Sigfrid Meyer y August Vogt del 9 de abril de 1870:

Como en Irlanda el problema de la tierra es aún hoy la *única forma* que adopta la cuestión social, como es una cuestión de subsistencia, una *cuestión de vida o muerte* para la inmensa mayoría del pueblo irlandés, como es, al mismo tiempo, inseparable de la cuestión *nacional*, por todo eso, el aniquilamiento de la aristocracia terrateniente inglesa es, en Irlanda, una operación infinitamente más fácil que en la propia Inglaterra. Y dejo de lado por completo el hecho de que los irlandeses tienen un temperamento más apasionado y más revolucionario que los ingleses.<sup>90</sup>

Marx comprendía que la lucha por la tierra, de la que habían sido desplazados desde tiempos de Cromwell en beneficio de la aristocracia inglesa, y que en este segundo período tomaba un cariz todavía más feroz en contra del pueblo irlandés al pretender convertir la tierra en terreno de pastura para el ganado inglés, era prioritaria entre los trabajadores en Irlanda; sólo en la medida en la que recuperaran la propiedad de la tierra y, en consecuencia, la ansiada liberación nacional, era posible pensar en una liberación radical del pueblo irlandés. La lucha por la independencia económica y política frente a Inglaterra se convertía en un objetivo necesario si se quería aspirar a una liberación absoluta ya no sólo del yugo que como imperio imponía Inglaterra sobre Irlanda, sino sobre el que el capital imponía sobre la clase trabajadora.

---

<sup>90</sup> Carta de Marx a Sigfrid Meyer y August Vogt del 9 de abril de 1870 en Marx Karl y Friedrich Engels, *Imperio y Colonia. Escritos sobre Irlanda*, Op. cit. p. 212.

De esta forma, reconociendo las condiciones inmediatas de la lucha nacional del pueblo irlandés, Marx vio necesario modificar su política respecto a la clase obrera inglesa. Una de las tareas fundamentales de Marx en la década de los setentas, fue convencer al proletariado inglés del necesario apoyo que debía otorgar a la lucha nacional en Irlanda.

Irlanda es el único pretexto que tiene el gobierno inglés para mantener un *gran ejército permanente* al que –en caso de necesidad, como ya se ha mostrado– lanza sobre los trabajadores ingleses, después de haberlo educado y transformado en soldadesca en Irlanda. Finalmente, se repite en la Inglaterra de nuestros días lo que la antigua Roma nos mostró en escala colosal. El pueblo que esclaviza a otro pueblo forja sus propias cadenas. Por lo tanto, la opinión de la Asociación Internacional sobre la cuestión irlandesa es clara. Su primera tarea es acelerar la revolución social en Inglaterra. Para ese fin hay que dar el golpe decisivo en Irlanda [...] la transformación de la *unión forzada* (es decir, la esclavitud de Irlanda) en una confederación *libre e igualitaria*, si ello es posible, o la obtención por la fuerza de la *separación total*, si es necesario, constituyen una condición *previa para la emancipación de la clase obrera inglesa*.<sup>91</sup>

Esta idea, expuesta con claridad y suficiencia meridiana, rompería drásticamente con el viejo discurso sobre las nacionalidades y fungiría como eje rector de las ideas de Marx al respecto, no sólo en la cuestión irlandesa, sino, como veremos más adelante, en otras gestas del mismo carácter. A pesar de las múltiples interpretaciones que se han hecho, sobre todo de textos anteriores, y conociendo la postura que la II Internacional tomara al respecto, no es necesario reivindicar a Marx sino por él mismo; acudiendo a los textos posteriores en los que vuelve sobre sus pasos para corregir sus propias interpretaciones. En el texto expuesto, así como en la mayoría de los publicados a partir de 1870, la postura de Marx sobre la liberación nacional es suficientemente clara: un pueblo debe alcanzar primero su propia

---

<sup>91</sup> Karl, Marx, “Del consejo general al consejo federal de la Suiza románica” del 1 de enero de 1870. *Op. cit.* p. 198.

libertad en términos económicos y políticos, rompiendo con el yugo colonialista, si quiere, a la postre, lograr la liberación social tan anhelada.

El impacto de la lucha de los fenianos en Irlanda, aunado a la preocupación de Marx por la creciente aristocratización de la clase obrera inglesa, que diluía su conciencia de clase en el reformismo y en la competencia con los trabajadores irlandeses, le obligó a replantearse la necesidad de la liberación de Irlanda.

Lo que los ingleses no saben todavía –le escribe a Engels en junio de 1867- es que desde 1846 el contenido económico y en consecuencia también el objetivo político del dominio inglés en Irlanda ha entrado en una fase completamente nueva [...] Entonces la pregunta es: ¿qué debemos aconsejarles *nosotros* a los trabajadores *ingleses*? A mi modo de ver, tienen que transformar la *Repeal* (abolición) *de la Unión* (en pocas palabras la broma de 1783, sólo que democratizada y adaptada a las circunstancias del momento) en un artículo de su pronunciamiento (programa de lucha).

[...]Lo que los irlandeses necesitan es:

- 1) Gobierno autónomo e independiente de Inglaterra
- 2) Revolución agraria. Los ingleses no pueden hacérsela ni con la mejor buena voluntad, pero pueden darles los medios legales para que la hagan por sí mismos.
- 3) Aranceles proteccionistas.<sup>92</sup>

Marx y Engels tenían una idea sobre el internacionalismo que implicaba no sólo una relación formal entre dos naciones; no ignoraban las diferencias que imposibilitaban una relación de igualdad. Pretendían constituir entre los pueblos que se sumaran a la Internacional una hermandad real, de clase, que surgiera de sus condiciones objetivas y que no sólo se recreara en el discurso burgués de igualdad y fraternidad cuya existencia se limitaba al individuo. Congruentemente con este principio vieron en la relación entre Irlanda e Inglaterra, entre colonia y metrópoli, un impedimento en esta unión si no se

---

<sup>92</sup> Carta de Marx a Engels del 30 de noviembre de 1867 en Marx Karl y Friedrich Engels, *Imperio y Colonia. Escritos sobre Irlanda*, Op. cit. pp. 152-153.

asimilaba, antes que el carácter nacionalista, el carácter clasista de la lucha de los trabajadores. El caso irlandés les permitió exponer uno de los principios fundamentales sobre la cuestión colonial que el “marxismo” no asimilaría hasta bien entrado el siglo XX.

Si los miembros de la Internacional que pertenecen a una nación conquistadora le pidieran a la nación que fue conquistada y ha sido oprimida desde entonces, que se olvidara de su nacionalidad y de su situación específicas, que “pusiera fin a las diferencias nacionales” etc., entonces eso no sería internacionalismo, sino nada más que predicarle el sometimiento al yugo opresor e intentar justificar y perpetuar la dominación del conquistador bajo el mismo manto del internacionalismo. Esto sancionaría la opinión, demasiado extendida entre los trabajadores ingleses, de que ellos son seres superiores si se les compara con los irlandeses, y que son tan aristócratas como se consideran así mismo los blancos degradados frente a los negros en los estados esclavistas.

En un caso como el de los irlandeses, el verdadero internacionalismo debe fundarse necesariamente en una organización nacional autónoma; los irlandeses, así como otras nacionalidades oprimidas, sólo pueden entrar en la Asociación con los mismos derechos que los representantes de la nación conquistadora y bajo protesta contra la conquista. Por eso, las secciones irlandesas no sólo tienen el derecho, sino directamente la obligación de declarar, en el preámbulo de sus estatutos que, como irlandeses, su primer deber, y el más urgente, es el de obtener su propia independencia nacional. El antagonismo entre los trabajadores irlandeses e ingleses en Inglaterra siempre ha sido uno de los medios más poderosos para mantener la dominación de clase en Inglaterra [...] Ahora habría por primera vez una ocasión favorable para hacer actuar simultáneamente a los trabajadores ingleses e irlandeses por su común emancipación; hasta ahora ningún movimiento había alcanzado este resultado en su país. ¡Y aun antes de que esto se haya llevado a cabo se nos pide que les dictemos a los irlandeses y les digamos que no deben conducir el movimiento a su manera, sino someterse a la dirección de un consejo inglés! Ahora bien: esto significaría introducir en la Internacional el sometimiento de los irlandeses por parte de los ingleses. [...] ¿hay que dejar a los irlandeses manejarse por sí mismos o hay que expulsarlos de la asociación? Si el consejo acepta la moción, entonces puede explicarle a los trabajadores irlandeses, más o menos con estas palabras, que después de la dominación de la aristocracia

inglesa sobre Irlanda, después de la dominación de la burguesía inglesa sobre Irlanda, deben esperar ahora la dominación de la clase trabajadora sobre Irlanda”<sup>93</sup>

Traigo a colación el discurso de Engels pronunciado en la sesión del Consejo General de 1872, a pesar de su extensión, con una doble intención. En primer lugar para demostrar textualmente la posición del marxismo respecto a las relaciones entre los países desarrollados y subdesarrollados. Esta idea planteada en 1872 era compartida por Marx, como se observa en otros documentos aquí citados y en obras posteriores. El carácter de igualdad entre las naciones, el desarraigo de cualquier idea racial, geográfica o social que pudiera distinguir a un pueblo de otro es rebatido con autoridad. Las diferencias existentes entre los hombres se diluyen ante la contradicción fundamental: la lucha de clases. No sólo se le deja abierto a las naciones conquistadas el camino para lograr su independencia, sino que incluso se exige, como deber de estas naciones, llevar a cabo la independencia nacional como paso necesario hacia la revolución social. En segundo lugar, era necesario citar a Engels, tal y como lo hicimos al abordar el caso mexicano, para ver la enorme distancia que separa una posición de otra. Muy lejos quedan los resabios de positivismo que acusaba en los años anteriores a las revoluciones del 48. El internacionalismo proletario de Marx y Engels queda revelado en un discurso público, del que se hacían ambos responsables, considerando el impacto que debía tener entre las naciones colonizadas.

En el caso de Irlanda era más evidente la necesidad de aclarar esta contradicción; considerando que uno de los efectos del sometimiento del pueblo irlandés era el incremento masivo de la mano de obra disponible en Inglaterra, cuyo impacto recrudecía las condiciones de trabajo y de vida del proletariado inglés, provocando, en consecuencia, que

---

<sup>93</sup> Engels, Friedrich. “Sobre las relaciones entre las secciones irlandesas y el consejo federal británico”. *Acta del discurso pronunciado en la sesión del consejo general del 14 de mayo de 1872, redactada por el propio Engels. Imperio y Colonia. Escritos sobre Irlanda, Op. cit.* pp. 322-324.

la lucha entre el proletariado y el empresariado se trasladara al seno de la clase trabajadora y se volviera una lucha entre pobres. Marx veía a la hermandad de clase como requisito fundamental para la consolidación de la lucha proletaria en Inglaterra, pero no se atenía al espíritu humano y a la fraternidad “natural” entre los hombres. Dicha hermandad sólo nacería en el momento en que el obrero inglés dejara de ver como enemigo al obrero irlandés, y esto sólo sería posible si el obrero irlandés dejaba de competir por el trabajo con éste; a su vez, dicha competencia se vería innecesaria si el primero no se viera obligado a abandonar su país buscando mejores condiciones de vida. Así pues, la raíz de la contradicción no habría que buscarla en Inglaterra, sino en Irlanda. Utilizando el concepto de G. Arrighi, “proletarización bloqueada”,<sup>94</sup> en Inglaterra se presentaba un fenómeno en el que la población relativa se incrementaba sin llegar nunca a constituirse en clase. Así lo expone Marx en la ya citada carta al Consejo Federal de la Suiza románica:

La burguesía inglesa no sólo ha aprovechado la miseria irlandesa para empeorar la situación de la clase obrera en Inglaterra *a través de la emigración forzada de los irlandeses pobres*, sino que además ha dividido al proletariado en dos campamentos enemigos. El ímpetu revolucionario del trabajador céltico no se combina con el carácter firme pero lento del trabajador anglosajón. Al contrario, en todos *los grandes centros industriales de Inglaterra* reina un antagonismo profundo entre el proletariado irlandés y el inglés. El obrero inglés corriente odia al irlandés como a un competidor que hace bajar los salarios y el *standard of life*. Frente a él experimenta antipatías nacionales y religiosas. Lo contempla casi con los mismos ojos con que los *poor whites* de los estados del sur en Norteamérica contemplan a los esclavos negros. La burguesía mantiene despierto y atiza en forma artificial este antagonismo entre los proletarios en la propia Inglaterra. Sabe que esta división es el verdadero secreto para conservar su poder.<sup>95</sup>

---

<sup>94</sup> Levrero, Renato. “Marx, Engels y la cuestión nacional” *Op. cit.* p. 37.

<sup>95</sup> Karl, Marx, “Del consejo general al consejo federal de la Suiza románica” del 1 de enero de 1870. *Op. cit.* p. 198.

A la necesidad de que el pueblo irlandés recuperara por la fuerza lo que por la fuerza se le había arrebatado, sumaba el imprescindible apoyo de la clase trabajadora inglesa, en cuyo seno descansaba una disputa artificial frente al trabajador irlandés.

Marx añadía, finalmente, un tercer elemento a su razonamiento, posiblemente el de mayor trascendencia si se consideran cuales eran sus objetivos finales. La revolución en Inglaterra devendrá necesaria una vez que la burguesía inglesa se debilite, perdiendo sus bastiones en Irlanda que la fortalecen material y moralmente. Sólo de esta forma se podrá pensar de manera real en una revolución proletaria en Europa.

Como comprenderéis, desde luego, no sólo me dejé llevar por sentimientos humanitarios. Aquí hay otras razones. Para acelerar la transformación social de Europa hay que acelerar la catástrofe de la Inglaterra oficial. Para eso, hay que dar el golpe en Irlanda. Ella es su punto más débil. Cuando pierda a Irlanda el “Empire” británico está perdido; y la lucha de clases en Inglaterra, hasta ahora amodorrada y lenta, adoptará formas enérgicas. E Inglaterra es la capital del landlorismo y del capitalismo a escala mundial.<sup>96</sup>

El *quid* de la revolución social en Europa no se encontraba en Inglaterra, país que, siendo el único con las condiciones materiales suficientes para llevar a cabo una revolución proletaria estaba ligado íntimamente a sus colonias y a la explotación de mano de obra y materia prima que a ellas arrebatava, siendo Irlanda la colonia que mayor efecto causaba en el lento desarrollo del proletariado inglés, así como en el incremento de poder de la burguesía inglesa. Por ello, si se pretendía una revolución europea que posteriormente se convirtiera en una revolución mundial, había que fijar la atención, antes que en Inglaterra, en Irlanda y en el rompimiento del yugo imperialista que Inglaterra sostenía sobre esta nación; yugo que, a fin de cuentas, no sólo oprimía al pobre irlandés sino, siguiendo el razonamiento de

---

<sup>96</sup> Carta de Marx a Laura y Paul Lafargue del 5 de marzo de 1870 en Marx Karl y Friedrich Engels, *Imperio y Colonia. Escritos sobre Irlanda, Op. cit.* p. 208.

Marx, detenía como un dique la fuerza del movimiento revolucionario. Si se pretendía liberar Europa, había antes que liberar a Irlanda.

En carta a Kugelmann del 29 de noviembre de 1869, Marx sintetizaba su posición sobre la cuestión irlandesa:

Cada día estoy más convencido –y sólo es necesario inculcarle esta convicción a la clase obrera inglesa- de que ella nunca podrá hacer nada decisivo en Inglaterra hasta tanto no separe su política con respecto a Irlanda, en la forma más decidida, de la política de las clases dominantes, hasta tanto no sólo haga causa común con los irlandeses sino tome incluso la iniciativa para suprimir la Unión formada en 1801 y la sustituya por una relación federativa en pie de igualdad. Y esto debe hacerse no como un asunto de simpatía hacia Irlanda, sino como una exigencia fundada en el interés del proletariado inglés. Si no, el pueblo inglés queda bajo la tutela de las clases dominantes, porque *él* tiene que hacer frente común con ellas en Irlanda. Todos sus movimientos en la propia Inglaterra quedan cojos debido a la desavenencia con los irlandeses, que constituyen, incluso en Inglaterra, una parte muy importante de la clase obrera. La *primera condición* para obtener la emancipación –el derrocamiento de la oligarquía inglesa de la tierra- resulta inaccesible, pues no se puede tomar por asalto su puesto aquí mientras ella mantiene su puesto de avanzada, muy fortificado, en Irlanda. Pero allí, no bien se ponga el asunto en las manos del propio pueblo irlandés, no bien se lo transforme en legislador y gobernante de sí mismo, no bien él se vuelva autónomo, el aniquilamiento de la aristocracia del suelo (que está formada, en buena medida, por los *mismos* landlords ingleses) es infinitamente más fácil que aquí, porque en Irlanda el asunto no es una simple cuestión económica, sino, al mismo tiempo, una cuestión *nacional*; porque allí los landlords (terratenientes) no son, como en Inglaterra, los altos dignatarios y los representantes tradicionales, sino los opresores de la nacionalidad, odiados a muerte. Y la actual relación con Irlanda paraliza no sólo el desarrollo social sino interno de Inglaterra, sino también su política exterior, sobre todo su política con respecto a Rusia y a los Estados Unidos de América.<sup>97</sup>

---

<sup>97</sup> Carta de Marx a Ludwig Kugelmann del 29 de noviembre de 1869 en Marx Karl y Friedrich Engels, *Imperio y Colonia. Escritos sobre Irlanda, Op. cit.* p. 188.

Las colonias pasaban ahora a jugar, frente a las metrópolis, un papel distinto al que se les asignaba antes de la década de los sesentas. Ya no constituían el furgón de cola de la revolución; ahora su independencia era un movimiento clave de la revolución social. La única forma de debilitar a las grandes potencias y fortalecer la unión y la organización de la clase trabajadora en ellas consistía en debilitarlas desde afuera, haciéndoles perder el soporte que la explotación de otras naciones les permitía. Las revoluciones nacionales se observaban, pues, necesarias y fundamentales para la liberación de la clase trabajadora en el mundo entero. A pesar de ello, Marx no se iría al extremo opuesto en esta interpretación. Como insistentemente hemos planteado líneas atrás, la independencia nacional del dominio colonial era un paso a favor de la revolución proletaria, en este caso la europea. La idea de que sólo en los países desarrollados, en los que las condiciones materiales estuviesen dadas, como lo fuera entonces Inglaterra, serían los que librarían la batalla de clase definitiva, no cambiaría todavía en el pensamiento marxista. Lo verdaderamente significativo de esta transformación se resumía en una idea que Engels planteara antes de 1848, y que Marx incorporaría como parte esencial de su análisis: «Una nación no puede conquistar su libertad si sigue oprimiendo a otras»<sup>98</sup>. En palabras de Marx, adecuándose a la situación aquí estudiada, se resumía así: «Considero la solución de la cuestión irlandesa como la solución de la inglesa, y la inglesa como la solución de la europea».<sup>99</sup>

La idea de Marx sobre el papel de las colonias se transformó al redescubrir un aspecto antes poco valorado entre éstas y la metrópoli. El caso irlandés sirvió de asidero para revalorar la teoría del colonialismo.

---

<sup>98</sup> Engels, Friedrich. “Discurso sobre el partido cartista. Polonia y Alemania” en: Levrero, Renato. “Marx, Engels y la cuestión nacional” en: Marx, Karl y Engels, Friedrich, *Imperio y Colonia. Escritos sobre Irlanda*. *Op. cit.* p. 28.

<sup>99</sup> Marx, Karl. *Sobre la significación de la cuestión irlandesa*. Apuntes del discurso de las minutas de la reunión del consejo general del 14 de diciembre de 1869. en Marx Karl y Friedrich Engels, *Imperio y Colonia. Escritos sobre Irlanda*, *Op. cit.* p. 195.

Ustedes tendrán consciencia del gran antagonismo que existió durante mucho tiempo entre los obreros ingleses e irlandeses, y cuyas causas son fáciles de enumerar. Este antagonismo arraiga en diferencias de lengua y religión, y en la competencia que crearon los obreros irlandeses en el mercado de trabajo. Constituye un obstáculo para la revolución y, por consiguiente, es hábilmente explotado por el gobierno y las clases altas, que están convencidas de que no hay vínculos capaces de unir a los obreros ingleses con los irlandeses. Ciertamente en la esfera política no sería posible unión alguna, pero no es éste el caso de la esfera económica, y las dos partes están formando secciones de la Internacional que, como tales, tendrán que avanzar simultáneamente hacia la misma meta.<sup>100</sup>

La lucha de clases se imponía a la lucha nacional. La liberación de Irlanda implicaba la superación de la consciencia de clase tanto de los trabajadores ingleses como de los irlandeses. Su unidad radicaba en la necesidad “homogénea” de los trabajadores de debilitar al capital, y el primer paso consistía en desprender de éste el “*baluarte*” irlandés.

## Capítulo V

### El caso ruso. Reconfiguración del problema colonial

Durante los últimos diez años de su vida Marx puso particular atención al caso ruso. El hecho de que la primera traducción de *El Capital* surgiera en Rusia, poco interés habría de suscitar en un principio a su autor, que la atribuía a «pura curiosidad de *gourmands* por conocer lo más extremista que producía el Occidente de Europa.»<sup>101</sup> Sin embargo, al conocer el trabajo terminado de Danielson, quien con la ayuda de Lopatin, habría de dar vida, en Rusia, a la más grande obra de Marx, el juicio de éste cambiaría al ver la

---

<sup>100</sup> Marx, Karl. *Posición de la asociación internacional de los trabajadores en Alemania e Inglaterra*. (Del discurso del 22 de septiembre de 1871, en la conferencia de Londres). *Imperio y Colonia. Escritos sobre Irlanda*. Op. cit. p. 316.

<sup>101</sup> Mehring, Franz. *Carlos Marx*. Op. cit. p. 407.

traducción como un «trabajo serio, verdaderamente científico y “maestramente” conseguido».<sup>102</sup>

El hecho de que dos meses después de publicada la obra, el 27 de marzo de 1872, se hubiesen vendido ya más de mil ejemplares, era un síntoma claro de la fecundidad que las ideas de Marx tenían en suelo ruso. El interés de Marx por Rusia se incrementó al observar las posibilidades de transformación antes ocultas en este país; visibles sobre todo a raíz de la promulgación del decreto de abolición de la servidumbre en 1861:

Conoció numerosas publicaciones populistas: la revista y periódico *Vperiod*, editados entre 1873 y 1876 en el extranjero por Lavrov; los órganos de prensa clandestinos de Tierra y Libertad y de Voluntad del Pueblo, sus documentos programáticos, artículos periodísticos populistas y afines.<sup>103</sup>

La lucha de los populistas le atrajo sobre todo por su iniciativa política. Tuvieron que pasar muchos años para que el zarismo, la vieja guarda del imperialismo occidental, se viera amenazado en su propio país. Más allá de esta simpatía, Marx no compartía los fundamentos, en gran medida bakunistas y proudhonianos, de dichos grupos. A pesar de ello vio en Rusia, no obstante el atraso económico respecto a occidente, la posible chispa que provocara el estallido revolucionario en Europa.

El estudio sobre la comuna rural rusa puso sobre la mesa nuevas concepciones sobre el proceso que los países subdesarrollados debían seguir para alcanzar el socialismo. La importancia de este análisis radica en las posibilidades que se observan en Rusia, partiendo de sus particulares condiciones históricas y, sobre todo, del limitado desarrollo de las fuerzas productivas, similar al de las naciones latinoamericanas, para lograr la superación

---

<sup>102</sup> *Ibid.* p. 407.

<sup>103</sup> Stepánova, E. (Coordinadora). *Biografía Carlos Marx*. Progreso. URSS. 1990. p. 645.

del estado social, económico y político en el que se encontraban; sin necesidad de pasar, como había sucedido en occidente, por el mismo camino turbulento y desgraciado para las clases trabajadoras.

El análisis que Marx presenta sobre Rusia contiene un significado mayor al que hasta nuestros días se le atribuye. En él se replantean elementos fundamentales del materialismo histórico. El mal llamado determinismo, por el que se pretende desautorizar las tesis marxistas sobre todo fuera de occidente, es rebatido en términos suficientemente claros. El Marx más maduro, más metódico y metódico se refleja en estos manuscritos.

Una de las tesis más importantes que echa por tierra y cuyo significado no se dimensionó entre los “marxistas” hasta muy entrado el siglo XX, fue la pretendida filosofía de la historia que se atribuía al pensador alemán. Si bien es cierto que en todas sus obras se esboza un planteamiento congruente al respecto, se le ha acusado de determinista y occidentalista, incluso de profundamente hegeliano en sus planteamientos sobre la filosofía de la historia. Marx no escribió recetas ni creó distopías sobre las sociedades venideras. Su labor, como reconoce en estos últimos escritos, se limitó al estudio del sistema capitalista, a las causas del mismo y a las posibles salidas que de éste existían, partiendo del análisis de una realidad concreta. No negó las posibilidades de transformación, sin que esto las convirtiera automáticamente en las necesidades históricas que algunos intérpretes del marxismo le atribuyen. La unidad dialéctica entre teoría y práctica la revela Marx en el papel histórico del proletariado. No le traza un camino ajeno al que el autoconocimiento de su condición de clase le exige como fuerza hacedora de la historia; el “voluntarismo” y el “fatalismo”, componentes ambos de lecturas desvirtuadas del marxismo, se diluyen como opuestos en el materialismo dialéctico. “La clase obrera –escribe Lukács– no tiene «ideas

que realizar» (finalidades trascendentes)<sup>104</sup>, sino que tiene simplemente que «poner en libertad los elementos de la nueva sociedad»; es el camino que va de la clase «respecto del capital» a la clase «para sí misma»<sup>105</sup>. Marx responde, a quienes han querido ver en su método una teoría utópica de redención y no un análisis totalizador de la situación concreta, con suficiente claridad:

“Cuando los escritores socialistas atribuyen al proletariado esa función histórico-universal, no lo hacen en modo alguno [...] porque consideren dioses a los proletarios. Al contrario. El proletariado puede y tiene que liberarse a sí mismo porque en él, cuando está plenamente desarrollado, se consuma prácticamente la abstracción de toda humanidad; porque en las condiciones de vida del proletariado se concentran en su más inhumana punta todas las condiciones de vida de la sociedad actual; porque en el proletariado el hombre se ha perdido a sí mismo, pero de tal modo que no sólo cobra consciencia teórica de esa pérdida, sino que se ve además obligado directamente a la cólera contra esa inhumanidad por la constricción imperiosa y absoluta, ya inevitable e imposible de disfrazar, que es la expresión práctica de la necesidad. Pero el proletariado no puede liberarse sin suprimir sus condiciones de vida. Y no puede suprimir sus condiciones de vida sin suprimir al mismo tiempo «todas» las inhumanas condiciones de vida de la sociedad actual, las cuales se concentran en su situación”<sup>106</sup>

La vitalidad del marxismo consiste precisamente en que la teoría se adapta a la realidad y no a la inversa. En que permite encontrar soluciones concretas a problemas concretos. Que estas soluciones nacen de un estudio profundo y completo de la realidad y

---

<sup>104</sup> Agregado mío.

<sup>105</sup> Lukács, Georg. *Historia y consciencia de clase. Op. cit.* p. 25.

<sup>106</sup> Marx, Karl. *Nachlass* [Póstumos], II, p. 133. en Lukács, Georg. *Historia y consciencia de clase. Op. cit.* p. 23.

no de las ilusiones de quien las estudia. Catalogar a al marxismo de determinista sólo puede ser producto, o del rechazo hacia dicha teoría, o de un desconocimiento de la misma. Marx, en “Carta a la redacción de *Otiechéstvennie Zapiski*” refuta así a quienes desde este frente pretenden descalificar su teoría:

A todo trance quieren convertir mi esbozo histórico sobre los orígenes del capitalismo en la Europa occidental en una teoría histórico-filosófica sobre la trayectoria general a que se hallan sometidos fatalmente todos los pueblos, cualesquiera que sean las circunstancias históricas que en ellos concurren, para plasmarse por fin en aquella formación económica que, a la par que el mayor impulso de las fuerzas productivas, del trabajo social, asegura el desarrollo del hombre en todos y cada uno de sus aspectos (esto es hacerme demasiado honor y, al mismo tiempo, demasiado escarnio).<sup>107</sup>

Sin dejar de someterse a las inexorables leyes de la dialéctica, el estudio de la historia de cada país arroja soluciones distintas para situaciones distintas; aunque las leyes generales del sistema económico influyan directa, pero no fatalmente en éstas. Por ello, el estudio de la comuna rural rusa dimensiona con mayor claridad el método marxista y posiciona en sus justos términos la acción subjetiva, el papel del individuo y de las naciones para lograr su propia liberación.

Marx deja suficientemente claro que sus estudios, sobre todo el realizado en *El Capital*, no pretenden limitar la superación de los países atrasados en lo que respecta al desarrollo de las fuerzas productivas. Si bien es cierto considera que dicho desarrollo es fundamental para alcanzar un estadio económico y social superior, no por ello somete a los países que aún no han llegado a él, a pasar por el mismo proceso evolutivo, poco más que parecido al que conoció Dante de la mano de Virgilio al atravesar los círculos del Infierno.

---

<sup>107</sup> Marx, Karl. “Carta a la redacción de *Otiechéstvennie Zapiski*”. En: *Antología Karl Marx*, Selección e introducción de Horacio Tarcus, Siglo XXI, Buenos Aires, 2016. p. 463.

Marx plantea la posibilidad teórica que existe de extraer los elementos vitales y necesarios para el desarrollo económico de la sociedad sin necesidad de pasar por los terrores que la otra cara del capitalismo ofrece. La “fatalidad histórica” del capitalismo es evitable si se orientan políticamente los intereses de una nación hacia el bienestar de las mayorías.

Está, pues (Rusia), en condiciones de incorporarse las adquisiciones positivas logradas por el sistema capitalista sin pasar por sus horcas caudinas. Puede ir suplantando gradualmente la agricultura parcelaria por la gran agricultura con la ayuda de máquinas a que incita la configuración física de la tierra rusa. Entonces puede llegar a ser el *punto de partida directo* del sistema económico a que tiende la sociedad moderna y cambiar la existencia sin empezar por suicidarse.<sup>108</sup>

Reconocía la posibilidad teórica de un desarrollo distinto de la comuna rusa partiendo de la idea de que, ya que el origen de la actual sociedad no era el mismo que el de las sociedades occidentales, el proceso por el que Europa llegó al capitalismo no necesariamente sería el mismo que en el caso ruso. Así pues, la interrogante a resolver era ésta: si el proceso que llevó a las sociedades europeas al capitalismo fue el de suplantar una forma de la propiedad privada por otra, en Rusia, país en el que la organización económica se funda todavía en la propiedad comunal, ¿será necesario crear una forma de propiedad privada igual o similar o podrá evitarse este proceso pasando directamente de una forma de propiedad comunal a otra superior, que es a lo que aspira occidente?

La respuesta de Marx es compleja pero aleccionadora. En principio pone de manifiesto que existe la posibilidad de *carácter teórico* de que Rusia no tenga que pasar de la propiedad comunal a la propiedad privada necesariamente. La insistencia en la “posibilidad teórica” es importante, ya que deja en manos de los rusos la eventualidad de

---

<sup>108</sup> Marx, Karl, “Borradores de la carta a Vera Sazúlich”. En: *Antología Karl Marx*, Selección e introducción de Horacio Tarcus, Siglo XXI, Buenos Aires, 2016. p. 472.

que ésta se realice, sin caer en determinismos o fatalismos. En segundo lugar, argumenta que, dadas las circunstancias históricas observadas en Rusia, es posible que la propiedad individual no aparezca si se logra romper con el dualismo de la comuna rural, dualismo que puede decantarse por un socialismo moderno si a favor de éste se resuelve, o por un capitalismo en gestación, que obligaría al pueblo ruso a colocarse en la etapa inicial del desarrollo capitalista. Este dualismo, consistente en la propiedad común de la tierra pero bajo una explotación privada de la misma, es el que tendrá que resolver el pueblo ruso y del que devendrá una forma u otra de sociedad futura.

Llego ahora al fondo de la cuestión. No podría disimularse el hecho de que el tipo arcaico al que pertenece la comuna rusa oculta un dualismo íntimo que, dadas ciertas condiciones históricas, podría acarrear su ruina. La propiedad de la tierra es común, pero cada campesino cultiva y explota su campo por su cuenta, igual que el pequeño campesino occidental. Propiedad común y explotación parcelaria de la tierra, esta combinación útil en las épocas más remotas, se vuelve peligrosa en nuestra época.<sup>109</sup>

La comuna rural rusa tiene todavía, a pesar de ser la más desarrollada, resabios arcaicos que tendrían que superarse para construir sobre ella una sociedad comunista moderna. El más importante es el dualismo existente de propiedad común y explotación parcelaria. Este dualismo acarrearía su destrucción si el crecimiento de la propiedad en bienes inmuebles se realiza, ya que de ello devendría el incremento de la riqueza de las minorías y, por consiguiente, el de la pobreza de las mayorías; es decir, la consolidación de la propiedad privada.

Si Rusia quiere evitar el camino tormentoso hacia el capitalismo seguido por Europa, debe entonces evitar las causas que arrojaron a occidente por estos derroteros. La “génesis” de este proceso consistió en el paso de una forma de propiedad privada, en la que

---

<sup>109</sup> *Ibid.* p. 489.

el campesino poseía sus propios medios de producción, a una forma “superior”, en la que éste, dueño antes de un pedazo de tierra y de las herramientas con qué trabajarla, fue despojado de todo, convirtiéndolo en un asalariado, dueño solamente de su fuerza de trabajo. La tierra y los medios de producción seguían privatizados pero ya en pocas manos, dando paso así a una etapa de desarrollo distinto que caracterizó principalmente a las naciones europeas. Marx recurre a *El Capital*, para explicar, en carta a Vera Sazúlich este proceso:

En el fondo del sistema capitalista está, pues, la separación radical entre productor y medios de producción [...] la base de toda esta evolución es la “expropiación de los campesinos”. Todavía no se ha realizado de una manera radical más que en Inglaterra. [...] Pero “todos los demás países de Europa occidental” van por el mismo camino.<sup>110</sup>

Y continúa refiriéndose a la fatalidad de este fenómeno en los países occidentales:

La “fatalidad histórica” de este movimiento está, pues, *expresamente* restringida a los *países de Europa occidental*. El por qué de esta restricción está indicado en este pasaje del capítulo XXXII:

“La *propiedad privada*, fundada en el trabajo personal [...] va a ser suplantada a la *propiedad capitalista* fundada en la explotación del trabajo de otros, en el sistema asalariado (ob.cit., p. 340). En este movimiento occidental se trata, pues, de la *transformación de una forma de propiedad privada en otra forma de propiedad privada*. Entre los campesinos rusos, por el contrario, habría que *transformar su propiedad común en propiedad privada*. ”<sup>111</sup>

---

<sup>110</sup> Karl, Marx. “Carta a Vera Sazúlich” En: *Antología Karl Marx*, Selección e introducción de Horacio Tarcus, Siglo XXI, Buenos Aires, 2016. p. 464.

<sup>111</sup> *Ibid* p. 465.

Marx no tiene que recurrir a nuevas interpretaciones para explicar el fenómeno ruso. Acude a *El Capital* para demostrar la consistencia de su planteamiento. La sucinta explicación encontrada en la carta a Sazúlich alude claramente a que sólo aquellas naciones que han atravesado el proceso antes descrito, están condenadas a seguir los mismos pasos. Es un “movimiento occidental”, y a partir de él, Marx extrae conclusiones específicas. No quiere decir por ello que entonces su análisis se limite a Europa, sino que aquellas naciones que sean obligadas y sometidas a este “movimiento”, a esta “fatalidad”, tendrán que orientar sus esfuerzos de liberación al camino occidental. Rusia no formaba parte de eso todavía. Sus características posibilitaban una salida alterna, sin que por ello estuviera completamente liberada de dicha “fatalidad”; pero con la posibilidad, inexistente en los análisis de algunos marxistas del siglo XX, de lograr la superación de esta fase por ella misma.

¿Cuál era la salida, entonces, de esta “necesidad histórica” que los mismos marxistas rusos daban por hecho, como se observa en la carta de Sazúlich a Marx?<sup>112</sup> La misma salida que tenía occidente para liberarse del yugo capitalista, la misma que para entonces Marx planteaba para las colonias, como observamos en el análisis hecho apenas unos años antes para el caso irlandés: la revolución.

El dualismo de la comuna rural rusa se podía resolver de dos formas solamente: o se organizaba el pueblo ruso para salvar la parte positiva de la contradicción, extrayendo así la vitalidad de la comuna, o el Estado, cuyos intereses estaban puestos en la conservación de las divisiones sociales y en la consolidación de la propiedad privada, jugaría el papel activo y decantaría la contradicción a favor de la explotación parcelaria de la tierra que devendría

---

<sup>112</sup> “Comprenderá entonces, ciudadano, hasta qué punto nos interesa su opinión al respecto y el gran servicio que nos prestaría exponiendo sus ideas acerca del posible destino de nuestra comunidad rural y de la teoría de la necesidad histórica para todos los países del mundo de pasar por todas las fases de la producción capitalista.” “Carta de Vera Sazúlich a Karl Marx”. En: Karl, Mark. Friedrich, Engels. *Escritos sobre Rusia. II. El porvenir de la comuna rural rusa*. Cuadernos de Pasado y Presente núm. 90, México. 1980. p. 30.

posteriormente en el despojo de los trabajadores y en la creación de una masa de asalariados al servicio del incipiente capitalismo ruso.

A costa de los campesinos, el Estado hizo nacer en invernadero ramas del sistema capitalista occidental que, sin desarrollar de ninguna manera las premisas productivas de la agricultura, son las más apropiadas para facilitar y apresurar el robo de sus frutos por intermediarios improductivos. Cooperó así al enriquecimiento de nuevos parásitos capitalistas que chupan la sangre, ya tan empobrecida de la “comuna rural”... Hay que constituir como clase media rural a la minoría más o menos acomodada de los campesinos y convertir a la mayoría, lisa y llanamente en proletarios (en asalariados). Por ello, los portavoces de los “nuevos pilares de la sociedad” denuncian las llagas mismas que ellos causaron a la comuna, otros tantos síntomas naturales de su decrepitud.<sup>113</sup>

Así pues, existen dos posibilidades en clara disputa: o el Estado extrae del capitalismo occidental sus “excrecencias” y logra implantar un capitalismo al modo europeo, haciendo triunfar a la propiedad privada sobre la propiedad comunal, o bien, el pueblo organizado en contra del Estado por medio de una revolución decanta la contradicción a favor de la propiedad comunal, aprovechando sólo para sí la circunstancia histórica que le permite convivir con un capitalismo desarrollado extrayendo de él las ventajas que el desarrollo de la industria y los medios de intercambio llevan consigo.

Si Rusia estuviera aislada del mundo, debería pues elaborar por su cuenta las conquistas económicas que Europa occidental sólo adquirió recorriendo una larga serie de evoluciones desde la existencia de sus comunidades primitivas hasta su estado presente... Pero la situación de la comuna rusa es absolutamente diferente de la de las comunidades primitivas de occidente. Rusia es el único país de Europa donde la propiedad comunal se ha conservado en una escala grande, nacional, pero simultáneamente, Rusia existe en un medio histórico moderno, es contemporánea de una cultura superior, está ligada a un mundo donde predomina la producción capitalista. Al apropiarse de los resultados positivos de ese modo

---

<sup>113</sup> Marx, Karl, “Borradores de la carta a Vera Sazúlich”. *Op. cit.* p. 475.

de producción está entonces en condiciones de desarrollar y transformar la forma todavía arcaica de su comuna rural en lugar de destruirla.<sup>114</sup>

El análisis de Marx sobre esta particularidad cobra radical importancia considerando que normalmente se extraen conclusiones opuestas respecto a los países en vías de desarrollo. No propone que dichos países se arrojen por voluntad propia al cauce del capitalismo para aprovechar las ventajas que muy en el fondo de él se encuentran. Todo lo contrario. Dado que son sociedades en las que los daños del sistema capitalista no se han impregnado aún, pueden aprovechar la concordancia histórica con este sistema para extraer de él las ventajas que consigo trae, sobre todo en lo que respecta a la producción y su organización. Pueden obtener todo lo bueno que en él existe, “sin empezar por suicidarse”.

El dualismo planteado por Marx no se resolverá por sí mismo, ni dependerá del movimiento natural de los acontecimientos su decantación por una u otra forma. Marx propone a Rusia la misma solución que propuso en el caso irlandés y en el caso inglés. Si Irlanda quería lograr una liberación nacional ésta sólo llegaría si tomaba en sus manos el curso de los acontecimientos y gestaba la revolución nacional que tantos siglos se había hecho esperar. Si Inglaterra pretendía encabezar el salto histórico hacia el socialismo, no sólo bastaba con esperar a que el pueblo irlandés consumara su liberación; esto sólo allanaría el terreno de la transformación pero no devendría de manera natural en la liberación de la clase obrera inglesa. El proletariado inglés debía salvarse a sí mismo, y la única forma era a través de una revolución. Así pues, Rusia tenía, al igual que Inglaterra e Irlanda, una única salida: o hacía una revolución para salvar a la comuna, o el Estado se impondría decantando la contradicción a favor de los intereses de las élites. No se dejaba en

---

<sup>114</sup> *Ibid.* p. 479.

manos de Fortuna lo que sólo podía quedar en manos de los hombres. Siendo congruente con su pensamiento, Marx descartaba la premisa que un sector del “marxismo” del siglo XX hizo suya: esperar a que el sistema caiga por sí mismo víctima de sus propias contradicciones. De esta manera planteaba la única posible salida que tenía el pueblo ruso si pretendía dar el salto hacia el socialismo:

Por una parte, la “comuna rural” está casi reducida a la última extremidad, y por la otra, una poderosa conjura acecha para dar el golpe de gracia. *Para salvar a la comuna rusa hace falta una revolución rusa* (cursivas mías). Por lo demás, los detentadores de las fuerzas políticas y sociales hacen cuanto pueden para preparar a las masas a semejante catástrofe... No se trata ya de un problema a resolver sino simplemente de un enemigo a vencer. No es entonces un problema teórico; para salvar a la comuna rusa se requiere una revolución rusa... Si la revolución se efectúa en el momento oportuno, si concentra todas sus fuerzas *si la inteligencia rusa concentra todas las fuerzas vivas del país*, en asegurar el libre desenvolvimiento de la comuna rural, esta se revelará pronto un elemento regenerador de la sociedad rusa y un elemento de superioridad sobre los países subyugados del régimen capitalista.<sup>115</sup>

La Historia demostró que el alcance de la visión marxista y la evaluación de las posibilidades que de la realidad surgían era acertado. La mirada que Marx dirigió a Rusia los últimos años de su vida tenía fundamentos más profundos que los textos aquí revisados alcanzan a plasmar. Aunque es cierto que no fue el partido *Naródnaia Volia* (La Voluntad del Pueblo), ni los principios teóricos ni estratégicos de éste los que a final de cuentas se realizaran; el terreno tanteado por Marx, el estudio de las condiciones históricas y económicas particulares de Rusia; y el germen revolucionario que en él vio nacer, existían y se desarrollaron como en ningún otro país del orbe. La más grande revolución socialista de todos los tiempos; la más duradera y la mejor estructurada surgió, contra lo que todos los

---

<sup>115</sup> *Ibid* p. 476.

manuales de la II Internacional y algunos de sus ideólogos pregonaban, en un país en vías de desarrollo, que apenas cincuenta años antes había abolido la servidumbre y que llevó a cabo, a través de una revolución sin precedentes, la gesta política más grande de los últimos dos siglos; poniendo de manifiesto la validez de las tesis marxistas tanto en la teoría como en la práctica y, sobre lo que aquí nos compete, demostrando cómo el análisis y la interpretación de Marx, partiendo de un conocimiento profundo y certero tanto de la realidad como de la historia y la dialéctica, había llegado ya a su madurez después de un largo proceso de perfeccionamiento.

Lo más destacado de estos trabajos, y cuya relación es innegable con el problema colonial, es lo que el propio Marx apunta específicamente sobre el tema y que no podía pasar de largo si consideramos las tesis revisadas al respecto en el primer capítulo de este trabajo. En 1853 Marx aludía de esta manera al papel civilizador de Inglaterra sobre la India y el papel que entonces jugara la organización comunal de los pueblos orientales:

Estas comunidades de tipo familiar tenían por base la industria doméstica, esa combinación peculiar de tejido a mano, hilado a mano y laboreo a mano, que les permitía bastarse a sí mismas. La intromisión inglesa, que colocó al hilador de Lancashire y al tejedor de Bengala, o que barrió tanto al hilador hindú como al tejedor hindú, disolvió esas pequeñas comunidades semibárbaras y semicivilizadas, al hacer saltar su base económica, produciendo así la más grande, y, para decir la verdad, la única revolución *social* que jamás ha visto Asia.<sup>116</sup>

La tesis que planteara Marx casi treinta años atrás, se ve reformulada en estas líneas. El mentís que la historia le había dado respecto al progresista y “civilizador” papel de la burguesía, es notorio en estas reflexiones.

---

<sup>116</sup> Marx, Karl. “La dominación británica en la India”. *Op. cit.* p. 330.

En cuanto a las indias orientales, –dice Marx– por ejemplo, en todo el mundo, salvo sir H. Mine y otros del mismo jaez, sabe que allí la supresión de la propiedad común de la tierra no era más que un acto de vandalismo inglés, que empuja al pueblo indígena no hacia delante sino hacia atrás... Rusia trataría en vano de salir de su atolladero por el arrendamiento capitalista a la inglesa, que rechazan todas las condiciones del país. Los mismos ingleses hicieron esfuerzos semejantes en las indias orientales; y sólo lograron estropear la agricultura indígena y redoblar el número y la intensidad de las hambrunas.<sup>117</sup>

La historia había demostrado que el papel revolucionario de la burguesía, puesto de manifiesto en 1789 y reconocido todavía por Marx en 1848, había quedado atrás. Una vez conquistado económica y políticamente el orbe, la burguesía había tendido a conquistar a “sangre y fuego” todos los países que a sus fines e intereses de clase pudieran servir, sin pensar por un momento en otorgarles, como Marx pensaba todavía treinta años atrás, el factor revolucionario que con ella necesariamente vendría. Las colonias se convirtieron así en despojos del capitalismo a donde sólo llegaba la gran industria a saquear, sin detenerse un momento a pensar en el daño que en estas naciones perpetraba.

En esta última etapa Marx regresó a estudiar los casos particulares de las colonias que habían atraído su interés dos o tres décadas atrás. El enfoque con el que se acerca a ellas en los ochentas, es radicalmente distinto.

En 1880-1881 volvió a investigar las relaciones agrarias en Irlanda, primera colonia británica. [...] Los trabajos de publicistas radicales y otras publicaciones convencieron a Marx de que tampoco había mejorado la situación de los trabajadores de la India. Refiriéndose al saqueo colonial del pueblo indio y sus graves secuelas –la escandalosa miseria de la población, la periódica hambruna en escala “ni siquiera sospechada en Europa”–, a la rapiña constante de enormes riquezas por los colonizadores, Marx escribió a Danielson el 19 de febrero de 1881: “Es un proceso de sangría de extraordinaria magnitud”.

---

<sup>117</sup> Marx, Karl, “Borradores de la carta a Vera Sazúlich”. *Op. cit.* pp. 482-484.

[...] Marx estigmatizó a los colonizadores –“canallas y vampiros ingleses”– y a los traidores de la nobleza india que les prestaban sus servicios.<sup>118</sup>

No fue este cambio de perspectiva producto de una revelación o una epifanía en Marx. Por ello no podemos hablar de un viraje cuando a él nos referimos. Marx había visto ya la posibilidad de que la “civilización” burguesa manifestara sólo la parte destructiva de su condición en los países a los que en 1848 se refería todavía como “bárbaros”. Manifestó esta posibilidad sin llegar a adoptarla de manera definitiva. Fue la historia la que puso en evidencia la vileza de un sistema que no sólo se negaría a morir cuando su labor revolucionaria estuviese terminada, sino que estaría dispuesto, como se observa incluso en nuestros días, a sacrificar a la humanidad para salvar sus intereses.

Desde 1867 apuntaba ya Marx con insistencia en *El Capital* el carácter negativo y destructivo de la civilización burguesa. Si bien es cierto que reconocía la necesidad del proceso que todavía en los escritos sobre Rusia no deja de advertir, a saber: la creación de asalariados, una vez despojados los campesinos de su tierra y medios de producción, de la que se nutriría el proletariado consolidándose como clase; desarrolla con mayor claridad el proceso y los efectos de este despojo que en algunas naciones, sobre todo en las colonias, no contribuyó a la creación de una clase obrera, sino que destruyó de manera bestial las posibilidades de transformación que en ellas existían. Así lo expone en el Capítulo XXIV de *El Capital*:

El movimiento histórico que transforma a los productores en asalariados, aparece por una parte como la liberación de los mismos respecto a la servidumbre y de la coerción gremial, y es éste el único aspecto que existe para nuestros historiadores burgueses. Pero por otra parte, esos recién liberados sólo se convierten en vendedores de sí mismos, después de haber sido despojados de todos sus medios de producción, así como de todas las garantías

---

<sup>118</sup> Stepánova, E. (Coordinadora). *Biografía Carlos Marx. Op. cit.* p. 605.

que para su existencia les ofrecían las viejas instituciones feudales. La historia de esta expropiación de los trabajadores ha sido grabada en los anales de la humanidad con trazos de sangre y fuego.<sup>119</sup>

De esta forma se refería al despojo en las colonias:

El descubrimiento de las comarcas auríferas y argentíferas en América, el exterminio, esclavización y soterramiento en las mismas de la población aborigen, la conquista y saqueo de las Indias Orientales, la transformación de África en un coto reservado para la caza comercial de pieles negras, caracterizan los albores de la era de producción capitalista<sup>120</sup>

El acento puesto en el “segundo aspecto” de la transformación de los productores en asalariados en el caso de las colonias cobraría mayor relevancia cuando sus efectos se observaran con claridad una vez desarrollado el capitalismo. Esto no significa, en forma alguna, que la creación de asalariados, de la clase obrera y de su organización, sobre todo en los países desarrollados, dejara de ser el *quid* del proceso revolucionario. Lo que Marx apunta en *El Capital* y desarrolla en los escritos aquí revisados y lo visto en el apartado anterior sobre “La teoría moderna de la colonización”, es que el efecto del despojo sería, en algunos casos, de mayor perjuicio para la revolución social que el que se había vislumbrado en un principio, por lo que era posible y necesario plantear alternativas paralelas al problema.

Fue la lucha política la que hizo creer a Marx en las posibilidades de transformación en Rusia. Para 1880 no era ya Rusia el bastión del imperio; era la única nación en Europa en la que las posibilidades de revolución, aunque lejanas, existían. Las posibilidades de la comuna rural de servir como punto de partida en Rusia para la consolidación del socialismo

---

<sup>119</sup> Marx, Karl, Cap. XXV, “La llamada acumulación originaria”, en: Marx, Karl, *El capital, Tomo I, Vol.3*, Siglo XXI, México, 2013, p. 892.

<sup>120</sup> *Ibid.* p. 939.

eran limitadas, considerando todas las fuerzas que en su contra conjuraban. A pesar de eso, la insistencia de Marx en el caso ruso abrió nuevas vetas de investigación en torno a las colonias y los países subdesarrollados. El supuesto determinismo del que se le acusó, y la incorrecta interpretación que de algunos de sus escritos se hizo en la época, por parte de algunos “marxistas” de membrete, le restaron fuerza a planteamientos cuya vitalidad emanaba a raudales.

Marx demostró en los escritos sobre Rusia que su teoría no estaba guiada por el determinismo fatal y por el eurocentrismo que sus enemigos le achacaban. No veía el proceso europeo como única posibilidad de salida a los problemas del capitalismo, y mucho menos veía en el capitalismo la solución a los problemas de la humanidad. Marx fue un incansable crítico de las vilezas del sistema en el que le tocó vivir, y todos sus esfuerzos estaban encaminados a la superación de éste. A pesar de ello, la congruencia con su método le obligaba a estudiarlo y conocerlo a fondo; sólo lo que se conoce a cabalidad puede ser transformado de manera radical. Así se entiende la necesidad de escudriñar las entrañas del sistema en aquellos países en los que se había desarrollado a tal grado que sus efectos eran más visibles y claros.

Marx no condenó a los países subdesarrollados a pasar por el infierno que el capitalismo ofrece a las clases trabajadoras. Como insistentemente aclara en *El Capital* y en los escritos aquí revisados, su trabajo se centra en las condiciones occidentales, y son los países europeos los que seguirán el camino por él descubierto si quieren alcanzar su liberación. El capitalismo inició siendo un *movimiento occidental* pero no es forzoso que todas las naciones del orbe atraviesen por este *movimiento* para alcanzar la superación económica y social que el socialismo podría entregar. Todo lo contrario, Marx apunta a la posibilidad de que se logre este paso cualitativo sin necesidad de pasar por las *horcas*

*caudinas* del capitalismo. Ello sólo será posible si se analizan y estudian las circunstancias concretas de cada país y se crean las condiciones para asimilar la parte positiva del sistema, es decir, el desarrollo de las fuerzas productivas y los métodos de intercambio, conducidas políticamente por la clase trabajadora.

En ningún momento plantea la posibilidad de acceder a una forma superior de producción y organización sin recorrer el camino marcado por el capitalismo. El desarrollo de las fuerzas productivas era necesario para aspirar a un estadio superior, pero dicho desarrollo no necesariamente tendría que darse bajo las formas fatídicas para la clase trabajadora, sobre las que el capitalismo occidental lo había construido. La burguesía podía ser, en países como Rusia, desplazada del poder político por otra clase cuyo crecimiento cuantitativo y cualitativo, así como su capacidad de abanderar una lucha política suficientemente radical para apropiarse del Estado, así lo permitieran. Sin embargo, para poder hablar de esta posibilidad, se precisaba un conocimiento profundo de la realidad concreta. Sobre el tratamiento que Marx le dio a los movimientos socialistas rusos los últimos años de su vida, dice Stepánova:

Marx enseñó a los socialistas a aplicar una firme política revolucionaria y, al mismo tiempo, a tomar muy en cuenta la situación concreta. Fue enemigo decidido de la proyectomanía, de la suplantación de una labor revolucionaria real con discusiones y razonamientos abstractos e infundados. Impugnando la comprensión del comunismo científico como suma de recetas hechas, aplicables en todas circunstancias, subrayaba que la política completa de los socialistas “depende naturalmente por completo de las condiciones históricas dadas en que han de actuar.”<sup>121</sup>

Sin embargo, Marx no deja de reconocer un único método para la liberación de los pueblos oprimidos o atrasados. Si bien es cierto que no necesitan someterse a las penurias del

---

<sup>121</sup> Stepánova, E. (Coordinadora). *Biografía Carlos Marx. Op. cit.* p. 610.

capitalismo, sí necesitan, para alcanzar una forma superior de desarrollo, asimilar las transformaciones económicas y políticas que de este sistema surgen. No creía, y en ningún momento manifestó una opinión al respecto, que los pueblos subdesarrollados, con organizaciones sociales y económicas “arcaicas” pudieran mantenerse aislados de un sistema que se asumía ya para entonces universal. La idea de vivir aislado del mundo bajo sistemas primitivos, aunque comunales, de organización, era insostenible. Si se pretendía superar el capitalismo y sus desgracias inmanentes, la solución no consistía en aislarse de él, en regresar a un pasado idílico pero inadmisibles en las circunstancias actuales. “¿Pero en qué se diferencia nuestra historia de la libertad de la historia de la libertad del jabalí, si sólo se puede encontrar en las selvas?”<sup>122</sup> Todo lo contrario; sí se podía aspirar en los países subdesarrollados a una forma de organización superior a la ofrecida por el capitalismo, pero ésta no se alcanzaría regresando a las sociedades primitivas, a las que tarde o temprano el sistema devoraría; sino alcanzando las cumbres del desarrollo económico capitalista amparados por una organización política en la que las clases trabajadoras encabezaran este proceso de transformación.

¿Cómo se llevaría a cabo esta transformación en cada país en particular? ¿Qué camino había que seguir para conseguir este difícil salto? Marx no dio respuesta a esta interrogante porque no podía resolver problemas que no se habían planteado aún. No era un boticario social que pudiera entregar recetas a los males concretos de cada país. Su genialidad no lo convertía en un adivino. Por ello no se atrevió a proponer soluciones para todos los países del orbe; la conclusión a la que llegó en este sentido fue a plantear el método a seguir. Este método, más sencillo de lo que se quiere hacer parecer, consistía en

---

<sup>122</sup> Marx, Karl. *Contribución a la crítica de la filosofía del derecho de Hegel*. En: *Antología Karl Marx*. Op. cit. p 94.

el estudio de las circunstancias concretas, en la investigación acabada de la historia de la sociedad que se quería transformar y en la relación que dicha sociedad tenía con el desarrollo universal, es decir, con el capitalismo, sistema imperante al que se debía conocer y estudiar a fondo, como lo hiciera él en *El Capital*. Quienes quieren a toda costa atribuirle cualidades de oráculo, poco o nada ayudan al desarrollo de su teoría.

Sólo una determinación mantuvo Marx inamovible. Válida tanto para los países desarrollados como para los subdesarrollados; para las colonias y para las grandes potencias. Ninguna transformación se llevará a cabo de manera natural. La fuerza propulsora de la historia no emana del impulso de la Providencia o de Espiritu Universal alguno. Son los hombres los que hacen su propia historia y está en sus manos cambiar su realidad. Así pues, cualquier transformación será posible únicamente a través de la revolución, del carácter que la realidad exija, pero revolución al fin y al cabo. Esperar a que el sistema agote sus contradicciones y se transforme solo, tendrá el mismo efecto que la espera de Estragon a Godot. Así pues, el pueblo, si quiere salvarse, tendrá que tomar en sus manos su propio destino. Sólo él, por medio de una revolución social, podrá romper definitivamente con el “reino de la necesidad” en el que hasta ahora ha vivido y aspirar así al “reino de la libertad”, al de verdadera historia humana.

## Capítulo VI

### A modo de conclusión.

#### **Síntesis de la evolución de la teoría marxista sobre el problema colonial**

La evolución del pensamiento de Marx sobre el problema del colonialismo, sigue, congruentemente con su método, un proceso ascendente en el que la teoría se enriquece con las lecciones de la historia.

Al determinar a la praxis como método de conocimiento y transformación de la realidad, Marx dejaba claro que todo proceso humano e histórico se constituía como “actividad crítico-práctica”. La teoría se transformaba acorde a la realidad y esta realidad volvía, a su vez, sobre la teoría que le había constituido, criticándola, es decir, descubriendo su parte negativa y afianzando las partes vitales del fenómeno. En las *Tesis sobre Feuerbach*, uno de los textos de mayor importancia en cuanto al método marxista se refiere, apunta:

*Tesis II:* El problema de si puede atribuirse al pensamiento humano una verdad objetiva no es un problema teórico, sino un problema *práctico*. Es en la práctica donde el hombre debe mostrar la verdad, es decir, la realidad y el poder, la terrenalidad de su pensamiento. La disputa en torno a la realidad e irrealidad del pensamiento –aislado de la práctica- es un problema puramente *escolástico*.<sup>123</sup>

Bajo este principio, abordado ya metodológicamente en las primeras páginas, Marx reformuló la teoría sobre el colonialismo cuando la realidad así lo requirió. Su teoría no está escrita en piedra; todo lo contrario, contienen un elemento activo que exige que la teoría y la práctica se correspondan. Así pues, el proceso antes revisado no sólo no se contraponen al

---

<sup>123</sup> Marx, Karl. “Tesis sobre Feuerbach”. en Sánchez, Vázquez, Adolfo. *Filosofía de la Praxis*. Siglo XXI. México. 2018. p. 173.

método marxista. Su desarrollo confirma la correspondencia con el método. “Es en la acción práctica sobre las cosas donde se demuestra si nuestras conclusiones teóricas sobre ellas son verdaderas o no. Si partiendo de determinados juicios sobre la realidad nos proponemos alcanzar cierto resultado y éste no se produce, ello significa que el juicio en cuestión era falso”.<sup>124</sup>

En un primer acercamiento al problema colonial es innegable que la postura de Marx adolece de cierto eurocentrismo y de un determinismo hegeliano que coloca a las colonias y a las naciones subdesarrolladas como objetos de la historia; sometidas al derrotero de las naciones occidentales, de las metrópolis, en las que tendría que llevarse a cabo la revolución social. Si pretendemos entender las causas del pensamiento de Marx al respecto, de nada nos servirá apelar al eurocentrismo y el determinismo occidental.

En el momento en el que Marx se acerca al problema colonial, lo hace con el objetivo de encontrar en él la génesis del capitalismo. A diferencia de las teorías que hacían ver al sistema económico como producto de leyes naturales, cuyo origen se podía encontrar en la aparición, en algún irreconocible momento de la historia, de una clase de hombres laboriosos y otra de holgazanes, Marx propone un estudio histórico del fenómeno en el que los resultados de la aparición de estas dos clases demostrarían orígenes diferentes y menos “idílicos” a los que la economía política de la época presumía.

En la historia el gran papel lo desempeñan, como es sabido, la conquista, el sojuzgamiento, el homicidio motivado por el robo: en una palabra, la violencia. En la economía política, tan apacible, desde tiempos inmemoriales, ha imperado el idilio. El derecho y el “trabajo” fueron desde épocas pretéritas los únicos medios de enriquecimiento, siempre a excepción,

---

<sup>124</sup>*Ibid* p. 174.

naturalmente, de “*este año*”. En realidad los métodos de la acumulación originaria son cualquier cosa menos idílicos.<sup>125</sup>

Marx demostró que el nacimiento del capitalismo nada tenía de natural, que era producto de una expropiación masiva de tierras y medios de producción, y que dicha expropiación se había hecho a través de los medios más viles e inhumanos. La génesis del capital, que en Europa se había empañado por el largo proceso de su surgimiento, es descubierta por Marx no como un proceso histórico natural. Es una relación social, y ésta se hizo posible sólo en el momento en el que la fuerza de trabajo se convirtió en mercancía al verse “libre” de las ataduras del sistema esclavista y feudal, creando así una nueva clase social: los trabajadores libres.

*Trabajadores libres* en el doble sentido de que ni están incluidos directamente entre los medios de producción –como si lo están los esclavos, siervos de la gleba, etcétera– ni tampoco les pertenecen a ellos los medios de producción... Con esta *polarización del mercado de mercancías* están dadas las condiciones fundamentales de la producción capitalista. La relación del capital presupone *la escisión entre los trabajadores y la propiedad sobre las condiciones de realización del trabajo*... El proceso que crea la relación del capital, pues, no puede ser otro que el *proceso de escisión entre el obrero y la propiedad de sus condiciones de trabajo*, proceso que, por una parte, *transforma en capital* los llamados medios de producción y de subsistencia sociales, y por otra convierte a los productores directos en *asalariados*. La llamada acumulación originaria no es, por consiguiente, más que el *proceso histórico de escisión entre productor y medios de producción*.<sup>126</sup>

La creación de “hombres libres” tenía una carga negativa que se escondía tras la “fuerza de las frases” con las que la burguesía adornaba su triunfo. La libertad que el hombre

---

<sup>125</sup> Marx, Karl, Cap. XXIV, “La llamada acumulación originaria”, en Marx, Karl, *El capital, Tomo I, Vol.3*, Siglo XXI, México, 2013, p 892.

<sup>126</sup> *Ibid* pp. 892-893.

conquistó al imponerse el poder hegemónico de la burguesía era, en esencia, la libertad de vender la fuerza de trabajo al mejor postor. Pero este paso, esta transformación de un sistema económico a otro no se dio de forma espontánea y mucho menos natural. El proceso de gestación de esta relación social fue largo y tortuoso.

Este análisis, al que le dedicó especial importancia en *El Capital*, no lo hacía Marx sólo para desenmascarar la falsedad que se escondía tras las banderas de “libertad, fraternidad e igualdad” que desde 1789 ondeaba la burguesía. Su reconocimiento era necesario también para evidenciar el proceso que todas las naciones del orbe atravesarían para alcanzar el nivel de desarrollo que a los países más desarrollados había llevado el capitalismo. Marx evidenciaba las intenciones del gran capital de seguir este proceso en las naciones en las que no se había gestado aún, y cuyo nivel de desarrollo impedía la creación de una masa de asalariados dispuestos a venderse libremente tanto en sus países como en los países a los que nutrían de mano de obra.

¿Por qué entonces la relevancia del papel de las colonias en este proceso?

En primer lugar, porque, como se dice atrás, uno de los objetivos de Marx al estudiarlo era desenmascarar al capital, mostrarlo tal y como era, sacando a relucir su verdadero rostro. Para ello no hacía falta más que mirar a las colonias, en las que la génesis del capital se mostraba con toda crudeza. Las conquistas militares, la reducción de los hombres a la esclavitud por medio de la fuerza y la violencia, como en la India y América Latina, reflejaban el verdadero carácter de la acumulación capitalista, siendo apenas esta destrucción la primera parte del proceso. “En tanto no es transformación de esclavos y siervos de la gleba en asalariados, o sea *mero cambio de forma*, no significa más que la

*expropiación del productor directo, esto es, la disolución de la propiedad privada fundada en el trabajo propio*”.<sup>127</sup>

Por otro lado, en lo que atañe a esta investigación, aparece el carácter ineluctable de la transformación que Marx describía en las colonias. Si bien es cierto que en ellas se observaba con claridad la génesis del capital, el proceso de acumulación originaria, raíz del sistema que ahora se veía florecer en Europa, estaba condenado, si seguía las huellas del capitalismo occidental, a sufrir las consecuencias inherentes a dicho sistema. Por una parte la destrucción de la vieja sociedad por los medios más viles e inhumanos: “La expropiación de los productores directos se lleva a cabo con el vandalismo más despiadado y bajo el impulso de las pasiones más infames, sucias y mezquinamente odiosas.”<sup>128</sup> Por otra, la asimilación de las características positivas de dicho proceso, características que, a pesar de forjarse en las profundidades del Aqueronte, servirían como plataforma para alcanzar, una vez realizadas, un estadio superior de desarrollo:

No bien ese *proceso de transformación* ha descompuesto suficientemente, en profundidad y en extensión, la vieja sociedad; no bien los trabajadores se han convertido en proletarios y sus *condiciones de trabajo en capital*; no bien el modo de producción capitalista puede andar ya sin andaderas, asumen una nueva forma la socialización ulterior del trabajo y la transformación ulterior de la tierra y de otros medios de producción en medios de producción socialmente explotados, y por ende en *medios de producción colectivos*, y asume también *una nueva forma*, por consiguiente, la *expropiación ulterior de los propietarios privados*. El que debe ahora ser expropiado no es ya el trabajador que labora por su propia cuenta, sino el capitalista que explota a muchos trabajadores. Esta *expropiación* se lleva a cabo por medio de la acción de las propias leyes inmanentes de la *producción capitalista*, por medio de la *concentración de los capitales*.<sup>129</sup>

---

<sup>127</sup> *Ibid.* p. 951.

<sup>128</sup> *Ibid.* p. 952.

<sup>129</sup> *Ibid.* pp. 952-953.

Este proceso, que Marx concebía para occidente, podía beneficiar también a las colonias que lo siguieran, adaptándose a él o, como se deja ver en las primeras etapas de acercamiento al problema colonial, dejando que el proceso de conquista económica de las grandes potencias impulsara las nuevas relaciones sociales del capital, incluso de forma violenta como en el caso de la India.

Si Marx entrevió esta posibilidad todavía en *El Capital*, no vaticinó su necesidad. El proceso, como en varios de los textos citados anteriormente se observa, se refería a occidente, y en el caso de las colonias y los países subdesarrollados sólo podía ver su origen, sin necesidad, por ello, de determinar sus consecuencias.

#### **VI.I América Latina, reformulación de la tesis inicial**

El papel de las colonias no era prioridad en Marx. Si se acercó a ellas fue para demostrar la vileza que el capitalismo escondía en su propia casa, así como el proceso de gestación del mismo. Si se han insinuado posibles interpretaciones al respecto, Marx deja claras sus intenciones, precisamente en el capítulo XXV de *El Capital*: “La teoría moderna de la colonización”:

Sin embargo, no nos concierne aquí la situación de las colonias. Lo único que nos interesa es el secreto que la economía política del Viejo Mundo descubre en el Nuevo y proclama en alta voz: *el modo capitalista de producción y de acumulación*, y por ende también *la propiedad privada capitalista*, presuponen el aniquilamiento de la propiedad privada que se funda en el trabajo propio, esto es, la expropiación del trabajador.<sup>130</sup>

Este desinterés por las colonias no nacía de un olvido absoluto de la situación de los países económica y políticamente sojuzgados por las grandes metrópolis. El objetivo de Marx, el

---

<sup>130</sup> Marx, Karl, Cap. XXV, “La teoría moderna de la colonización”, en: Marx, Karl, *El capital, Tomo I*, Vol.3, Siglo XXI, México, 2013, p. 967.

impulso que orientaba cada una de sus investigaciones y que normalmente se deja de lado al estudiarlas, era esencialmente político. Marx estaba preocupado por la revolución social, por la transformación práctica del mundo y, como insistentemente hemos manifestado, el núcleo de dicha revolución lo observaba en occidente, donde se presentaba la contradicción entre burguesía y proletariado más madura. Sus intereses y preocupaciones eran por ello arrastrados de manera natural a Europa.

A pesar de lo cual, el mismo desarrollo histórico tanto de Europa como de sus antiguas colonias fue orillando a Marx a considerar de una manera distinta el papel de las naciones todavía colonizadas, o libres, pero atrasadas. Los mismos principios políticos que otrora orientaran sus intereses a occidente, lo llevaron a ver de manera distinta el proceso que antes pusiera de relieve en *El Capital*. La realidad se había transformado y, por ende, la teoría debía moverse al mismo compás.

La tesis planteada en los escritos sobre Irlanda se traslada ahora al mundo entero. Si Irlanda era el núcleo de la revolución en Inglaterra, porque de ella venía la mano de obra barata que le competía al trabajador inglés y lo desorganizaba, moviendo el punto de la contradicción capital-trabajo, al seno de la clase trabajadora; lo mismo sucedía con todas las naciones económicamente sometidas al imperio del gran capital. Todos los recursos, tanto materiales como humanos, que el capitalismo extraía de América, aprovechando el carácter particular de las relaciones sociales de producción en estos países, eran recursos que frenaban el desarrollo interno del capitalismo que lo conduciría a su superación. Así pues, la liberación real de las naciones sojuzgadas abonaría necesariamente a la revolución social que nunca dejó de ser el motor de las investigaciones de Marx. Por ello, la aniquilación del peonaje y la esclavitud en las naciones americanas era condición *sine qua non* de la revolución proletaria. Esto lo dejaba entrever ya en *El Capital*.

En las naciones donde el trabajo es libre todos los códigos reglamentan las condiciones de rescisión del contrato. En diversos países, sobre todo en México (antes de la Guerra de Secesión norteamericana también en los territorios anexados a México y, de hecho, en las provincias del Danubio hasta la revolución de Cruza), la esclavitud está encubierta bajo la forma de peonaje. Mediante anticipos reembolsables con trabajo y que se arrastran de generación en generación, no sólo el trabajador individual sino también su familia se convierten de hecho en propiedad de otras personas y de sus familias. Juárez había abolido el peonaje. El llamado emperador Maximiliano lo reimplantó mediante un decreto que fue denunciado con acierto, en la Cámara de Representantes de Washington, como una disposición que restauraba la esclavitud en México.<sup>131</sup>

A diferencia de lo que Engels planteara sobre la invasión norteamericana a México en 1848, Marx interpretaba de una manera distinta la situación de esta nación en 1861.

La proyectada intervención en México, por parte de Inglaterra, Francia y España es, en mi opinión, una de las empresas más monstruosas jamás registradas en los anales de la historia internacional. Se trata de una intriga de típico sello palmerstoniano, que pasma al profano por la insania en cuanto al objetivo y la imbecilidad en lo relativo a los medios empleados, insania e imbecilidad que parecerían enteramente incompatibles con la conocida capacidad del viejo maquinador... Palmerston y *The Times*, entonces, son plenamente conscientes de que “existe un gobierno en México”; que el Partido Liberal, “ostensiblemente favorecido por Inglaterra, está actualmente en el poder” y que la “dominación eclesiástica” ha sido “recién derribada”; que la intervención española era la última y perdida esperanza de los sacerdotes y bandidos y, finalmente, que la anarquía mexicana estaba en vías de extinción. Saben, pues, que la intervención conjunta, con ningún objetivo proclamado si no es el de rescatar a México de la anarquía, producirá precisamente el efecto contrario, debilitará al gobierno constitucional, fortalecerá al partido clerical mediante una remesa de bayonetas españolas y francesas, reavivará los rescoldos de la guerra civil y, en lugar de extinguirla, *restaurará* la anarquía en todo su esplendor.<sup>132</sup>

---

<sup>131</sup> Marx, Karl, Cap. IV, “Transformación de dinero en capital”, en: Marx, Karl, *El capital, Tomo I, Vol.1*, Siglo XXI, México, 2013. p. 204.

<sup>132</sup> Marx, Karl. “La intervención en México” en: Marx, Karl y Engels, Friedrich, *Materiales para la historia de América Latina*, Cuadernos de Pasado y Presente núm. 30, México, 1979, pp. 262-263.

La posición de Marx sobre una invasión a México se observa en 1861 distinta en todos sentidos a la expuesta por Engels apenas una década antes. Así mismo, las tesis sobre la India poco sustento conservaban si se les compara con las líneas antes citadas tanto en *El Capital* como en el artículo sobre México, así como en los *Apuntes cronológicos sobre la historia de la India*, trabajo al que Marx se dedicó dos años antes de su muerte.

Ya no encuentra Marx justificación alguna para que las grandes metrópolis avasallen a los países en vías de desarrollo. Ellos mismos han encontrado la forma de romper con el yugo del invasor y su lucha deberá ser resuelta internamente. No hay razones válidas para pensar que una potencia extranjera, con sus pretendidos intereses universales, se entrometa en el destino de otras naciones. México, siguiendo estos derroteros, tendrá que restaurar la paz social y política, mientras que Inglaterra, impulsando las huestes de Napoleón III, solo llevará, como la historia lo demostró, anarquía a este país.

Identificamos, pues, partiendo de lo descrito anteriormente, una segunda idea sobre el papel de las colonias. Si en un principio estaban sometidas al desarrollo de las potencias occidentales, ahora, después de las lecciones que la historia arrojaba, así como de la maduración del pensamiento marxista, se dejaba en sus manos la búsqueda de su propia libertad. Ya no existía justificación alguna para pensar que las invasiones y conquistas de los países desarrollados pudieran sembrar en ellas la parte progresista que el capitalismo acarrea consigo. Si un país quería alcanzar su libertad, dependía enteramente de sí mismo.

## **VI. II Última consideración**

Como hemos planteado ya, la tesis sobre el colonialismo no se da por saltos, sino de manera evolutiva. No fue reformulada frente a cada momento histórico. Fue un largo

proceso en el que su desarrollo iba de la mano con el progreso de la historia y del pensamiento marxista. En la misma medida en la que el pensamiento de Marx crecía teóricamente, cada una de sus tesis se consolidaba, su interpretación se acercaba más a la esencia de la realidad. Así, el papel que le atribuía Marx a las colonias ya en la década de los ochentas se transformó, tal y como lo hicieran otras de sus tesis, llegando a un grado de madurez que es el que le otorga, hoy en día, su vitalidad.

No cambió la idea sobre las colonias *per se*; cambió la idea sobre la revolución. Si bien es cierto que las leyes inmanentes al capitalismo llegarían a agotar las contradicciones del sistema, Marx reconoció que su derrumbe estaba más lejos de lo que se esperaba. Las grandes esperanzas de 1848 se habían desvanecido. Las lecciones de la historia habían demostrado que la consciencia social no emergía de forma natural, que debía desarrollarse todavía en el seno de la clase obrera y que, a su vez, el sistema consolidaba cada vez más, en la medida en que se desarrollaba, un aparato ideológico suficientemente fuerte para hacer frente a esta consciencia y organización de clase.

Los obreros en Inglaterra estaban muy lejos de representar la parte políticamente más desarrollada del proletariado, todo lo más, se había comenzado a crear una “aristocracia obrera” que para mantener sus privilegios estaba dispuesta a defender los intereses de la burguesía como suyos. Así pues, el engarce entre las metrópolis y las colonias se observaba necesario si se pretendía abonar a la liberación del proletariado que, como hemos dicho líneas atrás, había llevado su lucha fuera del epicentro, haciéndola infructífera. Sin embargo, la liberación nacional tardaba en llegar y sus efectos sobre los países desarrollados eran limitados y de menor impacto que lo esperado. El caso irlandés era el claro ejemplo de este lento proceso.

Finalmente, dado que el proletariado en los países desarrollados estaba lejos de adquirir la consciencia para sí que la revolución exigía; y que las naciones colonizadas, aunque pudieran quitarse los grilletes coloniales y lograr su independencia política, tardarían en conquistar su independencia económica, su liberación real, Marx trasladó su atención a aquellas naciones en las que, sin estar sometidas económica o políticamente, podían dar un salto político que precediera al económico, contrario a lo que el marxismo vulgar pregona.

Rusia fue el mejor ejemplo de esta transformación que Marx vio viable en las últimas décadas del siglo XIX. No contaba con el desarrollo industrial que en un principio necesitaba un país para encabezar la revolución. No existía tampoco un proletariado consciente y organizado ya que el capitalismo apenas unas décadas atrás había comenzado a consolidarse. A pesar de eso, la organización social del pueblo ruso, arcaica todavía en su forma, podía, incrementando la educación y concientización de la clase trabajadora en torno a sus propios intereses, aprovechar el desarrollo del capitalismo sin hacerle pasar por sus “horcas caudinas”. La esperanza de Marx sobre Rusia no surgía de la fe, sino del análisis certero y acabado tanto del sistema como de las condiciones del pueblo ruso. En este país advirtió las posibilidades de una revolución proletaria que, pese a sus peculiaridades, no dejó de realizarse.

Marx percibió en los países subdesarrollados las posibilidades de la revolución. El desarrollo de su pensamiento y de la experiencia histórica había demostrado que en estas naciones se incubaba el espíritu de la transformación social y política que en los países industrializados se había aletargado. Su tesis original había cambiado drásticamente y no sólo reconocía ya las posibilidades inmanentes de cada pueblo para encabezar y consolidar su liberación, tanto nacional como social. Las posibilidades de una revolución social

universal renacían precisamente en aquellos países que originalmente se encontraban a la zaga del desarrollo.

¿Significaba esto que el papel revolucionario ahora se invertía? ¿Serían entonces los países en vías de desarrollo la cabeza de la revolución? No. Marx no esbozó en su teoría esta posibilidad como ineluctable necesidad. La única premisa que dejó sentada en este sentido fue que, para lograr una revolución social, era necesario, en cada nación, asimilar el desarrollo del capitalismo.

Marx no llegó a conocer en su complejidad la fase última del capitalismo; algunos de sus efectos, por no existir aún, escaparon a su análisis. La “tendencia histórica de la acumulación capitalista” partió de las premisas por él expuestas y siguió los mismos derroteros mientras el capital industrial se impuso como capital hegemónico.

Cada capitalista liquida a otros muchos. Paralelamente con esta concentración, o a *la expropiación de muchos capitalistas por pocos*, se desarrolla en escala cada vez más amplia la forma cooperativa del proceso laboral, la aplicación tecnológica consciente de la ciencia, la explotación colectiva planificada de la tierra, la transformación de los medios de trabajo en medios de trabajo que sólo son utilizables colectivamente, la economización de todos los medios de producción gracias a su uso como medios de producción colectivos del trabajo social, combinado.<sup>133</sup>

Sin embargo, en lo que respecta a la organización obrera, a su disciplina y su organización, no fue condición suficiente, aunque sí necesaria, el “monopolio ejercido por el capital”.

Con la disminución constante en el número de los magnates capitalistas que usurpan y monopolizan todas las ventajas de este proceso de trastocamiento, se acrecienta la masa de la miseria, de la opresión, de la servidumbre, de la degeneración, de la explotación, pero se acrecienta también la rebeldía de la clase obrera, una clase cuyo número aumenta de manera constante y que es disciplinada, unida y organizada por el mecanismo mismo del proceso capitalista de producción. *El monopolio ejercido por el capital se convierte en traba del*

---

<sup>133</sup> Marx, Karl, Cap. XXIV, “La llamada acumulación originaria. *Op. cit.* p. 953.

*modo de producción* que ha florecido con él y bajo él. La concentración de los medios de producción y la socialización del trabajo alcanza un punto en que son incompatibles con su corteza capitalista. Se la hace saltar. *Suena la hora postrera de la propiedad privada capitalista. Los expropiadores son expropiados.*<sup>134</sup>

El factor subjetivo cobró mayor importancia al desarrollarse la fase monopólica del capital. Los instrumentos ideológicos adquirieron un poder inusitado sobre los trabajadores; imposibilitando que la consciencia de clase deviniera de manera consecuente como efecto de la descomposición del sistema. Este fenómeno, estudiado por todo el “marxismo occidental” durante el siglo XX no lo advirtió Marx en toda su dimensión, por ser imposible en una época en la que la luchas de clases no se ocultaban tras espesos velos, sino se le veía expresarse abierta y descaradamente en las fábricas y en las calles. ¿Significa este encubrimiento que la lucha haya desaparecido? ¿Las conclusiones alcanzadas por él y demostradas científicamente en *El Capital*, quedan ahora obsoletas? De ninguna manera. Si bien es cierto que las condiciones han cambiado y el funcionamiento del sistema adquiere formas distintas, continúa siendo el mismo sistema, y aunque las raíces: las fuerzas productivas, se oculten más profundamente, no por eso dejan de ser la fuente nutricia de las contradicciones que en el capitalismo existen.

No podemos por ello pensar, con Kojin Karatani,<sup>135</sup> que la lucha de clases haya desaparecido; o que no sea la contradicción fundamental del sistema como efecto de la lucha entre el capital y el trabajo. Es cierto que la realidad se ha transformado, y que las

---

<sup>134</sup> *Ibidem*

<sup>135</sup> “Después de este suceso, en Inglaterra se legalizó el sindicato, y poco después apareció un grupo de personas que se hacían llamar “aristocracia obrera”, estableciéndose luego el fabianismo (la socialdemocracia). En resumidas cuentas, la lucha de clases en Inglaterra desapareció junto con cierta victoria de la clase obrera. ¿Por qué?” en: Karatani, Kojin. (2020, Enero/Junio). “Introducción a la teoría de los modos de intercambio” *Revista Valenciana*. núm. 25. pp. 225-226. La aparición de la aristocracia obrera en Inglaterra, que Marx criticara en su momento, y a la que nos referimos en el capítulo II, no representó la desaparición de la lucha de clases, todo lo más, hizo patente la falta de consciencia de un sector de la clase obrera que vio, en su propia clase, a sus enemigos, dejándose llevar por los triunfos políticos que, en la búsqueda de defenderlos a ultranza, los llevaron a abanderar los intereses de la burguesía de la época.

condiciones que estudió Marx son formalmente distintas a las que nos enfrentamos en esta época. Sin embargo, la esencia del sistema continúa inalterable. Si se pretende hacer repicar las campanas a duelo porque “ha sonado la hora postrera de la propiedad privada capitalista”, es preciso que se adapte el método marxista a las nuevas circunstancias, manteniendo inalterable su núcleo; éste que Marx, a pesar de los descalabros políticos sufridos por la clase obrera, no dejó de alimentar hasta los últimos años de su vida. Refrendaría esta posición, junto con Engels, tres años antes de su muerte: “Hemos destacado desde hace casi 40 años la lucha de clases como fuerza motriz inmediata de la historia, y especialmente la lucha de clases entre burguesía y proletariado como la gran palanca del cambio social moderno; es pues, imposible que marchemos junto con gente que quiere borrar del movimiento esta lucha de clases”<sup>136</sup>

Hoy, contra todo pronóstico, imposible de atisbar en la época de Marx, pero confirmando la certeza de su teoría, es China, una nación oriental y fuera del mapa del pensador de Tréveris que, adaptándose a las nuevas circunstancias del capital y de la época, quien encabeza este proceso de transformación. No hay historia escrita en mármol, la fatalidad del proceso atribuida a Marx no es tal. “Los hombres hacen su propia historia, pero no la hacen a su libre arbitrio, bajo circunstancias elegidas por ellos mismos, sino bajo aquellas circunstancias con que se encuentran directamente, que existen y han sido legadas por el pasado”<sup>137</sup>. Estas circunstancias, en cada pueblo y nación del orbe hoy son distintas. Estudiarlas e interpretarlas bajo el método marxista, sin perder de vista su íntima relación con el sistema capitalista a nivel mundial, es la primera condición de la transformación.

---

<sup>136</sup> Marx, Karl. Engels, Friedrich. “Carta Circular” a August Bebel, Wilhelm Liebknecht, Wilhelm Brake y otros en: Mahler, Karl-Heinz (Coordinador). *Carlos Marx y Federico Engels. Su vida y su tiempo*. Trad Hemilio Boeta Saldierna. BUAP. Puebla. 1983. p. 262.

<sup>137</sup> Marx, Karl, *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*, en Marx, Karl. *Antología Karl Marx*, Selección e introducción de Horacio Tarcus, Siglo XXI, Buenos Aires, 2016, p. 151.

## Bibliografía

Aricó José, *Marx y América Latina*, Alianza Editorial, México, 1982.

Benjamin, Walter, *Tesis sobre la historia y otros fragmentos*, Traducción e introducción de Bolívar Echeverría. Itaca, México, 2008.

Berlin, Isaiah. *Karl Marx*. Princeton University. New Jersey. 2013.

Carta de Marx a Adolf Clauss del 15 de septiembre de 1853, Marx-Engels , *Werke*, tomo XXVIII, p. 592, cit. en Mc Lellan, David, *Karl Marx: su vida y sus ideas*. Barcelona. Crítica. 1977.

Engels, Friedrich.

Engels, Friedrich. “Die Bewegungen von 1847”, publicado el 23 de enero de 1848 en *Deutsche Brüsseler Zeitung*. En Marx, Karl y Engels, Friedrich, *Materiales para la historia de América Latina*. Cuadernos de Pasado y Presente núm. 30. México. 1979.

Engels, Friedrich. Introducción a Marx, Karl. *Las luchas de clases en Francia en: Obras escogidas*. Tomo I. Progreso. Moscú. 1977.

Echeverría, Bolívar. *El discurso crítico de Marx*. Itaca. México. 2017.

Echeverría, Bolívar. *El materialismo de Marx. Discurso crítico y revolución*. Itaca. México. 2011.

Gramsci, Antonio. *Antología*, selección, traducción y notas de M. Sacristán. Siglo XXI. Madrid.

Harvey, David. “El nuevo imperialismo: acumulación por desposesión”. En: *Imperialismo*. Capitán Swing Libros. Madrid. 2009.

Hobsbawm, Erick. *La era del Capital*. Crítica. Barcelona. 2007.

Hobsbawm, Erick. *La era del Imperio*. Crítica. Barcelona. 1998.

Hobsbawm. *Historia del siglo XX*. Crítica. Barcelona. 2014.

Hobsbawm, Erick. Marx, Karl. *Formaciones económicas precapitalistas*. Siglo XXI. México. 2009.

Hobson, John A. *Estudio del Imperialismo*. Capitán Swing Libros. Madrid.

Karatani, Kojin. (2020, Enero/Junio). “Introducción a la teoría de los modos de intercambio” *Revista Valenciana*. núm 25.

Kohan, Néstor, “Del Bolívar de Karl Marx al marxismo bolivariano del siglo XXI” en <https://rebellion.org/del-bolivar-de-karl-marx-al-marxismo-bolivariano-del-siglo-xxi/>.

Korsch, K. *Marxismo y filosofía*. Era. México.

Kosík, Karel. *Dialéctica de lo concreto*. Traducción y prólogo de Adolfo Sánchez Vázquez. Grijalbo. México. 1967.

Levrero, Renato, “Marx, Engels y la Cuestión Nacional”, en Marx Karl y Friedrich Engels, *Imperio y Colonia. Escritos sobre Irlanda*, Cuadernos de Pasado y Presente núm. 72, México, 1979.

Lenin, V. *El imperialismo, fase superior del capitalismo*. Progreso. México. 1977.

Lukács. *Historia y consciencia de clase*. Grijalbo. México. 1969

Mahlert, Karl-Heinz (Coordinador). *Carlos Marx y Federico Engels. Su vida y su tiempo*. Trad Hemilio Boeta Saldierna. BUAP. Puebla. 1983.

Mariátegui, José C. *En defensa del marxismo, en Obras*, dos tomos, t.1. Casa de las Américas. La Habana.

Marx, Karl.

Marx, Karl. “Bolívar y Ponte” en Marx, Karl y Engels, Friedrich, *Materiales para la historia de América Latina*, Cuadernos de Pasado y Presente núm. 30, México, 1979.

Marx, Karl. “Carta a la redacción de *Ottechéstvennie Zapiski*”. En: *Antología Karl Marx*, Selección e introducción de Horacio Tarcus, Siglo XXI, Buenos Aires, 2016.

Karl, Marx. “Carta a Vera Sazúlich” En: *Antología Karl Marx*, Selección e introducción de Horacio Tarcus, Siglo XXI, Buenos Aires, 2016.

Marx, Karl. *Contribución a la crítica de la filosofía del derecho de Hegel*. En: *Antología Karl Marx*, Selección e introducción de Horacio Tarcus, Siglo XXI, Buenos Aires, 2016.

Marx, Karl. *Crítica del programa de Gotha*. En Marx, C y Engels, F. *Obras escogidas*, tres tomos, t.1. Progreso. Moscú.

Marx, Karl, *El capital, Tomo I, Vol.3*, Siglo XXI, México, 2013.

Marx, Karl, *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*, en Marx, Karl. *Antología Karl Marx*, Selección e introducción de Horacio Tarcus, Siglo XXI, Buenos Aires, 2016.

- Marx, Karl. “Futuros resultados de la dominación británica en la India” en: Marx, Karl y Engels, Friedrich. *Obras escogidas*. Tomo I. Progreso. Moscú. 1977.
- Marx, Karl. *La guerra civil en Francia*. En: *Antología Karl Marx*, Selección e introducción de Horacio Tarcus, Siglo XXI, Buenos Aires, 2016.
- Marx, Karl. “La dominación británica en la India” en: Marx, Karl y Engels, Friedrich. *Obras escogidas*. Tomo I. Progreso. Moscú. 1977.
- Marx, Karl. *Las luchas de clases en Francia* en: *Obras escogidas*. Tomo I. Progreso. Moscú. 1977.
- Marx, Karl. *Prólogo a la contribución a la crítica de la Economía política*. En: *Antología Karl Marx*, Selección e introducción de Horacio Tarcus, Siglo XXI, Buenos Aires, 2016.
- Marx, Karl. *Sobre la cuestión judía*. En: *Antología Karl Marx*, Selección e introducción de Horacio Tarcus, Siglo XXI, Buenos Aires, 2016.
- Marx, Karl. “Tesis sobre Feuerbach”. En: Sánchez, Vázquez, Adolfo. *Filosofía de la Praxis*. Siglo XXI. México. 2018.
- Marx, Karl. *Trabajo asalariado y capital*. Gernika. México. 1984.
- Marx, Karl. Engels, Friedrich
- Karl, Mark. Friedrich, Engels. *Escritos sobre Rusia. II. El porvenir de la comuna rural rusa*. Cuadernos de Pasado y Presente núm. 90, México. 1980.
- Marx Karl y Friedrich Engels, *Imperio y Colonia. Escritos sobre Irlanda*, Cuadernos de Pasado y Presente núm. 72, México, 1979.
- Marx Karl. Friedrich Engels. *La cuestión nacional y la formación de los estados*. Cuadernos de Pasado y Presente núm 69, México, 1980.
- Marx, Carlos y Engels Federico. *Manifiesto Comunista*. Alianza. Madrid. 2017
- Marx, Karl y Engels, Friedrich, *Materiales para la historia de América Latina*, Cuadernos de Pasado y Presente núm. 30, México, 1979.
- Mehring, Franz. *Carlos Marx*. Grijalbo. Trad, Wenceslao Roces. México. 1960.
- Mignolo, Walter, *La idea de América Latina*, Gedisa, México, 2007.
- Ponce Aníbal, “Comentarios marginales” en Ponce Aníbal, *Obras completas*, Cartago, Buenos Aires, 1974.

Ramos, Jorge. A, “Bolivarismo y Marxismo” en [https://www.marxists.org/espanol/ramos/1960s/bolivarismo\\_y\\_marxismo.htm](https://www.marxists.org/espanol/ramos/1960s/bolivarismo_y_marxismo.htm).

Sánchez Vázquez, Adolfo, *De Marx al marxismo en América Latina*, Itaca, México, 1999.

Sánchez, Vázquez, Adolfo. *Filosofía de la Praxis*. Siglo XXI. México. 2018.

Stepánova, E. (Coordinadora). *Biografía Carlos Marx*. Progreso. URSS. 1990.

Stedman Jones, Gareth. *Karl Marx, ilusión y grandeza*. Penguin Random House. Madrid. 2018.

Zea, Leopoldo, *Filosofía de la historia americana*, México, FCE, 1978.